
ASESINO INTERPLANETARIO
HENRY KEYSTONE
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


HENRY KEYSTONE
ASESINO
INTERPLANETARIO
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



ASESINO INTERPLANETARIO

PRINTED IN SPAIN

DEPOSITO LEGAL V.—581.—1960.

EDITORIAL VALENCIANA. — VALENCIA

NUMERO DE REGISTRO 6.528.—1959



EN el amanecer de aquel frío día del mes de octubre, la tétrica mole de Alcatraz se levantaba como un enorme gigante de piedra y hierro que tomase su baño matutino en la bahía de San Francisco.

El grandioso penal de cuyo recinto nadie había logrado escapar, iba a presenciar una ejecución más. La de James Ritchen, condenado a muerte por haber asesinado a tres hombres.

En el interior, de su celda de seguridad el asesino esperaba... esperaba a la Muerte y también la última oportunidad de escapar del fatal destino que sobre él se cernía. Huir, huir fuese como fuese; éste era el único pensamiento de Ritchen mientras oía cómo las rítmicas pisadas de los hombres que tenían que llevarle hasta la celda de la Muerte se iban acercando resonando lúgubremente en el desierto corredor. Cada paso repercutía en el cerebro del asesino, y cuando cesaron, instintivamente Ritchen dio un paso hacia atrás. Oyó ruido de llaves y el chirriar del cerrojo; finalmente la puerta se abrió y el alcaide penetró en la celda del condenado a muerte, En el corredor quedaron los cuatro guardianes que iban a formar la escolta que le acompañaría hasta el mismo umbral del más allá. Ritchen, en pie, contemplaba la muda escena de la cual era el personaje central; todos

sus nervios estaban en tensión, y cuando el alcaide habló, su voz resonó como un pistoletazo en el interior de la reducida habitación.

—Vamos, Ritchen; llegó la hora.

El asesino no contestó. No sentía ninguna clase de miedo, solamente odio. Odio hacia todo y hacia todos y en aquellos momentos una furia homicida empezaba a apoderarse de él. Lentamente se fue acercando a la puerta y después de lanzar una mirada sobre el alcaide se colocó entre los cuatro guardianes.

Nuevamente los pesados pasos resonaron en el largo corredor de los condenados a muerte. Un asesino más iba a purgar su delito entre las frías paredes de Alcatraz. La Ley seguía su curso.

El hombre que iba a morir era el típico criminal nato, frío, sanguinario y totalmente desprovisto de sentimientos. James Ritchen había sido ingeniero de una gran fábrica de visores electrónicos para piezas artilleras de gran calibre. Su afán de matar había permanecido aletargado durante años, pero finalmente salió a la superficie. Solamente fue necesaria una ocasión para que la brutalidad existente en su interior pudiese manifestarse libremente y esta ocasión llegó cuando otro ingeniero de la misma fábrica logró inventar un visor de reducido tamaño. Ritchen sintió que el despecho se apoderaba de él y una noche, mientras su compañero trabajaba en el invento, lo asesinó brutalmente. Después, dominado por el afán de destrucción, procedió a quemar los planos del visor y a la mitad de su tarea fue descubierto por un ayudante del ingeniero asesinado. El asesino, en plena furia homicida, estranguló al pobre muchacho. Después de causar estas dos muertes huyó, pero finalmente fue localizado por la policía. En el momento de ser detenido disparó contra uno de los agentes, hiriéndole levemente, pero Ritchen no era hombre capaz de sentir ninguna piedad. Remató al herido fríamente disparando contra él todo el cargador de su pistola y cuando terminó los proyectiles lanzó el arma contra la cabeza del muerto. Fue un acto salvaje, brutal, que retrataba claramente la mentalidad homicida de Ritchen. Fue detenido, juzgado y condenado a muerte a pesar de que su defensor alegó que era un perturbado mental, y ahora caminaba entre cuatro guardianes hacia la muerte.

Para llegar al lugar de la ejecución tenían que atravesar un amplio patio y éste fue el momento que el asesino aprovechó para intentar una desesperada fuga. Cuando sus pesadas botas de presidiario pisaron la tierra del patio, se detuvo y mirando hacia atrás dijo al alcaide que seguía al grupo:

—Míster Logan, creo que tengo cierto derecho a fumarme un cigarrillo, ¿no le parece?

—Sí, Ritchen, puedes fumarlo. El reglamento no lo impide.

—En este caso tendrá que dármelo usted, pues a mí no me quedan. Los di todos; pensé que adónde voy no iba a poder fumar.

Míster Logan, el alcaide, se acercó al asesino y le tendió su paquete de cigarrillos. Ritchen extendió su mano para cogerlos, pero lo que hizo fue asir violentamente el brazo del alcaide y con un rápido movimiento escudarse con su cuerpo para evitar los disparos de la escolta. De un fuerte tirón arrancó la pistola que míster Logan llevaba en una funda sobaquera y apoyando el cañón en la nuca del hombre dijo con voz que sonó clara en el silencio del amanecer:

—¡El más pequeño movimiento será suficiente para que muera!

La acción de Ritchen había sido tan rápida que los cuatro guardianes no tuvieron tiempo para impedirla. La sorpresa los dejó inmovilizados y cuando quisieron reaccionar ya era tarde. El asesino se cubría perfectamente con el cuerpo del alcaide y en su mano sostenía un arma presta a disparar y los que conocían a Ritchen sabían que no dudaría en hacerlo. El condenado a muerte continuó dando órdenes.

—Dejad el paso libre y recordad que de vosotros depende la vida de vuestro jefe.

Los hombres obedecieron y dejaron el paso libre. Ritchen, siempre protegido por el cuerpo de míster Logan, se encaminó hacia la pequeña puerta que aparecía en uno de los altos muros. Él hombre encargado de abrirla y cerrarla vio cómo se iba acercando la extraña pareja, así como a los cuatro inmóviles guardianes y su primera reacción fue desenfundar su pistola, pero la voz del asesino paralizó su gesto.

—-Yo no lo haría, a no ser que quieras ser el responsable de la muerte del alcaide.

—No lograrás escapar—repuso éste—; aunque llegues a salir del recinto no podrás cruzar la bahía. Nadie ha escapado de Alcatraz.

—Esto es cosa mía. Ahora que abran la puerta. ¡Vamos, ábrela!—ordenó al guardián.

Este consultó con la mirada a míster Logan y al ver el gesto afirmativo del alcaide descorrió los cerrojos.

—Apártate a un lado—ordenó nuevamente Ritchen.

Con toda clase de precauciones y escudándose siempre con el cuerpo de míster Logan, cruzó la puerta y se encontró en el exterior del penal. Un estrecho sendero arrancaba de donde se encontraba para ir a morir ante la puerta principal. A sus pies el mar se estrellaba furioso contra las rocas.

Las sirenas empezaron a ulular y numerosos reflectores se fueron

encendiendo, buscando entre la escasa claridad del amanecer al hombre que había huido.

—No podrás escapar, Ritchen—dijo el alcaide—; entrégate y será mejor.

—¿Mejor? No sea niño, Logan; no me entregaré para que usted mismo me lleve a la celda de la Muerte. Que vengan a buscarme.

—No lograrás nada, solamente que te maten como a un perro.

—Lo prefiero a tener que estar esperando que vengáis a buscarme para llevarme a morir. Así me habéis tenido durante días y no quiero volverlo a pasar.

En aquel momento sonó un disparo y el proyectil fue a estrellarse muy cerca de Ritchen. Todo el penal estaba en estado de alarma y si no obraba rápidamente no lograría escapar. Se separó lentamente de míster Logan y cuando llegó al borde del acantilado se detuvo, con una enorme tranquilidad levantó el cañón de la pistola y después de apuntar hizo fuego.

El alcaide del penal se tambaleó ligeramente y después se derrumbó contra el suelo con la cabeza atravesada por un proyectil.

Ritchen, después de cometer su nuevo crimen, se guardó la pistola en la cintura y con gesto decidido se lanzó de cabeza al mar. El tableteo de una ametralladora lo acompañó, pero ya los disparos llegaron tarde. Su cuerpo se perdió entre las turbias aguas y de su paso solamente quedó el cadáver de míster Logan cruzado trágicamente sobre el estrecho sendero.

Inmediatamente entraron en acción todos los organismos de seguridad. La policía patrulló por las carreteras y estableció controles en todos los cruces. La radio y la televisión lanzaron a los cuatro vientos la descripción del asesino. Un ejército de policías escarbó todos los rincones que hubiesen podido servir de escondite a un hombre. Lanchas rápidas y motoras buscaron el cuerpo de Ritchen por la bahía. La orden era: capturar al condenado a muerte. Pero todo resultó inútil, parecía que James Ritchen, fugado de Alcatraz y asesino de cuatro hombres, había desaparecido de la faz de la Tierra.

* * *

En el mismo momento que Ritchen se lanzaba al agua, en una secreta base de experimentación de cohetes interplanetarios, cercana a la ciudad de San Francisco, tenía lugar una extraña conferencia. Cuatro hombres y una mujer, sentados alrededor de una alargada mesa cubierta de planos, discutían los últimos detalles de lo que ellos llamaban “Operación Llamarada”.

Gerald Moresby, eminente físico y conocido hombre de ciencia, ocupaba la presidencia de la pequeña reunión. Era un hombre de mediana edad, de pelo canoso y mirada viva y rápida. A su lado permanecía sentada su secretaria, Suzanne Baterson, espléndida rubia de veinticuatro años de edad, de azules ojos y figura que recordaba las antiguas esculturas griegas.

Otro de los reunidos era Iván Tasieff, científico eslavo especializado en las radiaciones "gamma". Su estatura era elevada y sus cabellos daban la impresión de no haber conocido a un peine desde hacía años. Su enmarañada cabellera negra parecía una extraña medusa que se moviese a impulsos de invisibles corrientes submarinas. Sobre su enorme nariz cabalgaban unas gafas de potentes cristales.

Junto a Tasieff aparecía un uniforme del ejército. Su dueño era el mayor Kennet Cowl y nadie había podido comprender cómo el mayor, hombre de una corpulencia verdaderamente gigantesca, podía permanecer aprisionado entre las estrecheces de su uniforme. Formaba parte de aquella reunión en calidad de observador del ejército y al mismo tiempo delegado por el Departamento de Estado.

Finalmente quedaba Hans Werfel, especialista en radar, experto piloto y a pesar de contar solamente treinta y dos años estaba considerado como una eminencia en el campo de la electrónica.

Gerald Moresby, después de rebuscar entre los papeles que cubría la mesa, empezó a hablar sin levantar apenas la cabeza. Su voz era clara y resultaba agradable.

—A pesar de que aún no ha llegado Werner Thurton vamos a concretar nuestra misión. Todos ustedes saben que en un lugar de esta base secreta nos está esperando la más potente de las naves interplanetarias que hemos construido en nuestro planeta. Digo la más potente porque hasta la fecha y con los aparatos con que contábamos no habíamos logrado volar más allá del planeta Plutón, el más alejado de nuestro sistema solar. La astronave que nos está esperando es capaz de llegar a los confines de la Vía Láctea sin ningún esfuerzo.

El científico hizo una pausa y miró detenidamente a cada uno de los componentes de la reunión. Estos permanecían callados y atentos a las palabras del célebre físico.

Este empezó a hablar nuevamente, dirigiéndose particularmente al mayor Cowl.

—Nuestras relaciones con los demás planetas de nuestro sistema están pasando una época de tirantez y no sería nada extraño que dentro de muy poco tiempo nos hallásemos envueltos en una guerra planetaria. Usted, mayor, como delegado del Departamento de Estado, está perfectamente al corriente de nuestras relaciones diplomáticas y

comerciales con los habitantes de Urano.

El mayor removió su enorme corpachón e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Gerald Moresby se levantó y mientras daba cortos paseos alrededor de la mesa continuó hablando.

—Nuestros laboratorios terrestres han creado un nuevo explosivo de una potencia tan destructora que basta una simple bomba del tamaño de las que antiguamente llamaban de mano, para destruir totalmente una ciudad de ocho millones de habitantes. Una de cincuenta kilogramos destruiría totalmente el planeta Tierra en el plazo de treinta y seis horas. La finalidad de nuestro viaje es simplemente ésta: salir del sistema solar, llegar hasta un objetivo alejado, seguramente una de las estrellas que forman la constelación Lutecia y destruirlo usando el nuevo explosivo. La nave que vamos a tripular fue construida expresamente para este fin y cada uno de nosotros fue elegido entre centenares de hombres para que la "Operación Llamarada" tuviese pleno éxito. Exactamente dentro de dos horas emprenderemos el viaje y el objetivo final nos lo darán cuando estemos en pleno vuelo. Nada más, señores; pueden dedicar este tiempo que les queda a lo que crean más conveniente.

Los tres hombres se levantaron y silenciosamente se fueron a ultimar sus preparativos. En la habitación quedaron solamente Moresby y su secretaria.

—Señorita Baterson, recoja todos los planos y llévelos a la astronave—ordenó suavemente el físico—, ordénelos allí y prepare los instrumentos que voy a necesitar. Usted sabe tan bien como yo mismo cuáles son.

—No se preocupe, señor; todo estará dispuesto a la hora de la partida.

—Un último ruego, señorita. Como usted se quedará en la Tierra, sería conveniente que tomase nota de todos los datos que vayamos radiando. Como secretaria particular mía está autorizada para hacerlo y a nuestro regreso nos serán muy útiles todos cuantos datos tengamos.

—Así lo haré, profesor—contestó la rubia muchacha mientras iba poniendo los papeles en el interior de distintas carteras. Cuando terminó preguntó:

—¿Tengo que dar alguna orden al profesor Thurton cuando llegue?

—No, no es necesario; sabe perfectamente cuál es su misión y con toda seguridad se dirigirá directamente a la astronave y usted no tendrá ocasión de hablar con él. Gracias por todo, señorita Baterson.

La muchacha salió y el profesor Moresby no tardó en seguirla. La

“Operación Llamarada” estaba ya en marcha.

*　*　*

James Ritchen, con las ropas empapadas y chorreando agua, se iba arrastrando penosamente por el suelo. Gracias a su fortaleza física había logrado atravesar la bahía y llegar a tierra firme. Podía decir que él era el primer hombre que había logrado huir de. Alcatraz, pero lo difícil sería ahora lograr escapar del acoso de la policía. Primeramente tenía que cambiar sus ropas de presidiario por otras, comer algo y hallar un refugio para descansar, pues se sentía agotado. Se encontraba cerca de una carretera de gran circulación y oía continuamente el ruido producido por los coches y por tres veces había oído también el ulular siniestro de las sirenas policíacas. El sabía que aquel alarde de fuerza no tenía otra razón de ser que su captura. Por esto se arrastraba por el suelo como un reptil; en el momento que fuese localizado dispararían contra él y así la Justicia habría cumplido su cometido. Cualquier habitante de los Estados Unidos tenía pleno derecho a hacer fuego y matarlo. Era un hombre acosado por todas partes y quien lograse eliminarlo recibiría las felicitaciones de toda la nación por haber ahorrado trabajo al verdugo.

Entre los arbustos pudo distinguir la blanca cinta de la carretera, lentamente se fue acercando a ella y agazapado en la cuneta esperó el momento oportuno para cruzarla y penetrar en el pequeño bosque que se extendía al otro lado. Sus ansiosos ojos escrutaban atentamente todo el panorama que ante él se ofrecía. El bosque estaba rodeado de una valla de alambre espinoso.

—“Propiedad privada”—pensó Ritchen mientras su mirada quedaba fija en un potente automóvil detenido ante una puerta que daba acceso al diminuto agrupamiento de árboles.

El condenado a muerte miró a ambos lados de la carretera y al verla totalmente desierta se levantó y en cuatro saltos la atravesó. Rápidamente se lanzó nuevamente al suelo. Un coche patrulla de la policía se acercaba a toda velocidad haciendo chillar su sirena. Tan rápida fue su aparición que el aire que el coche desplazó azotó fuertemente el rostro del asesino. Se levantó y después de examinar el terreno intentó abrir las puertas delanteras del automóvil. No lo logró; en cambio, una de las posteriores no estaba cerrada con llave. Ritchen la abrió y se introdujo en su interior. Iba a pasar al volante cuando oyó voces, rápidamente se escondió en el asiento trasero y se cubrió con una manta que en él estaba. La portezuela anterior se abrió y el asesino sintió cómo el coche se ladeaba ligeramente al entrar una persona en él. El motor se puso en marcha y el automóvil emprendió una veloz carrera hacia un punto que solamente su conductor sabía.

Ritchen cubierto por la manta, empuñaba firmemente la pistola que había arrebatado al alcaide. Podrían detenerlo, pero no emprendería el camino hacia el otro mundo solo, más de uno le acompañaría.

El automóvil se detuvo varias veces, una de ellas más largamente que las anteriores. Hasta el escondido asesino llegaron algunas palabras. Era la policía que controlaba todos los cruces, pero parecía ser que el dueño del automóvil era un hombre de gran solvencia, pues ninguna vez registraron su coche. Finalmente llegaron al término del viaje. Después de cortas paradas el automóvil quedó estacionado junto a otros. El asesino oyó cómo su, conductor descendía y después de un momento de espera se atrevió a asomar la cabeza. Rápidamente la volvió hacia atrás. Lo que había visto le había helado la sangre en las venas. ¡Se hallaba dentro del recinto de una base del Ejército! Soldados pululaban por todas partes. Centinelas armados cubrían distintos puntos y Ritchen empuñó con fuerza la culata de su arma. Sabía que ahora no tenía escapatoria. Transcurrieron unos minutos sin que llegase a tomar ninguna determinación, finalmente decidió salir al exterior y enfrentarse con lo que se le pusiese delante. Tenía ya la mano apoyada en la manecilla para abrir cuando vio que dos hombres se acercaban hacia el coche. Vestían de una forma totalmente desconocida para él. Rojos trajes de una sola pieza los cubrían totalmente, excepto la cabeza, pero cada uno de los hombres que se aproximaban hacia él llevaban en la mano unas escafandras de cristal. Calzados con altas botas hasta media pierna y armados con pesadas pistolas “Colt” ofrecían un extraño aspecto. Ritchen se agazapó entre la manta que tan buen servicio le había hecho y esperó. Los dos hombres llegaron junto al automóvil y durante unos momentos conversaron vivamente. Uno de ellos había abierto la puerta trasera y la conversación llegaba clara hasta el asesino escapado del penal.

—Bien—decía una de las voces—, queda ya muy poco tiempo, así es que cuando hayas recogido tus cosas ve a la nave.

—De acuerdo—contestó la otra voz.

—Escucha, Thurton—dijo el hombre que primeramente había hablado—. Yo no soy pesimista, pero este viaje hacia lo desconocido me asusta un poco.

Se oyó una alegre risa y después un jocoso comentario. Dando una palmada en la espalda de su amigo y compañero de viaje, Werner Thurton dijo:

—Amigo Tasieff, los eslavos siempre sois algo propensos al pesimismo. Todo irá perfectamente y verás como antes de quince días estamos de regreso… y victoriosos y con un montón de información. Pasaremos a la Historia y seremos los tíos más famosos de este siglo XXI.

—Ojalá tengas razón. Bien, no tardes. Recuerda que aún tienes que comprobar todos los mecanismos de expulsión de las bombas.

—Voy corriendo, no te preocupes.

Werner Thurton, el sabio que había faltado a la reunión de los otros viajeros del espacio vio cómo su amigo Tasieff se alejaba. Una sonrisa de comprensión iluminó los labios del físico y cuando vio que el eslavo se perdía entre el laberinto de edificaciones de la base, se inclinó sobre el equipaje que ocupaba la parte posterior del coche. Su mano se dirigió hacia la manta que por capricho de su esposa había tenido que incluir. Una zarpa de hierro surgió de entre los pliegues y lo arrastró violentamente hacia el interior del coche. Antes de que pudiese articular una palabra una tenaza apretó su garganta quitándole la respiración. Sus ojos se nublaron, pero antes de perder el conocimiento aún pudo ver una cara bestial, dominada por el odio..., después ya no vio nada, absolutamente nada. Werner Thurton había emprendido un viaje del que nadie regresa.

James Ritchen sonrió siniestramente mientras retenía entre sus manos el cadáver del científico. Para él resultaba un verdadero placer poder matar; además, le encantaba poderlo hacer con sus propias manos, prescindiendo de toda clase de armas. Sosteniendo aún el caliente cuerpo de Thurton entre sus manos acudió a su mente la solución de todos sus problemas. El muerto era también de gran corpulencia, muy parecida a la suya. James miró curiosamente el inmóvil cuerpo que yacía junto a él. Sí, tenía la misma estructura que la suya aunque no su diabólica fuerza. Todo iría perfectamente con un poco de suerte y esto no le había faltado desde el momento en que pidió un cigarrillo al alcaide de Alcatraz.

Con manos que no demostraban el menor nerviosismo procedió a despojar al cadáver de la roja vestidura, botas y armamento. Luego se desprendió de su uniforme de presidiario y se vistió con las ropas del hombre al que había asesinado. Con una seguridad verdaderamente asombrosa descendió del coche, recogió el equipaje de Thurton y una vez más la manta le prestó un enorme servicio. Se la echó sobre los hombros y ocultó lo mejor que pudo su rostro en ella. De momento se encontró desorientado. ¿Dónde estaría la nave? Su desconcierto no duró mucho. Ante él caminaba otro hombre con la misma vestimenta roja que él llevaba. A una distancia prudencial le siguió y así, el mismo profesor Moresby señaló el camino al hombre que había asesinado a su mejor amigo.

Ante los ojos de Ritchen apareció la más maravillosa construcción que había salido de las manos de los hombres desde que el mundo era mundo. De líneas afiladas, aerodinámicas, pintada de un color gris oscuro y con una afilada lanza que sobresalía de su morro, parecía un

pez espada dispuesto para el ataque. Un cordón de centinelas fuertemente armados la rodeaba completamente. Ritchen hundió su cara entre la manta y con paso decidido se encaminó hacia la abierta escotilla. Un oficial salió a su paso y después de saludarle militarmente deseó:

—Buen viaje y mucha suerte, profesor Thurton.

El asesino masculló unas palabras que salieron roncas y el oficial se retiró con gesto amable.

Ritchen estaba al pie de la escalerilla que daba acceso a la poderosa astronave. Con pasos firmes fue ascendiendo cada peldaño y finalmente se halló en el interior del aparato sin haber sufrido ningún tropiezo. El rojo traje interplanetario le había defendido de comprometedores interrogatorios.

A su izquierda se abría una rara escotilla, parecida a las compuertas de seguridad de los submarinos. Empuñando la pesada pistola “Colt”, Ritchen la cruzó. Una rubia muchacha, vestida con un ajustado traje azul, le daba la espalda. Estaba muy atareada poniendo en orden una serie de delicados aparatos electrónicos y no oyó el ligero ruido que produjo el asesino al entrar. Cuando notó la presencia de una persona en el mismo departamento que ella ocupaba ya era tarde, un violento culatazo en la sien la derrumbó sin sentido.

Ritchen escuchó atentamente y al ver que su ataque no había despertado la alarma, sonrió con la misma sonrisa que había iluminado su rostro después de cada asesinato. Lanzó una mirada a su alrededor y sus ojos se detuvieron en una amplia puerta que se abría en una de las paredes de la astronave. Se acercó a ella y observó que daba paso a una bien repleta despensa. No lo pensó mucho, arrastró el cuerpo de la muchacha hasta el interior de aquel armario y después de colocarlo en su interior también él penetró en el apretado recinto. Cerró la puerta tras él y conservando la pistola en la mano, esperó. Su mente de criminal le decía que nadie iría a abrir la despensa antes de salir. Todo el mundo estaña ocupado en cosas más interesantes que comer. Durante el vuele ya sería distinto…, pero entonces ya estarían muy lejos de la Tierra, de Alcatraz y de su celda de la Muerte.

* * *

—¿Todo dispuesto, Hans?—preguntó Moresby al piloto de la nave.

—Cuando quiera despegamos.

—¿Estamos todos?—preguntó nuevamente Moresby.

—Todos—respondió Tasieff.

—¿Y Thurton? Aún no lo he visto. Solamente un instante cuando llegó a la base.

—Subió a la nave delante de mí—aclaró el mayor Cowl.

—Entonces vamos a despegar… y que la suerte nos acompañe.

Hans Werfel, el piloto de la poderosa astronave, pulsó el botón de arranque y el aparato interestelar se deslizó suavemente por la amplia pista. Un fuerte silbido los acompañó durante unos segundos, después cesó repentinamente y Hans anunció:

—Ya estamos en el aire. Nuestro viaje ha empezado.

El Mayor se acercó a una de las varias pantallas de radar y fue observando cómo los puntitos luminosos iban perdiendo intensidad. Se volvió hacia Tasieff y dijo:

—A pesar de que he hecho varios vuelos interplanetarios aún no me he acostumbrado a la sensación que siento al abandonar la Tierra.

—Pues ahora abandonará nuestro planeta y también nuestro sistema solar. Es un viaje al extranjero.

Los cuatro hombres se sumergieron en una complicada conversación sobre las propiedades del uranio M-321, recientemente descubierto en la Tierra y sus probabilidades de éxito en caso de una guerra interplanetaria. Así transcurrió una hora larga. Enfrascados en la conversación no observaron que una de las compuertas de seguridad se abría sigilosamente y que una cabeza aparecía por la abertura.

—Hemos salido ya de la fuerza de atracción de la Tierra—anunció Hans consultando un manómetro electrónico.

La cabeza se ocultó nuevamente y poco después aparecía James Ritchen empuñando la pistola con mano firme.

—Buenas noches.

Su voz resonó como una explosión entre una bandada de asustados pajarillos. Los cuatro ocupantes de la astronave quedaron sorprendidos al ver que otro hombre viajaba con ellos. El secreto de su misión parecía que ya no era tal. El primero en salir de su estupor fue el mayor Cowl.

—¿Quién es usted?—preguntó mientras daba un paso hacia el intruso.

—Quieto en donde está—fue la contestación que recibió mientras el cañón de la pistola apuntaba rectamente al segundo pasador de su pecho.

El Mayor vio que el hombre que tenía enfrente no sentía ningún deseo de bromear y que dispararía cuando tuviese el menor motivo para hacerlo… e incluso sin tenerlo.

Gerald Moresby, como jefe de la expedición creyó que debía aclarar la identidad de aquel hombre. Sin tener en cuenta el arma que esgrimía el extraño individuo, se acercó a él y con voz firme ordenó:

—Diga quién es y qué hace en esta nave, en caso contrario…—el profesor hizo un gesto amenazador indicando que emplearía la fuerza.

Ritchen, sonriendo fríamente, presionó su dedo índice sobre el gatillo de la pistola y una llamarada de fuego brotó del cañón. El profesor Moresby, con el asombro retratado en su rostro, llevó una mano a su corazón y cayó violentamente hacia adelante y su sangre fue extendiéndose rápidamente por el suelo de la astronave.

Tasieff fue a repetir la misma acción de Moresby pero llegó tarde. Una bala se le adelantó y fue a clavarse en su frente causando un seco ruido. El eslavo se llevó ambas manos al boquete que había aparecido en su cabeza y sin lanzar ni un leve quejido se derrumbó sobre el cuerpo de Moresby. La sangre que brotaba de la herida fue a mezclarse con la de su amigo y compañero.

—¡Usted está loco!—chilló el mayor Cowl—. Ninguno de estos hombres le ha dado motivo para que los asesine de una forma tan brutal. ¿Quién es usted?

—Soy un hombre que quiere vivir y lo haré aunque sea a costa de la vida de toda la humanidad.

El Mayor se dio cuenta que el hombre que tenía delante estaba loco, completamente loco y lo que era peor, dominado por una locura homicida y que no respetaría a nadie. Observó que el asesino llevaba calada la escafandra y que estaba equipado totalmente con el traje del exterior. Por una casualidad, también él estaba equipado de igual forma. Se la había ajustado un momento antes de la aparición del extraño viajero, pues había discutido sus cualidades con el pobre Moresby.

El Mayor comprendió que tenía que jugarse el todo por el todo, ya que el hombre que tenía delante, lo mataría fríamente cuando lo creyese conveniente. Tendría que luchar con él y anularlo, pero tendría que hacerlo solo, ya que Hans no podía abandonar el mando de la astronave en aquel momento en que el aparato luchaba entre dos fuerzas de atracción; la de la Tierra y la de la Luna.

Fue estudiando a su enemigo. Este era corpulento, quizá más que él y sus fuerzas serían mucho más peligrosas desde el momento que estaba dominado por la locura, homicida. De estatura le sobrepasaba en un par de pulgadas y el Mayor, que siempre se había sentido orgulloso de su elevada talla, sintió que fuese precisamente aquel asesino quien fuese más alto que él. Pero a pesar de todo tendría que luchar si quería salvar su vida y la de Hans… y devolver la astronave a

la Tierra.

Hans se dio cuenta de la situación e impulsó a la poderosa nave hacia un costado. Ritchen perdió el equilibrio y el Mayor aprovechó la ocasión para lanzarse violentamente contra él. La cabeza del militar chocó contra el estómago del asesino lanzándolo contra una de las paredes. Ritchen, debido a la fuerza del impacto dejó escapar el arma que sostenía en la mano, pero, no tardó en reaccionar. Enderezándose lentamente se acercó a su enemigo y le lanzó un furioso golpe contra el vientre. El Mayor se dobló dolorosamente pero un rodillazo en pleno pecho lo lanzó hacia atrás. No se había aún repuesto de los dos brutales golpes cuando el cuerpo de Ritchen se abatió sobre él cubriéndole de golpes. Se defendió como pudo pero la potencia de su enemigo era muy superior y notó que no podría aguantar durante mucho tiempo sus demoledores ataques. La única forma de cazarlo era empleando la astucia y así, mientras iba parando lo mejor que podía los fulminantes puñetazos que Ritchen le lanzaba, fue retrocediendo hacia una de las salidas de emergencia. Quería arrastrarlo hacia el exterior y allí podría defenderse mejor ya que él conocía la lucha en el espacio y esperaba que su enemigo la desconociese. Cuando sintió que su espalda tocaba el acero de la compuerta golpeó fuertemente a su enemigo en el pecho. Este no pudo resistir el golpe y se dobló sobre sus rodillas. El Mayor aprovechó el pequeño momento de respiro y con gesto rápido abrió la salida de emergencia y esperó a Ritchen en el techo de la astronave. El asesino no tardó en aparecer y el Mayor pudo observar su siniestra sonrisa a través del cristal de la escafandra. Cautelosamente se fue acercando a él. El Mayor tenía interés en llevar la lucha cuerpo a cuerpo y así poder arrancar el conducto del aire que alimentaba la escafandra de Ritchen. Cuando lo tuvo a su alcance se lanzó contra sus piernas y le hizo perder el equilibrio pero la caída fue perjudicial para el militar puesto que quedó debajo del cuerpo del asesino. Este, empezó a golpear con ambos puños la escafandra del Mayor y éste fue tanteando el cuerpo de Ritchen en busca del tubo que conducía el aire, pero nunca llegó a alcanzarlo. La descomunal fuerza del condenado a muerte había astillado el cristal. Un nuevo golpe la destruyó totalmente y el Mayor llevó sus manos a la garganta en busca de aire, pero todo fue inútil. Ritchen, en pie, miraba tranquilamente la desesperada agonía del militar y cuando vio que éste ya no se movía volvió al interior de la astronave.

Hans continuaba luchando para mantener el rumbo de la nave. Tenía la esperanza de que el Mayor lograse eliminar al peligroso criminal que llevaban de polizón y…

Sus pensamientos quedaron interrumpidos cuando dos poderosas manos se aferraron a sus hombros y le arrancaron del puesto de mandos. Intentó defenderse pero no logró ni ver la cara de su

atacante. Una poderosa presión gravitaba sobre su cuello impidiéndole el menor movimiento. Sentía que su cabeza era echada hacia atrás y llegó a sentir el crujir de sus propias vértebras cervicales. La sangre se agolpó en su cabeza y durante unos instantes todo lo vio de un color rojo. Empezó a jadear violentamente y finalmente sus manos perdieron fuerza y cayó hacia atrás Hans Werfel nunca más volvería a pilotar una nave. Un asesino sin entrañas terminaba de desnucarlo, y su cabeza pendía inerme en el interior de su escafandra.

James Ritchen se había adueñado de la astronave eliminando completamente a toda la tripulación. Se acercó al cuadro de mandos y después de conectar el piloto automático regresó a la pequeña despensa en busca de la muchacha. Cuando volvió a la cabina central arrastraba a la inconsciente secretaria de Moresby. Después de dejarla en el suelo procedió a despojar al cadáver de Hans de su vestimenta de vuelo. Una vez desnudo arrojó el cuerpo por la abierta ventanilla de emergencia y acercándose al inmóvil cuerpo de Suzanne la vistió con el traje del piloto asesinado. Después la sentó en una silla fija y con hábiles movimientos la fue atando. Finalmente fue arrastrando los cadáveres de Moresby y Tasieff y los lanzó al espacio. Una vez terminado todo esto volvió al cuadro de mandos y tomó el pilotaje de la nave. Para él no resultaba difícil, más de una vez y debido a su trabajo, había subido y pilotado naves interplanetarias. Una fría sonrisa aparecía en su rostro. Las cosas le habían salido mucho mejor de lo que él mismo esperaba.

* * *

En la base secreta cercana a San Francisco una legión de científicos, técnicos y observadores militares esperaban noticias de la astronave. Cuando los receptores empezaron a zumbar avisando la radiación todos los hombres enmudecieron. Después de unos ligeros ruidos, el aparato central empezó a hablar:

—¡Atención! La astronave de Moresby llama a la Tierra. ¡Atención!

El jefe de la Sección de Radio de la base contestó:

—Hable, Moresby. Le oímos perfectamente aunque no podemos localizar su aparato. Seguramente se habrán desviado del rumbo marcado. Hable.

Una carcajada llegó hasta los oídos de los terrestres y a continuación oyeron algo que los dejó completamente atónitos.

—Moresby ha perdido el rumbo y ahora el comandante de la nave soy yo. James Ritchen, el hombre al cual queríais ver morir en la celda de la muerte.

—No bromee, Moresby, tenga en cuenta que está llevando a efecto una peligrosa misión.

—Soy Ritchen y todos los tripulantes del aparato han muerto a mis manos. He dejado con vida a la muchacha pero también morirá. El dueño de la astronave soy yo.

Multitud de comentarios recorrieron la amplia sala. Los periodistas no cesaban de tomar notas y más notas. Dos altos jefes del Ejército cambiaron unas rápidas conversaciones y uno de ellos salió velozmente para avisar a la policía. El jefe de la Sección de Radio continuó hablando con Ritchen:

—No puede ser lo que usted dice. En la nave no iba ninguna muchacha, solamente hombres.

No había terminado aún de hablar cuando un ordenanza le pasó una nota escrita del jefe de la policía militar de la base; la nota decía: "Hemos encontrado el cadáver de Werner Thurton completamente desnudo y la secretaria de Gerald Moresby ha desaparecido."

Lo que de momento les había parecido una broma de mal gusto iba tomando todas las características de un verdadero drama.

—Habla Ritchen. Sé que en esta nave llevo explosivos suficientes para borrar a la Tierra del sistema solar... ¡y esto es lo que voy a hacer! Os doy un plazo de veinticuatro horas para que podáis pensar en la muerte que os espera. Es lo mismo que vosotros hicisteis conmigo. Hacerme esperar para morir y para que tengáis la seguridad de que no bromeo, dentro de seis horas destruiré una ciudad de los Estados Unidos. No digo cuál. Así todas vivirán la angustia de estas últimas horas pensando que ella puede ser la elegida por mí... y dentro de veinticuatro horas justas el planeta Tierra se habrá convertido en una masa de fuego diluido que se disgregará en el espacio.

El jefe superior de policía de la ciudad entró seguido de varios altos personajes. Sin decir ni una sola palabra apartó al jefe de la sección del aparato transmisor y rápidamente empezó a hablar con el asesino:

—Ritchen, habla el jefe de policía. No seas loco y regresa a la Tierra. Todas las cosas tienen arreglo. Revisaremos tu sentencia y es fácil que logremos tu absolución. Yo te apoyaré con todas mis fuerzas.

Una loca carcajada llegó hasta los oídos del policía. Una carcajada que demostraba plenamente que el hombre que se reía no estaba en su sano juicio.

—Son ahora las diez de la mañana, a las cuatro de la tarde una ciudad desaparecerá de la superficie de la Tierra... y mañana, a esta misma hora, la Tierra dejará de existir.

El asesino cortó la comunicación. Un penoso silencio sé hizo en la

amplia sala, roto solamente por el rasguear de las plumas de los periodistas. El jefe de policía intentó reanudar la conversación con Ritchen pero inútilmente. El fugado de Alcatraz había enmudecido. El policía se levantó y pasándose una mano por los revueltos cabellos dijo:

—Ritchen cumplirá lo que dice. Los días que pasó esperando su ejecución lo han enloquecido y lo que es peor, su locura es agresiva y destructiva. Siempre he creído que era un hombre dominado por el afán de matar, pero ahora tengo la prueba. Nos quiere hacer pasar a nosotros lo mismo que pasó él. Tenemos que tomar rápidamente las medidas necesarias para capturarlo.

—Va a ser completamente imposible. La nave que se construyó para la "Operación Llamarada" es un prototipo y ninguna de las que en la actualidad tenemos es capaz de competir con ella. Además, el armamento de que va provista es lo mejor que se ha construido hasta la fecha —aclaró un general de aviación.

—Algo tenemos que hacer, no podemos estarnos con los brazos cruzados esperando las decisiones de un loco homicida. Hay que destruirlo sea como sea—insistió el jefe de policía.

—Voy al Alto Mando—contestó el mismo general que había hablado anteriormente—y seguramente lanzaremos contra él toda nuestra flota de astronaves, pero tengo la impresión de que nada lograremos. Comunicaremos con las restantes naciones a ver si alguna sé halla en posesión de una astronave potente. Nadie nos negará ayuda pues se trata del destino de la Tierra.

Los primeros en salir fueron los periodistas y durante media hora los teléfonos no cesaron de hacer llamadas. Cuando los periódicos, en ediciones extraordinarias salieron a la calle, en grandes titulares se podía leer en ellos:

> —UN LOCO AMENAZA A LA TIERRA. — A LAS CUATRO DE ESTA TARDE UNA CIUDAD SERA DESTRUIDA. — LAS AUTORIDADES CIVILES Y MILITARES INDEFENSAS ANTE LOS CAPRICHOS DE UN HOMICIDA. — ¡LA TIERRA, CONDENADA A SER DESTRUIDA! — ¡VEINTICUATRO HORAS DE VIDA PARA LOS TERRESTRES!

Los periódicos eran arrebatados de las manos de los vendedores y rápidamente el terror se extendió por toda la nación. La radio se encargó de extender la noticia por todo el mundo y la Tierra entera empezó a vivir sus últimas horas de angustia.

Los Gobiernos de las distintas naciones estaban reunidos en sesiones permanentes y siempre llegaban a la misma conclusión: No

había defensa posible. Ritchen tenía todos los triunfos en su mano.

* * *

A las once de la mañana de aquel terrorífico día, Bruce Raymond, dueño de una agencia de información privada y antiguo as de naves interestelares durante la pasada guerra entre la Tierra y Venus, acudió al teléfono de su oficina que sonaba insistentemente.

—Diga, Raymond al habla.

—Soy Arthur Baterson, ¿puede usted ir a mi residencia particular ahora mismo? Es un asunto de vida o muerte.

Bruce se quedó estupefacto. ¡El gran Baterson llamándole a él! Algo realmente importante tenía que ser para que el dueño de la gran cadena de periódicos llamase personalmente por teléfono.

—¿Qué me contesta?—insistió Baterson.

—Que voy volando—replicó Bruce.

—No se moleste, ante la puerta de su oficina está ya mí coche esperándole.

Bruce colgó el auricular y se sintió algo molesto. Arthur Baterson tenía tanta costumbre de salirse con su voluntad que ya le había mandado el coche sin esperar a saber si accedería o no a su demanda. Descendió pensativamente las escaleras y cuando llegó a la calle ya el chófer le abría atentamente la portezuela. Penetró en el automóvil y rápidamente emprendieron el camino hacia la residencia del magnate de la prensa.

Las calles de San Francisco ofrecían un extraño espectáculo. Las diferentes religiones y sectas que abundaban en la ciudad habían organizado procesiones rogando a sus dioses que los librasen de la destrucción y de la muerte. La gran cantidad de chinos que moraban en ella habían salido a la calle con sus vestiduras tradicionales, con acompañamiento de sus grandes dragones de cartón y sus fuegos de artificio. Otros, no sintiéndose dominados por el fervor religioso se habían dedicado a beber y las calles se habían llenado de hombres y mujeres de todas las razas y condiciones sociales que bebían desesperadamente.

Se hacía difícil el tránsito por aquellas avenidas repletas de gente que vivían sus últimas horas. La radio ya había anunciado diferentes casos de suicidios... y lo que ocurría en San Francisco ocurría también en todas las ciudades y pueblos de la Unión y del mundo entero. La Tierra entera se despedía de la vida según los gustos de cada uno.

Finalmente llegaron a la mansión de Baterson. Bruce descendió rápidamente y se encaminó hacia el despacho del millonario. Este le

estaba esperando en la misma puerta y después de tenderle la mano, dijo:

—No tenemos tiempo que perder, así es que iré directamente al grano. Siéntese, por favor.

Bruce obedeció y tomó asiento en un cómodo sillón.

—Como es natural usted está enterado de la amenaza de Ritchen, lo que seguramente no sabe es que mi hija se halla a bordo de la nave que pilota este loco.

A Bruce realmente le sorprendió la noticia. Sabía que con Ritchen estaba secuestrada una mujer, la secretaria de Moresby, pero nunca pudo pensar que ella y la hija de Baterson fuesen una misma persona. El millonario notó la extrañeza que se reflejaba en el rostro de su interlocutor y aclaró:

—Mi hija se empeñó en trabajar por su cuenta y como es hija única ya puede usted comprender que finalmente se salió con la suya. Ahora bien, yo quiero salvarla y creo que mi deseo es muy natural y lógico, pero para hacerlo no me queda más remedio que obrar particularmente. Las fuerzas aéreas de todo el planeta tratarán por todos los medios de destruir la astronave de Ritchen sin tener en cuenta que en su interior también está un ser inocente. Como humano lo comprendo, pero como padre me rebelo ante la idea de que mi hija tenga que morir. Sé que una vida no tiene importancia cuando está en juego la existencia de cinco mil millones de terrestres, pero aparte de ser humano, también soy padre… y quiero salvar a mi hija.

El millonario se interrumpió y golpeando una carpeta que estaba sobre la mesa de su despacho, continuó:

—Aquí tengo todo el historial de usted y estoy convencido de que solamente Bruce Raymond es el hombre capaz de salvar la vida de mi hija y al mismo tiempo alejar la amenaza que se cierne sobre la Tierra.

Bruce miró fijamente al hombre que tan claramente le hablaba y después de un momento de meditación contestó:

—Puede ser que tenga usted razón y sea yo el hombre indicado para este caso, pero seguramente ha olvidado usted que carecemos de medios para ir a buscar a Ritchen en el espacio. Actualmente nadie sabe su situación, con toda seguridad ha salido del sistema solar. El sabe que en la Tierra no existe ninguna nave capaz de desarrollar un radio de acción parecido a la que él pilota. Ritchen estará loco, pero no es tonto y no olvide que debido a su trabajo como ingeniero está perfectamente al corriente de los adelantos científicos.

—Yo tengo los medios necesarios para que usted vaya en su busca. En Alemania, en una pequeña ciudad a orillas del Rin, tengo una gran fábrica de aviación, Hace tiempo que por orden del

Departamento de Estado empezamos a construir una poderosa astronave, quizá superior a la de Ritchen. La nave fue terminada esta misma mañana, exactamente a las nueve. A las diez y media llamó un general del Alto Mando preguntando por ella y yo declaré que aún no estaba en condiciones. Hice esta afirmación pensando en usted. Yo mismo emprendería el vuelo pero ya soy demasiado viejo, usted puede hacerlo.

—Acepto—replicó Bruce poniéndose en pie.

—Gracias, sabía que lo haría. En caso de no haber aceptado habría entregado la astronave al Gobierno aun sabiendo que su entrega significaba la muerte de mi hija. Ahora voy a aclararle una cosa de vital importancia. Nuestra nave va equipada con un modernísimo aparato electrónico emisor de rayos zeta. Estos rayos no son destructores, pero sí repelen todo cuanto tocan. Son como una enorme y potente mano que empujase lo que tuviese delante. Usted no podrá destruir la nave de Ritchen con ellos, pero sí empujarla. Otras armas lleva a bordo con el suficiente poder destructivo como para no temer a nadie, pero a nosotros no nos interesa destruir a Ritchen, nos interesa acorralarlo y rescatar a Suzanne… después puede usted desintegrar a este asesino.

—Así lo haré y además con muchísimo gusto. Ahora perdóneme pero me retiro. Tengo que organizar mi viaje hacia esta pequeña ciudad alemana.

—No es necesario. En mi jardín le está esperando un helicóptero que le llevará hasta mi campo privado de aviación. Allí le está esperando un poderoso aparato de ocho turborreactores que le conducirá hasta el mismo pie de la astronave. Equipo y armamento para cuatro personas lo hallará en el interior de la nave. ¿Tiene que hacer algún encargo especial antes de partir?

Bruce sonrió levemente al ver que el magnate lo tenía todo previsto.

—Sí, pongan un radiograma a mi socio y amigo Peter Stokwell que se halla en el Hotel *Kœnigsberg* de Berlín. Que me espere en su fábrica de aviones. El me acompañará en este vuelo. Con un hombre de la peligrosidad de Ritchen nunca se sabe lo que puede ocurrir. Además, le agradecería que encargase a alguien para que fuese a cerrar mi oficina.

—No se preocupe. Su amigo le estará esperando junto a la astronave y su otro encargo será cumplimentado en el acto.

Los dos hombres se encaminaron hacia el jardín que se extendía en la parte posterior de la finca y cuando ya Bruce tenía un pie en el helicóptero, Baterson lo asió por un brazo y dijo:

—No hemos hablado de sus honorarios, Bruce.

—Si le parece bien discutiremos esto a mi vuelta. Ahora no tenemos tiempo.

El aparato se elevó rápidamente y emprendió la dirección del campo privado del millonario. Cuando llegaron a él ya el poderoso reactor estaba en condiciones de despegar. Bruce abandonó el aparato que le había conducido hasta allí y penetró rápidamente en el avión. No había aún cerrado la portezuela cuando éste despegó. Todo estaba perfectamente sincronizado y no se perdía un minuto. La vida de Suzanne y la existencia de la Tierra se habían convertido en una carrera contra reloj. Ni un segundo podía ser desperdiciado.

Eran exactamente las doce y cuarenta y siete minutos cuando el reactor que transportaba a Bruce tomó tierra en el campo de aviación de la fábrica de Baterson. Desde la ventanilla pudo ver a la astronave posada en una pista lateral y junto a ella, a su amigo Peter. El magnate de la prensa diaria había cumplido su palabra.

Aún no se había detenido completamente el reactor cuando Bruce ya corría en dirección a la astronave. Cuando llegó junto a ella ordenó, jadeante, a su amigo:

—¡Sube, rápido!

—Pero…

—¡Sube!

Peter Stokwell se encogió de hombros y subió detrás de su socio. La escalerilla fue retirada velozmente y la astronave, con Bruce en los mandos despegó a una velocidad endiablada.

Eran las doce y cincuenta y un minutos.

* * *

Ya en pleno vuelo, Peter se atrevió a preguntar a su socio y amigo:

—¿Puedes explicarme qué diablos estamos haciendo aquí?

—Vamos a cazar a James Ritchen y a rescatar a Suzanne Baterson.

—¡Atiza! ¿Nada más?—exclamó Peter poniendo una cara de bobo que obligó a su amigo a reír a pesar de las pocas ganas que sentía de ello.

—Nada más.

—Bien, lo bueno que tiene la vida a tu lado es que nunca sabes qué es lo que va a ocurrir.

—…Ni yo tampoco lo sé. Créeme que si lo supiese, me sentiría

más tranquilo. Ahora busca por la nave y trae los trajes de superficie y las escafandras de cristal. Dime también qué clase de armamento ligero llevamos. Baterson me dijo que todo el equipo estaba aquí.

Peter empezó a rebuscar por entre los múltiples armarios que aparecían adosados en los paneles y finalmente sacó dos vestimentas de color azul y las correspondientes escafandras. Se vistió con uno de los trajes y después relevó a Bruce que procedió a hacer la misma operación. Una vez sentados ante el cuadro de mandos, Peter dijo:

—Aparte de la pistola que llevamos en la cintura, en un armero hay cuatro pistolas-ametralladoras "Thompson" con proyectiles desintegradores y balas cónicas. Dos rifles telemétricos y unos cuchillos de larga hoja, también hay un par de hachas de las llamadas de abordaje.

—Bien, ahora tenemos que localizar a la nave de Ritchen, cosa que nos va a ser difícil. Deberíamos encontrarla antes de las cuatro de la tarde para poder salvar a la ciudad que él piensa destruir. ¿Qué hora es?

—Las dos y siete minutos.

Bruce hizo un gesto de disgusto. Hacía tiempo que habían dejado el Sol muy atrás y ahora navegaban por una zona de oscuridad. Ninguno de los aparatos detectores había localizado aún a la nave pilotada por el asesino. El tiempo transcurría y cada segundo tenía un inmenso valor para la existencia de los habitantes de la Tierra.

El sensible cronómetro de la nave continuaba marcando el transcurso de los minutos. Su rítmico tic-tac se clavaba en la angustiada mente de los dos amigos. Bruce lanzó a la astronave a la máxima velocidad y sus pantallas de radar escrutaron la oscuridad en busca de la nave enemiga. Nada, ningún rastro de Ritchen.

Las dos y media. Peter miró inquieto la esfera luminosa de su reloj.

Las tres menos cuarto. Ninguno de los dos amigos hablaba, ambos estaban sumidos en sus pensamientos y en la catástrofe que se aproximaba.

Las tres. Una ciudad cualquiera de la Tierra tenía una hora de vida. El loco homicida cumpliría su palabra.

La potente astronave continuaba buscando desesperadamente a su invisible enemigo. Los nudillos de Bruce se blanquearon sobre las palancas de mando y los ojos de Peter no se apartaban un solo instante de los detectores y pantallas.

Las tres y media. Bruce no pudo resistir más la tensión de nervios y dijo:

—Vamos a regresar a la Tierra. Puede ser que Ritchen tenga intención de hacer el disparo desde cerca para poder observar sus efectos y disfrutar con el enorme daño que cause. Entonces será el momento en que pongamos en acción los rayos zeta.

La astronave emprendió el camino de regreso desarrollando su velocidad máxima. Ante la proa del aparato fue apareciendo el resplandor del Sol, del mismo Sol que muchos terrestres dejarían de ver dentro de muy poco tiempo a causa de un hombre enloquecido por el odio.

Bruce y Peter sobrevolaron la periferia de la Tierra sin localizar la nave del asesino. A las cuatro menos tres minutos la astronave de los dos amigos se hallaba a cinco mil millas de la costa oeste de los Estados Unidos. Habían barrido materialmente toda la atmósfera y la ionosfera que rodea a la Tierra sin ningún éxito.

—No vamos a poder evitar que este loco cumpla sus propósitos— dijo Bruce fijando su mirada en la zona azul que se extendía a sus pies.

—No, no podremos evitarlo y es una pena que este océano tenga que cubrirse de sangre. Tengo la impresión de que Ritchen destruirá San Francisco.

—Yo también. Cuando más lo pienso más seguro estoy. Es la ciudad en donde fue condenado y no podrá resistir la tentación de arrasarla. Vamos a poner rumbo hacia ella, quizá aún podamos hacer algo.

* * *

A las cuatro menos un minuto la hermosa ciudad de San Francisco, Frisco para sus moradores, parecía que estaba de fiesta. La inmensa mayoría de sus habitantes deambulaban por las calles. Todos los comercios estaban cerrados y numerosos grupos de hombres y mujeres discutían acaloradamente por calles y plazas. Continuamente consultaban sus relojes. En el centro de una de sus grandes plazas un camión con potentes altavoces iba comunicando a la población los segundos que faltaban para las cuatro. Junto al automóvil se levantaba una gigantesca torre que lucía un enorme reloj.

—Cuarenta, treinta y nueve, treinta y ocho…

Un hombre completamente vestido de negro se encaramó sobre un montón de cajones y empezó diciendo:

—¡Hermanos! Vuestra hora ha llegado, tened presente que el infierno eterno os espera y…

—Veinte, diecinueve, dieciocho…

Los altavoces continuaban su cantinela y todo el mundo estaba pendiente de ellos sin prestar la menor atención al extraño individuo perteneciente a una de las sectas religiosas más modernas. Algunas mujeres de edad inclinaban la cabeza hacia el suelo mientras sus labios se movían musitando una oración.

—Diez, nueve, ocho…

Todas las cabezas se levantaban hacia el cielo en busca del enemigo que tenía que destruirlos.

Lo que ocurría en San Francisco se repetía por todas las ciudades de los Estados Unidos. Todos esperaban la hora de la muerte.

—Cinco, cuatro, tres, dos…

El reloj de la torre empezó a dejar oír la primera campanada de las cuatro.

—Uno… ¡cero!

En el mismo momento que sonaba la última campanada, un siniestro silbido se oyó en toda la ciudad y una estela de brillante fuego cruzó el cielo. Aún repercutía en el aire la vibración de la campana que había señalado hora cuando una enorme explosión tuvo lugar. El cielo se oscureció y partículas incandescentes de una materia desconocida cayeron sobre la multitud, quemando sus vestidos y causando enormes llagas que rápidamente se extendían por todo el cuerpo. Infinidad de edificios empezaron a arder y a derrumbarse, sepultando a centenares de personas. El puente de hierro tendido sobre la bahía fue arrancado de cuajo y lanzado sobre la indefensa ciudad. Gigantescas olas se levantaban, y arrasaban todo cuanto se ponía en su camino. Una enorme nube en forma de zeta se había levantado cubriendo toda la extensión de San Francisco y sus alrededores. El día había sido transformado en noche. Las conducciones de gas reventaban y las cañerías del agua lanzaban el blanco líquido en todas direcciones. Enormes grietas habían aparecido en la tierra y por ellas desaparecían personas, vehículos, edificios. Las materias en fusión se habían convertido en un mar de fuego al rojo blanco que se iba extendiendo por toda la ciudad. Grandes explosiones iban sucediéndose ininterrumpidamente. Gritos de agonía y lamentos de heridos formaban un macabro concierto.

La torre que había señalado la fatídica hora se derrumbó sobre el camión de los altavoces y sus piedras cubrieron los cadáveres que ya se extendían por la ancha plaza. San Francisco era la antesala del infierno en la tierra.

Las sirenas de las ambulancias atronaban el ambiente y el humo se había hecho tan espeso que ni los faros de los coches podían atravesarlo. Hombres y mujeres despavoridos corrían de un lado a

otro tratando de huir de la muerte. Otros gritaban desesperadamente llamando a sus seres queridos y algunos, los menos, se dedicaban al pillaje. Este caos duró media hora escasa, después la enorme nube de materias radiactivas fue descendiendo lentamente y se confundió con el mar de fuego líquido. A las cuatro y treinta y dos minutos la ciudad de San Francisco había dejado de existir. Ni uno solo de sus habitantes había logrado escapar de la matanza. Cuando el humo se disipase nada quedaría a la vista de lo que fue una hermosa y floreciente ciudad. El mar, piadosamente, habría rellenado el hueco que la enorme explosión había causado.

* * *

—¡Atención! Ritchen llama a la Tierra.

Esta llamada puso en conmoción a todos los centros oficiales de Nueva York. Con gran celeridad el jefe de Policía del Estado se puso al habla con el asesino.

—Habla Kark, jefe de policía con plenos poderes del Gobierno para tratar con usted, Ritchen.

—Nada tengo que tratar con el Gobierno de los Estados Unidos ni con ninguno otro de la Tierra. Soy yo quien da las órdenes ahora.

—Escúcheme, Ritchen. Regrese y todo quedará olvidado. Todos cometemos errores. Regrese.

Mientras Kark hablaba multitud de aparatos trataban de fijar la situación del asesino. El jefe de policía trataba de ganar tiempo para que los técnicos pudiesen localizar a la nave interplanetaria.

—No regresaré. Estoy harto de todos ustedes y de sus estúpidas leyes. Mañana a las diez en punto destruiré el planeta de la misma forma que he aniquilado a la más inmunda de las ciudades. Ni uno solo de ustedes quedará para contarlo. Supongo que el tribunal que me condenó, el jurado, testigos y cuantos intervinieron en mi juicio estarán ahora en el propio infierno. No, no regresaré ni pienso tratar con ustedes.

El jefe de los técnicos de radio hizo un gesto de desaliento que todos interpretaron en todo su valor: Ritchen no podía ser localizado, lo que quería decir que hablaba desde fuera del sistema solar y por lo tanto fuera del alcance de las naves terrestres. Ritchen podía estar loco, pero no tenía nada de tonto. Iba a ser muy difícil terminar con él… si antes él no terminaba con todos los demás.

—Esta es la última vez que hablo. Mi próxima noticia será el lanzamiento de todas las cargas destructivas que lleva mi nave.

Se oyó perfectamente el “clic” del corte de la comunicación. Un

penoso silencio reinó en la sala. Kark, con gesto abatido, se levantó y con la faz completamente demudada exclamó:

—Esto ha llegado a su fin. Solo un milagro podrá librarnos de la destrucción que nos mandará este loco. Hemos perfeccionado los métodos de aniquilamiento sin preocuparnos de organizar primeramente las defensas contra estos mismos instrumentos. Hemos creado poderosas armas, pero nos hallamos indefensos contra ella y ahora estamos en manos de este loco que no ansía otra cosa que destrucción y venganza. Nos hará pasar a todos las mismas angustias que él pasó en la celda de los condenados sin tener en cuenta que nosotros somos inocentes… —hizo una pequeña pausa y continuó hablando mientras su rostro reflejaba una gran amargura—o, al menos, hay gran número de ellos.

* * *

Bruce y Peter pudieron contemplar la completa destrucción de San Francisco. A las cuatro en punto su astronave sobrevolaba a gran altura la llamada Puerta del Oro y completamente inermes tuvieron que contemplar cómo la ciudad era convertida en una masa de fuego.

Ninguno de los aparatos registró la presencia de la nave de Ritchen, pero Peter observó en el cielo una blanca estela que permanecía fija en él como si fuese un fino trazo de tiza.

—Mira, Bruce, qué extraña raya.

—¡Es la trayectoria que ha seguido el proyectil lanzado por el asesino!

Dio un veloz viraje y fue siguiendo la blanca estela. Salieron del campo iluminado por el sol, pero gracias a los rayos infrarrojos el trazo pudo ser seguido en la oscuridad. Finalmente, una vez fuera del sistema solar y dejado muy atrás el planeta Plutón, los aparatos de a bordo señalaron la presencia de !a nave de Ritchen.

—¡Ya lo tenemos!—exclamó nerviosamente Peter.

Bruce no contestó, apagó los rayos infrarrojos y se fue guiando por la pantalla de radar. Rápidamente iba acortando distancias. Siempre en pos del asesino dejaron atrás varias constelaciones. Estaban llegando ya a los confines de la Vía Láctea cuando pudieron distinguir perfectamente el resplandor de los reactores de cola de la astronave enemiga.

Bruce forzó la marcha hasta hacer vibrar completamente el aparato. Lenta pero seguramente iba acercándose a su objetivo.

—¿Dónde estamos, Peter?

Después de unos rápidos cálculos éste contestó.

—Hemos dejado atrás la estrella “Hidra” y dentro de poco veremos a otra llamada “Régulo”, un astro de cuarta magnitud con un numeroso sistema planetario.

—Bien, pon en marcha los rayos “zeta” y. vamos a ver si acorralamos a esta fiera asesina en uno de estos planetas.

Peter obedeció rápidamente. Sabía que ahora todo iba ser una cuestión de rapidez e inteligencia.

Ante la proa y un poco a la derecha empezó a brillar ‘Régulo”, Bruce lanzó un fuerte haz de rayos “zeta” contra la nave de Ritchen. Como un manojo de azulados puñales los rayos rompieron la oscuridad de la noche. Ambos amigos pudieron ver cómo se estrellaban contra su objetivo y éste sufría un extraño movimiento de vaivén. Bruce no cesó de lanzarlos hasta que logró la completa desviación de la astronave pilotada por el asesino.

Ellos continuaban ganando espacio mientras Ritchen tenía que estar completamente desconcertado al ver que su aparato no respondía a los mandos.

A una velocidad endemoniada dejaron atrás el resplandor de la estrella “Régulo” y a tres de sus planetas. La nave de Ritchen estaba continuamente bajo los rayos lanzados por Bruce y de una manera firme era empujada hacia la derecha.

—Dentro de breves momentos estaremos a la vista de uno de los planetas de este sistema. Es el llamado “Bog”[1]. Creo que le llaman así porque más de la mitad de su superficie está cubierta por grandes pantanos.

Ritchen, por primera vez durante la larga persecución se dio cuenta de ella y sus cañones de cola empezaron a disparar. Bruce intensificó la potencia de los rayos “zeta” y éstos se encargaron de alejar todos los proyectiles. Parecía que unas poderosas manos iban abriendo camino ante la nave de los dos amigos.

Bruce puso en marcha los cohetes retropropulsores y la astronave dio un salto en el espacio como un pura sangre ante la meta. Ambos aparatos quedaron separados por una corta distancia y el de Ritchen fue lanzado contra la derecha. Ya “Bog” se aproximaba con gran celeridad y Bruce continuó “empujando” al enemigo hacia el planeta. La astronave del asesino, sin control propio, fue lanzada contra la superficie de Bog. El aterrizaje fue violento y la nave quedó tumbada sobre un costado. También la de Bruce sufrió un duro impacto. La toma de tierra no pudo ser calculada, hubo que aprovechar lo que se presentó a primera vista; además, Bruce no quería que entre las dos astronaves hubiese mucha separación, ya que quería rescatar a Suzanne en el mismo momento de desembarcar, sin dar tiempo a

Ritchen a que reaccionase y pudiese valerse de la muchacha para cubrirse.

Empuñando una pesada pistola-ametralladora cargada con pequeños proyectiles desintegradores y cubierto con la escafandra de superficie se lanzó por la escotilla de salida. Cuando sus pies se apoyaban en el duro suelo descubrió al asesino. Este, manteniendo entre sus manos una reducida ametralladora de corto cañón, se hallaba junto a su nave esperando que apareciesen sus enemigos. Al ver a Bruce, sus ojos enrojecidos brillaron de alegría, apretó el disparador y una ráfaga de proyectiles con la punta disgregadora estalló a los mismos pies del muchacho. Mecánicamente respondió al fuego. Ritchen se ocultó rápidamente, momento que aprovechó Bruce para adelantarse e interponerse entre el asesino y la nave. Si la muchacha continuaba viviendo ya no volvería a caer en poder del condenado a muerte… al menos mientras él y Peter viviesen.

Desde su emplazamiento, Ritchen intentó cortar el paso de Bruce. Disparó furiosamente contra él, pero tuvo que cambiar de posición cuando la “Thompson” de Peter entró en acción. Entre los dos fuegos combinados, a Ritchen no le quedó otra solución que batirse en retirada. Cubriéndose con sus propios disparos fue retrocediendo hasta perderse entre los estrechos desfiladeros y altas montañas de piedra blanca que formaban la superficie del planeta.

Mientras Peter quedaba montando la guardia, Bruce penetró en el interior de la nave enemiga. Esperaba encontrar lo peor, por esto, de su pecho se escapó un suspiro de alivio cuando vio a la rubia muchacha atada en una silla, vestida con un traje de superficie y con la escafandra ajustada. Se acercó a ella y desenfundando el cuchillo cortó sus ligaduras. Suzanne Baterson intentó ponerse en pie, pero sus entumecidos miembros no respondieron a sus esfuerzos y se desplomó entre los brazos de su liberador. Este la sostuvo y al ver que la muchacha no podía andar y de que de su sien derecha manaba un pequeño hilo de sangre, la levantó en vilo y salió al exterior. Allí, Peter continuaba montando la guardia y al ver aparecer a su amigo con tan dulce carga dejó escapar un penetrante silbido que los micrófonos y auriculares de las escafandras hicieron resaltar con estridencia.

—¡Vale la pena volar hasta los confines de nuestra galaxia. ¡Vaya bombón!

—No hagas el burro, Peter, y no pierdas de vista a nuestro enemigo. Ya sabes que es muy peligroso.

—Ya lo he perdido. Hace tiempo que no da señales de vida. Lo hemos asustado.

—No lo creas; lo que ocurre es que sabe esperar y nos atacará

cuando a él le convenga.

—Bien, que venga. De momento ya le hemos estropeado el juego.

—Vamos a nuestra nave y atenderemos a la señorita Baterson. No ha perdido el conocimiento, pero está agotada. Aún no ha hablado ni una sola palabra. Lo que no comprendo es cómo Ritchen no la asesinó teniéndola en su poder.

—Nunca trates de comprender la mentalidad de un loco…; cuando puedas comprenderla será señal de que tú también estás como una cabra.

—Peter, a veces hablas como una persona mayor.

—¡Tengo veintiséis años cumplidos! —contestó el alegre muchacho.

—De acuerdo, Matusalén, pero échame una mano para subir a esta joven.

Entre los dos amigos izaron a la agotada secretaria de Moresby y una vez cerrada la compuerta de salida, Bruce la despojó de la escafandra y vertió entre sus labios unas gotas de coñac. El rostro de la muchacha recuperó algo de color y sus bellos ojos dieron las gracias a los dos hombres. Poco a poco se fue recuperando y mientras Peter limpiaba la sangre que se había secado sobre la herida que el culatazo de Ritchen había abierto en la sien, Suzanne habló.

—¿Quiénes son ustedes?—preguntó con voz que casi era un susurro.

—Amigos de su padre—respondió Bruce.

Los ojos de la muchacha se llenaron de terror ante el recuerdo de lo ocurrido.

—Fue horrible—exclamó entre sollozos.

Peter iba a consolarla, pero desistió ante un gesto de Bruce.

—Déjala que se desahogue. Tiene que haber pasado muy malos ratos. Ahora, mientras compruebo el estado interior de la nave, ya que después del violento aterrizaje es fácil que hayamos sufrido alguna avería, tú estudia el terreno sobre el cual estamos y dime si habrá dificultades para despegar… y no olvides tu “Thompson”.

Mientras el muchacho iba a cumplimentar lo ordenado por Bruce, éste se sentó ante los cuadros electrónicos de mando y uno a uno los fue comprobando.

Todos funcionaban perfectamente a pesar del duro golpe que había recibido la astronave.

Suzanne iba cesando en sus histéricos sollozos y finalmente se levantó y con pasos tambaleantes se acercó al lado de Bruce. No habló, pero sus ojos se fijaron en el hombre.

—¿Se encuentra mejor, señorita Baterson?—preguntó.

—Sí; discúlpeme, soy una tonta por haberme comportado de tal forma.

—No lo crea. La tensión de nervios a que ha estado sometida ha sido muy grande y es completamente natural que haya sufrido esta pequeña crisis.

Iba la joven rubia a contestar cuando Peter penetró nuevamente en la astronave. Cerró la compuerta de entrada, pero continuó conservando puesta la escafandra.

—Creo que la cosa va a estar algo mal. Sería conveniente que salieses al exterior conmigo. Quiero enseñarte una cosa.

Bruce se levantó y dirigiéndose a la muchacha dijo:

—Ahora mismo regresamos. No salga de la nave sin llevar puesta la escafandra. Desconocemos si el aire de este planeta es o no respirable.

—Tengo la impresión de que la he llevado toda la vida-—respondió Suzanne mientras una de sus manos se deslizaba sobre su cuello, en el punto que la escafandra quedaba unida al traje de superficie.

—Nosotros se la hemos quitado para curarla, pero rápidamente se la hemos vuelto a poner. Es una medida de seguridad que es conveniente no olvidar. De ella depende nuestra vida—aclaró Bruce.

—Lo comprendo y no lo olvidaré.

—Vamos—dijo Peter.

Los dos hombres salieron al exterior y allí el muchacho volvió a hablar.

—Como verás, hemos quedado encajonados en una grieta de las muchas que surcan la superficie del planeta. Mi opinión es que va a resultar algo difícil despegar, aunque no imposible.

—En el peor de los casos podemos usar la nave de Ritchen—contestó Bruce mientras sus ojos quedaban fijos en las rocas que aprisionaban a su nave.

—Sí, he estado en ella y lo primero que he hecho ha sido inutilizar las peligrosas cargas destructivas. No quiero que el asesino se nos cuele y nos las haga estallar bajo la proa de nuestro aparato. Él está loco y no le importa morir, siempre que pueda arrastrar a alguien con él…, pero yo no estoy loco, al menos esto creo, y le tengo cariño a la vida.

—Has hecho bien, veremos la forma de salir de aquí. No desesperemos. ¿Has observado la extraña contextura de este planeta?

—Sí, estas enormes montañas de piedra blanca, los estrechos

desfiladeros. Las grandes grietas y los profundos cráteres le dan cierto parecido con la Luna, pero a una milla escasa de aquí empiezan los pantanos y una rara vegetación de helechos gigantes que se parecen a los que cubrían la Tierra en la época terciaria.

—Por la distancia que nos separa de “Régulo”, la estrella que hace de sol en este sistema planetario, calculo que aquí las noches durarán años, años terrestres, claro.

Suzanne apareció en la escotilla de salida. Su cabeza aparecía cubierta por la escafandra y aún conservaba el rojo traje de superficie que había sido de Hans Werfel.

—Ahora le daré otro vestido aislante. No es conveniente que use el mismo color que Ritchen. Se presta a confusiones. Peter, mientras entrego el traje a la señorita asegúrate de nuestra posición en esta dichosa grieta. Según lo que veas haremos un intento para salir de ella.

Una vez en el interior de la nave, la rubia muchacha empezó a decir:

—Aún no le he dado las gracias a usted y a su amigo. Les estoy muy agradecida y...

—No me dé las gracias. Ya lo hará cuando hayamos regresado a la Tierra.

—Bien—contestó la muchacha haciendo un gracioso mohín—, pero al menos déjeme que les tutee a los dos. Son los únicos conocidos que tengo aquí.

A Bruce le hizo gracia que la rubia aún conservase el sentido del humor después de haber estado en manos de un maniático asesino. Así es que muy gustosamente contestó:

—De acuerdo, reconozco que resulta algo ridículo que andemos con tanta etiqueta estando como estamos metidos en un lío tan complicado. Desde este momento eres Suzanne a secas.

—A secas, Bruce—le contestó la joven.

—No salgas al exterior sin ir debidamente armada. Ritchen estará al acecho para ver si puede cazarnos uno a uno. Tanto Peter como yo podemos defendernos por nosotros mismos, pero tú eres diferente y aún no te has repuesto de las calamidades pasadas. Ahí tienes una pistola que siempre llevarás contigo, pero además toma—y al decir esto Bruce puso en las manos de la muchacha una pesada “Thompson” exactamente igual a las que llevaban él y Peter—. ¿Sabes manejarla?

—A la perfección. Mi educación ha sido completa. Igual puedo resolverte un complicado problema físico-nuclear como acertar en el ojo de una perdiz a diez yardas de distancia.

—Mejor que sea así. Ahora cámbiate de ropa y nos iremos a echarle una mano a Peter, que ya estará cansado de estar solo.

Estaba hablando con Suzanne mientras ésta se ponía el traje azul que él le había entregado cuando los diminutos transistores de su escafandra zumbaron con pequeñas intermitencias. ¡Peter pedía ayuda! Algo debía ocurriría al muchacho cuando usaba la señal de urgencia.

Bruce asió su "Thompson" y apoyando una maño en la salida de emergencia preguntó:

—¿Tienes puesta la escafandra, Suzanne?

—Sí—respondió ésta saliendo de detrás del tabique que le había servido de biombo—. ¿Qué ocurre?

—No lo sé, pero algo realmente importante será cuando nuestro amigo pide ayuda de una forma tan apremiante—contestó mientras abría la compuerta.

Una vez en el exterior se guio por los zumbidos de los transistores para localizar la situación de Peter. Cuando lo logró su sangre se paralizó en sus venas y sus ojos no daban crédito a lo que estaba contemplando.

Peter, con la espalda apoyada en una gran masa de piedra, disparaba furiosamente contra un enorme reptil de gran tamaño. Los proyectiles desintegradores de la pistola-ametralladora rebotaban inofensivos en las grandes escamas que recubrían el enorme cuerpo. Una diminuta cabeza se balanceaba al final de un largo cuello y las cortas patas del animal iban ganando terreno. Peter no podía frenar su avance y dentro de poco las pequeñas, pero fuertes mandíbulas del reptil se cerrarían sobre su cabeza.

Bruce vació el tambor de su arma contra el cuerpo del animal, pero inútilmente: los destructores proyectiles no hacían mella en la fuerte coraza del monstruo. Este volvió ligeramente la cabeza, pero después de sacudirla de un lado a otro, continuó su camino hacia Peter, éste era su presa más inmediata y no la iba a dejar escapar.

Con la inútil arma entre las manos el muchacho veía cómo la repugnante cabeza del reptil se mecía a escasas pulgadas de su cara. Instintivamente cerró los ojos para no ver el momento en que las mandíbulas del animal se cerrarían sobre su cabeza. Un nuevo disparo, esta vez uno solo, restalló en el silencioso planeta. Durante unos momentos Peter continuó con los ojos cerrados; después, al no sentir la dentellada que tenía que arrancarle la vida, los abrió y lo primero que vio fue al enorme animal derrumbado a sus pies, después pudo contemplar la destrozada cabeza del reptil y finalmente vio a Suzanne, con una rodilla apoyada en tierra y sosteniendo entre sus

manos uno de los rifles telemétricos que formaban parte del armamento de la astronave. Junto a la muchacha estaba Bruce, con la descargada pistola-ametralladora en una mano.

Peter lanzó un largo suspiro de alivio y tratando de no pisar el cuerpo que yacía a sus pies se acercó al pequeño grupo formado por sus amigos. Cuando llegó junto a ellos, volvió a suspirar y dijo:

—Si no llega a ser por usted no salgo de ésta. ¡Menudo susto me ha dado el animalito!

—Creí que no llegaría a tiempo—contestó la muchacha—. Cuando vi que los proyectiles desintegradores no hacían efecto en el cuerpo del repugnante bicho pensé que una buena bala explosiva alojada en la cabeza podía ser más efectiva que todas las ráfagas de ametralladora. Cuando Bruce me entregó el armamento vi que en el armero había dos pesados rifles telemétricos; corriendo fue en busca de uno de ellos y llegué en el momento oportuno. Aunque estaba algo nerviosa, no fallé el tiro.

—De lo cual no me cansaré nunca de darle las gracias, señorita.

—Suzanne, amigo Peter; somos ya viejos amigos para llamarnos de usted, ¿no te parece?

—Por mi parte encantado. En mi vida he tenido una amiga tan bonita como tú... y con tan buena puntería.

—Cada día que pasa estoy más convencido de que los terrestres estamos completamente “fuera de juego” en cuestiones siderales—dijo Bruce empleando una frase muy corriente en su país—. En un planeta muerto, en uno de los que creemos que la vida, incluso la más rudimentaria, es imposible, nos encontramos con un animal de grandes dimensiones y completamente invulnerable a nuestros disparos desintegradores de materia. Si esto ocurre en nuestra galaxia, ¿qué ocurrirá cuando podamos desplazarnos a otras situadas a millones y millones de años luz? No quiero pensarlo.

—Ni falta que te hace—respondió alegremente Peter—. Lo único que debes pensar ahora es que a nuestro regreso a la Tierra tienes que pagar tres meses de atraso en el alquiler de nuestra oficina. Ya veremos cómo te las arreglas. Yo, particularmente, prefiero enfrentarme con otro reptil como aquél antes que hablar tres minutos con el casero sin tener el dinero para pagarle. Piensa, amigo, piensa en lo que le dirás.

Bruce sonrió ante la exuberante alegría de su joven amigo y socio y como él, también sentía la alegría de vivir a pesar de lo comprometido de la situación, continuó la broma. Desde luego, Suzanne no era ajena a la felicidad que sentía el duro hombre de acción que era Bruce. La inmensa mayoría de las veces, las mujeres

tienen la virtud de convertir, con su presencia, lo feo en hermoso. Esto pensaba Bruce cuando contestó a Peter.

—No, querido amigo y respetable discípulo. Este mes serás tú quien se enfrente con el “ogro”.

—¿Yo? No lo creas. Me quedo aquí, prefiero la compañía de grandes lagartijas, de asesinos como Ritchen y de vivir el resto de mi existencia como un pequeño pez de colores cubierto por esta escafandra. El pago, igual que el cobro, es cosa tuya. Yo soy menor de edad.

Suzanne se sentía completamente a gusto entre aquel par de hombres que, acostumbrados al peligro, bromeando se enfrentaban con él. Todo cuanto les rodeaba perdía intensidad, se difuminaba en el espacio y solamente la acusada personalidad de sus amigos prevalecía por encima de todo. También ella quiso intervenir en la alegre conversación y dijo:

—Yo tengo montones de dinero, por lo tanto yo pagaré al casero.

Los dos amigos la miraron con aire escandalizado y Peter, haciendo una versallesca reverencia, contestó:

—Respetable damisela. La Sociedad “Raymond and Stockwell” no admite donativos de damas. Si es necesario iremos a trabajar en el túnel submarino del río Hudson, pero nunca, ¡nunca!, aceptaremos dinero de mujeres. ¿Verdad, socio?

—Verdad, socio—repitió Bruce como una máquina.

—Entonces a ti te toca ir al río, yo vigilaré que tu trabajo sea perfecto y que el capataz no te riña.

—Bueno, a la nave. Hemos de trazar un plan de operaciones y ver si podemos sacar la nave de la grieta—dijo Bruce volviendo a la realidad.

—Será difícil—contestó Peter dejando aparte la broma—. Estamos encajonados como una cuña entre los bordes de una profunda hendidura.

—Probaremos a salir; en caso de no lograrlo, habrá que tomar alguna resolución. Vamos.

Los tres amigos penetraron en la nave y después de cerrarla herméticamente Bruce se sentó en los mandos e hizo varios intentos para despegar. No lo logró. Los reactores del aparato no podían arrancarla del encajonamiento. Estaban en la misma situación que un coche atascado en el barro y en el cual patinaban las cuatro ruedas. Bruce cerró todos los contactos y volviéndose hacia sus amigos dijo:

—Tal como estamos no podemos despegar y teniendo la amenaza de Ritchen tampoco podemos trabajar en paz. Así es que lo primero es

eliminar a este hombre… y vamos a hacerlo rápidamente. Hay que cazarlo como a un perro rabioso. Esta frase resulta algo brutal en la boca de un hombre civilizado, pero…

—…pero…—repitió Suzanne al ver que su amigo se interrumpía.

—…pero es necesario—continuó Bruce—, es una ley de vida, de nuestra vida. Antiguamente en la Tierra, hace miles y miles de años, imperaba la misma ley. La de la fuerza… y ésta es la única que pueden comprender seres como Ritchen. Suzanne, tú eres una mujer de amplia cultura. Sabes que antes de la era cristiana, los leprosos eran alejados a pedradas.

La bella muchacha asintió mudamente.

—En nuestra época tenemos que alejar a balazos a un peligro mayor que una simple lepra. Recuerda la destrucción de San Francisco por el deseo de venganza de este loco que tenemos enfrente. No, no caben sentimientos de piedad. Aparte de esto te diré, aunque te parezca un poco brutal, que no me disgusta hacer el papel de verdugo. Ritchen está condenado a muerte… y yo cumpliré la sentencia que quedó pendiente.

La muchacha no contestó. Su fina sensibilidad de mujer se resistía a comprender lo que de horrible tiene la caza del hombre por el hombre. Su sentido común le decía que su amigo tenía toda la razón, pero… ella era mujer y se sentía incapaz de matar a un ser humano. Se levantó y preparó un poco de comida para los hombres. Cuando éstos terminaron de comer se levantaron silenciosamente, ajustaron sus escafandras y cogiendo sus armas se encaminaron hacia la salida. Antes de partir, Bruce le dijo:

—No salgas de la nave. No abras la escotilla sin consultar primeramente la pantalla de televisión. ¿De acuerdo?

—Enterada… y que tengáis suerte.

Los dos hombres, con las pesadas pistolas-ametralladoras en la mano, emprendieron la búsqueda del peligroso criminal. Sus pasos eran lentos, cautelosos, como si fuesen grandes felinos que saliesen en busca de su cotidiana comida. Bruce caminaba un poco adelantado. Peter, con los ojos completamente abiertos, le seguía tres pasos más atrás. Así fueron caminando entre las extrañas elevaciones de piedra, parecidas a elevados monolitos, erectos amenazando el oscuro firmamento.

Sin hablar, para que las ondas no señalasen su presencia, Bruce indicó unas señales claramente marcadas en el polvo blanco de la superficie del planeta. Peter asintió con la cabeza e inclinándose, con un dedo escribió en el suelo: “Ritchen”. Bruce, a su vez, también escribió: “Sí; cuidado”.

Al levantarse para continuar el camino, una ráfaga de disparos desintegradores barrió el lugar en donde momentos antes tenía la cabeza. La blanca piedra se licuó y un pequeño riachuelo de masa fundida rozó sus botas. Ritchen volvía a dar señales de vida.

Bruce, de un ágil salto se apartó de la trayectoria de los disparos y buscó refugio en un saliente de la roca. Desde allí trató de localizar al asesino, pero su campo de observación era muy reducido; no así para Peter que, tumbado sobre el duro suelo, batía una gran cantidad de terreno. El muchacho, con el pulgar indicó a Bruce que el enemigo estaba sobre él y con un picaresco gesto dio a entender que iba a disparar para desalojarlo de su parapeto. Bruce, con el dedo índice sobre el gatillo de su arma esperó que Peter pusiese en práctica su plan de acción. No tuvo que esperar mucho. La pistola-ametralladora del muchacho empezó a disparar rápidamente. Todos los proyectiles iban dirigidos hacia la base de la elevación sobre la cual se hallaba Ritchen. Bruce los sentía estallar sobre su cabeza y pensó que el muchacho habría hecho un buen oficial de tropas de asalto. Estaba intentando segar el parapeto del loco homicida por su propia base. Los proyectiles desintegradores iban cumpliendo su misión. Poco a poco, la masa de roca que sostenía la alargada elevación era comida por los disparos de Peter. Ritchen, dándose cuenta de la intención, replicaba con un furioso fuego de su ametralladora.

Bruce aguardaba; si el plan de Peter tenía éxito, Ritchen quedaría escasamente a dos yardas de él y entonces... entonces dispararía contra su cabeza todo el contenido de su mortífera arma.

El hombre que había escapado a la muerte continuaba disparando, pero Bruce observó que ya lo estaba haciendo con balas de cabeza cónica en lugar de hacerlo con proyectiles desintegradores. Seguramente éstos se le habían terminado, y fue en aquel preciso momento cuando la columna de piedra se derrumbó. Peter, al ver que su idea había tenido éxito, abandonó la seguridad de su refugio... y esto fue su perdición. Ritchen se había desplazado hacia un lado y el derrumbe no le afectó en lo más mínimo, así que, cuando el muchacho quedó al descubierto, enfiló su arma contra él. Una vez más la diabólica sonrisa apareció en los labios del asesino. Apretó el gatillo y Peter Stockwell, cazado de lleno por los disparos de James Ritchen se derrumbó pesadamente contra el frío suelo de “Bog”. Una nueva víctima a añadir en la larga lista de Ritchen.

Este, dominado una vez más por su deseo de matar, olvidó toda precaución. Sin tener en cuenta que aún le quedaba otro enemigo, olvidó el más elemental sentido de la prudencia y se dejó ver al descubierto.

Bruce enfiló hacia su cabeza el punto de mira de su arma y

fríamente apretó el gatillo. Una andanada de proyectiles fundió la piedra que le servía de defensa, pero ninguno le acertó. La suerte, una vez más, protegía a quien no debía.

Ritchen, después de causar una nueva víctima, no quiso ofrecer combate y desapareció. La virtud de los grandes conquistadores siempre había sido la de saber esperar... y él sabía hacerlo. ¿Acaso no había esperado a la Muerte durante días y días?

* * *

Después de la huida de Ritchen, Bruce se inclinó sobre su amigo y estudió su cuerpo. Ninguna herida aparecía en él, ni una sola gota de sangre brotaba sobre su traje de superficie. La escafandra estaba intacta..., pero el muchacho permanecía inconsciente sobre el duro suelo de roca.

Bruce se cargó al desvanecido Peter sobre la espalda y emprendió el regreso hacia la nave. El cuerpo de su amigo pesaba como si estuviese muerto y ninguna señal de vida se podía apreciar en él.

Cuando llegó a la astronave ya Suzanne le estaba esperando. Le ayudó a subir el inmóvil cuerpo de Peter y una vez en el interior, debidamente cerrada la escotilla de entrada, preguntó:

—¿Está muerto?

—No lo sé—contestó Bruce jadeando a causa del esfuerzo realizado—. Ahora lo veremos; no le aprecio ninguna herida, pero juraría que los disparos del asesino le alcanzaron de lleno.

Entre los dos procedieron a despojar a Peter de todo su equipo de superficie. La cara del muchacho aparecía pálida..., pero respiraba.

Suzanne empezó a soltar el ancho cinturón que aprisionaba la cintura del herido. Sus dedos manipulaban en la hebilla cuando exclamó:

— ¡Mira, Bruce. Ahí está la explicación!

Efectivamente, aplastadas contra los diversos aparatos distribuidos en él, contactos de radio, distribución de oxígeno, control de gravitación, etc., aparecían tres proyectiles.

La ráfaga de Ritchen se había estrellado contra aquella parte del cuerpo del muchacho, destrozando los aparatos pero sin causarle ninguna herida. Había perdido el conocimiento a causa de los duros impactos, pero nada más.

Suzanne y Bruce dejaron escapar un suspiro de alivio.

—¡Menos mal que solamente ha...!

Las palabras de Bruce fueron interrumpidas por una serie de disparos que estallaron cercanos a la astronave haciéndola tambalear.

—¡Ritchen!—exclamó Bruce lanzándose desesperadamente hacia el cuadro de mandos.

Efectivamente, era Ritchen que, aprovechando el momento de desconcierto que había causado la presunta herida de Peter, se había introducido nuevamente en su aparato y ahora lanzaba contra sus perseguidores el fuego de todos sus cañones desintegrantes.

A causa de la situación de la nave de Bruce la primera andanada había quedado corta, pero no ocurriría lo mismo con la segunda… y Bruce lo sabía.

Con toda la rapidez posible conectó los eficaces rayos zeta. Ya era hora. La segunda ráfaga de proyectiles había salido de los cañones de las armas de Ritchen… pero nunca llegaron a estrellarse contra el blanco que el asesino había elegido.

Por décimas de segundo los rayos habían sido más rápidos que los proyectiles.

Bruce centró los visores electrónicos de sus armas de proa en la nave de Ritchen dispuesto a acabar con él de una vez. Iba a apretar los pulsores electrónicos cuando su astronave sufrió una sacudida y se ladeó violentamente.

Todos los disparos salieron altos y ni uno solo de ellos fue al punto que le había destinado Bruce.

Suzanne mantenía sujeto el inmóvil cuerpo de Peter, al que la sacudida sufrida por el aparato había desalojado de la litera en la cual estaba tendido.

—Los disparos de Ritchen se han estrellado contra la base de piedra que nos tenía sujetos y la han pulverizado, por esta razón nuestra astronave ha caído. No te asustes, Suzanne, esto puede habernos beneficiado.

El asesino, al ver que sus disparos no lograban alcanzar al aparato de sus enemigos, comprendió que algún invento reciente, desconocido para él, la defendía y que por lo tanto, no lograría destruirlos.

Conectó todos los arranques de sus turbo-reactores y su nave, casi en vuelo vertical, despegó rápidamente. Desde el aire dio una rápida vuelta y en un último intento volvió a disparar contra la ladeada astronave de Bruce y sus amigos.

Los proyectiles, como la vez anterior, resultaron completamente inútiles.

Ritchen desistió de sus ataques y emprendió un rápido vuelo que velozmente le alejó del planeta.

Bruce, sentando aún ante los mandos intentó hacer despegar a su aparato. Éste se estremeció violentamente pero… no despegó. Forzó la

velocidad de arranque al máximo. La astronave sufrió una nueva sacudida y por un momento pareció que se iba a partir en dos pero finalmente, con un violento salto que casi arranca a Bruce de su puesto de mando, salió propulsada hacia el espacio.

—¡Ya salimos de la grieta!—exclamó Bruce mientras recobraba la estabilidad del aparato.

Este, libre de las presiones de la roca, cruzaba el firmamento en pos de la nave del asesino. La persecución había comenzado nuevamente.

Conectó el radar de larga distancia con el piloto automático. Los dos sensibles y perfeccionados aparatos seguirían el mismo camino que el enemigo. Este no podría eludir la enconada persecución.

Bruce abandonó el mando y se acercó a la muchacha que continuaba sujetando a Peter.

—La parada en el planeta “Bog” nos ha servido para llevar a cabo la primera parte de nuestra misión: arrancarte de las manos de este asesino loco, ahora nos falta la segunda: eliminarlo totalmente.

—Menos mal que Peter tuvo la buena idea de inutilizar las cargas del nuevo explosivo y así desaparece el peligro de destrucción que se cernía sobre la Tierra.

—¿Qué es lo que yo inutilicé?—preguntó el muchacho aún entre los brazos de Suzanne.

—¡Vaya, ya has recobrado el conocimiento!-—exclamó alegremente Bruce al ver que su amigo había salido de su estado de inconsciencia.

—Hace rato que lo hice, pero verás, uno no tiene cada día la ocasión de estar entre los cariñosos brazos de una muchacha tan linda como Suzanne.

Esta sonrió y dejó que Peter se deslizase violentamente contra el suelo de la nave mientras decía.

—¡Sinvergüenza!

—Nunca he presumido de tenerla, muchacha y las ocasiones hay que aprovecharlas—contestó Peter mientras se levantaba.

—¿Cómo te encuentras?—preguntó Bruce.

—Igual que si me hubiese atropellado un tren de mercancías—respondió alegremente Peter—, Creo que también he salido de ésta… lo cual me alegra mucho, y ¿Ritchen, dónde está?

—Cruzando el espacio con su astronave. Cometimos un enorme error al no inutilizarla y cometí otro al descuidar la vigilancia.

—No se puede pensar en todo, Bruce—dijo Suzanne.

—Lo que no comprendo es hacia dónde se dirige este loco. Va en dirección opuesta a la Tierra—dijo pensativamente Bruce mientras volvía a ocupar su sitio ante los mandos.

—Creo que puedo darte una explicación—contestó Peter sentándose junto a él. Siéntate, Suzanne, vas a oír algo interesante y que muy pocos terrestres saben. Oirás algo de la historia negra del espacio.

Suzanne tomó asiento detrás de los dos amigos y se dispuso a escuchar.

Peter se despojó de la escafandra e igual hicieron sus amigos. Encendieron unos cigarrillos y el muchacho, lanzando una espesa bocanada de humo empezó:

—En el curso de una de nuestras investigaciones, concretamente en lo que tú y yo llamamos el caso del judío Samuel, tuve ocasión de hacer un gran favor a un hombre que toda su vida había transcurrido en la cárcel. Era un pobre diablo y yo le libré de la muerte a manos de una pandilla de contrabandistas de drogas. En dos o tres ocasiones le presté dinero, mejor dicho, se lo di y el desgraciado me lo agradeció profundamente. Una noche me lo encontré medio desvanecido de hambre. Me lo llevé a cenar a un figón y entre la comida y la cantidad de vino que había ingerido le entraron unos deseos enormes de hablar y fue entonces cuando me contó algo que se comentaba en voz baja por los bajos fondos de todas las ciudades de la Tierra y también en las de los otros planetas habitados.

—El pobre hombre empezó así:

—“Peter, tú eres un buen muchacho y te has comportado conmigo como un padre. Si alguna vez te encuentras con dificultades con la policía y te conviene cambiar de aires, dimelo y yo te pondré a buen recaudo. Nunca podrán hallarte.

—Gracias—le respondí—, pero si algún día me hallo en esta situación me entregaré. Sé que no se puede eludir la persecución de la policía en la Tierra.

—¿Y quién te dice que yo te ocultaré en la Tierra? No, este planeta está resultando chico para los que tienen que huir de algo. Yo te llevaría a un refugio mucho más lejano. Está situado en los mismos bordes de nuestra galaxia y hasta allí nunca ha llegado ningún policía de la Tierra ni de ningún otro planeta. Se dice que cierta vez fue uno de Venus a buscar a un perseguido de aquel mundo... y aún no ha regresado.

“Todos los habitantes de este refugio del que te estoy hablando son huidos de las distintas leyes que rigen en todos los planetas del Universo. Es un refugio interplanetario de criminales. Allí nadie va a

buscar a nadie. Recuérdalo cuando te veas en algún apuro.”

Peter se interrumpió para apagar su cigarrillo y después continuó:

—Esto fue lo que me dijo aquel hombre. Otra vez, hablando con uno de los mejores policías de Nueva York, afecto a la Policía Internacional le hable sobre ello y me dijo que, efectivamente, se tenían noticias de un refugio interplanetario de asesinos, pero que nadie podía decir con exactitud si era realidad o ficción. La gente del hampa no soltaba prenda sobre extremo tan delicado, pero que su opinión particular era de que realmente existía.

Ritchen ha estado en Alcatraz, no olvides que allí hay varios asesinos de Venus, de Marte, de Saturno e incluso de Plutón. Es fácil que cualquiera de ellos le haya dado la situación del planeta. Ya sabes que entre los maleantes existe un extraño código de ayuda mutua.

Puede ser que tengas razón y que Ritchen se encamine hacia allí —respondió Bruce.

—Sí, creo que ésta es su idea. De lo contrario no tendría razón de ser este vuelo que ha emprendido. Conociendo sus instintos sería más lógico que se hubiese lanzado contra nosotros para destruirnos.

—Soy de la misma opinión que Peter—dijo Suzanne—. Ritchen se encamina a buscar este refugio y es fácil que desde allí quiera emprender un nuevo ataque contra la Tierra.

—Entonces nuestra situación está clara. Tenemos que capturarlo. No podemos dejar libre a esta amenaza—dijo Bruce firmemente—. Aunque creo que sería mejor que te devolviésemos a la Tierra, Suzanne, la aventura que nos espera no va a resultar muy fácil ni va a ser un alegre fin de semana.

—Yo fui quien os metió en esta excursión. Por arrancarme de las manos de Ritchen os embarcasteis en este viaje… y ahora no sería deportivo que yo abandonase el juego. No, Bruce, continúo con vosotros, además, no podemos perder de vista a Ritchen, él es quien tiene que llevarnos hasta este cubil de asesinos del espacio.

—Pues que no se hable más del asunto. No regresaremos a la Tierra hasta que hayamos capturado o acabado con Ritchen—dijo Bruce poniendo punto final a aquella conversación.

…La caza del asesino loco continuaba y no terminaría hasta que éste fuese devuelto a la Tierra para que la Ley pudiese cumplirse… o cuando fuese abatido por los disparos de Bruce o de Peter.

El resplandor rojo-azulado de los turborreactores de la astronave de Ritchen se habían perdido en la noche sideral, pero los aparatos de a bordo le seguían tan claramente el rastro como si fuese claro día.

El radar del aparato de Bruce iba materialmente pegado a la nave

del asesino y en la pantalla se veía brillar el punto que señalaba su presencia en el espacio.

Los tres terrestres no querían acercarse demasiado al asesino para que éste no pudiese sentir la persecución. Era mejor dejar que los llevase hasta su punto de destino… una vez allí, bueno, una vez allí ya estarían metidos en la boca del lobo y obrarían con arreglo a las circunstancias.

La extraña huida duró varias horas. Finalmente, en la pantalla de radar de larga distancia apareció otro puntito brillante.

—Este será seguramente el planeta que andamos buscando—dijo Peter al observarlo.

—Sí, no puede ser otro. Comprueba en el planetario su situación y los puntos más cercanos—ordenó Bruce.

Peter, ayudado por la muchacha hizo unos complicados cálculos y después de observar atentamente todas las cartas planetarias de vuelo dijo:

—Este planeta no aparece registrado en ningún sitio. Tiene que ser forzosamente el que buscamos. Además, observa que Ritchen se dirige rectamente hacia él.

—…Y nosotros detrás—dijo Bruce consultando la pantalla.

* * *

Un cuerpo celeste, de reducidas dimensiones y de un brillante color rojo, apareció ante la proa de la astronave terrestre.

Giraba lentamente en el espacio y aparecía envuelto por una pequeña capa de nubes.

Suzanne, sentada ante el visor telemétrico lo estaba observando detenidamente.

—Ritchen ha aterrizado ya—anunció la muchacha—. Parece ser que en toda la superficie del planeta solamente existe una ciudad y está dotada de un amplio campo de despegues.

—Ahora nos acercaremos más y podrás estudiar mejor esta desconocida tierra—contestó Bruce desconectando el piloto automático y recobrando el mando del aparato.

Sobrevoló el planeta a pequeña altura y a través del cristal de proa pudo observar que la muchacha tenía razón. Una sola ciudad se veía sobre la superficie. Una ciudad relativamente grande, levantada sobre el rojo suelo de aquel mundo desconocido hasta en las cartas de navegar del espacio.

El planeta ofrecía un extraño aspecto. Su coloración era completamente roja. Rojas eran sus montañas, sus piedras, su

vegetación e incluso sus edificios. Y por contraste aparecía iluminada por una tenue luz amarilla que lo envolvía totalmente.

Los tres terrestres pudieron ver a un gran lago o mar interior también de rojas aguas, pero de un color más claro. La ciudad se levantaba junto a sus orillas y seguramente de él se abastecería de agua para sus necesidades.

Suzanne señaló un gran claro entre las montañas situadas alrededor de la aglomeración de edificios. Las altas cumbres formaban un cinturón defensivo que solamente quedaba abierto por el lado del lago.

—Allí—dijo la muchacha—podemos aterrizar y ocultar la astronave. El claro no está muy lejano y podemos llegar tranquilamente a la ciudad sin ser descubiertos.

—Sí, creo que es lo mejor que podemos hacer. Seguramente Ritchen ya habrá advertido a los demás que era perseguido desde la Tierra y que aunque había logrado escapar podía darse el caso de que aún le siguiesen los pasos—dijo Peter.

—Haremos lo que nos ha dicho Suzanne y así, si nos esperan no podrán darnos la bienvenida.

La astronave inclinó la proa y suavemente se posó sobre el claro que se extendía entre las montañas. Bruce dejó que se deslizase hasta quedar situada bajo las ramas de un rojo árbol. Así, desde el aire la astronave no podía ser descubierta.

Los tres terrestres, después de ajustarse las escafandras y comprobar el armamento que llevaban en la cintura, asieron cada uno sus pesadas pistolas-ametralladoras de proyectiles desintegrantes y abriendo la escotilla de salida saltaron sobre el suelo de aquel planeta, refugio de criminales interplanetarios.

Una vez sobre el rojo suelo procedieron a arrancar ramas de los árboles y roja maleza de la que cubría la superficie y ocultaron totalmente la astronave. Era muy difícil localizarla a simple vista.

Una vez hecho esto emprendieron el camino hacia la ciudad que se extendía al otro lado de las montañas. Caminaban con las debidas precauciones pero se sentían seguros de ellos mismos.

Peter fue el primero que rompió el silencio, diciendo:

—¿Tienes algún plan de operaciones, Bruce?

—Primeramente debemos estudiar el campo. No sabemos qué es lo que vamos a hallar, después, obraremos de acuerdo con lo que veamos. Lo único que quiero deciros ahora es, que pase lo que pase tenemos que mantenernos juntos y no separarnos.

—No nos separaremos—dijo Suzanne.

Después de una hora terrestre de marchar por aquel rojo terreno iluminado por el resplandor amarillento que proyectaba extrañas sombras llegaron a la cumbre de la montaña por la cual había ascendido.

A sus pies se extendía la ciudad y un poco más allá el lago de rojizas aguas.

—Estamos a más de la mitad del camino—dijo Bruce deteniéndose—. Ahora solo es cuestión de descender y de buscar un punto de referencia para que podamos hallar rápidamente el camino de regreso.

—¡Mira!—exclamó Peter señalando una montaña rojiza de forma cónica—, ¡Un volcán!

Bruce y la muchacha dirigieron su mirada hacia el punto que señalaba el muchacho. Efectivamente, un volcán aparecía sobre la superficie del planeta rojo. Una columna de azulado humo rompía la monotonía del resplandor amarillento.

—¿Será activo?—preguntó Suzanne.

—No lo sé, pero supongo que sí—respondió Peter.

—El volcán será nuestro punto de referencia. No podemos confiar en nuestras brújulas de bolsillo ya que desconocemos la atracción magnética de esta tierra, así como su declinación. Por lo tanto, la segunda montaña a la derecha del volcán es la que señala nuestro camino de vuelta.

—Bruce—dijo la muchacha casi en un susurro apoyando su mano sobre el brazo del hombre—, tengo miedo. Sería mejor que emprendiésemos el regreso a la astronave y a la Tierra. Ritchen ha quedado anulado y ya no puede destruir nuestro planeta. Dejémosle aquí y para nosotros resultaría completamente inofensivo.

Bruce miró largamente a la rubia Suzanne. Entre él y Suzanne se había establecido una gran camaradería y Bruce se sentía atraído hacia la muchacha y sabía que se estaba enamorando de ella. Los peligros que sobre ellos se cernían, la estrecha convivencia, la simpatía y el cariño de ella, eran cosas que se iban sumando para que él se sintiese fuertemente atraído.

Sacudió la cabeza para alejar unos pensamientos de felicidad que bullían en su interior y dejando que su mano descansase sobre la de Suzanne, contestó:

—No podemos hacer esto que tú dices. Ritchen es un loco dominado por el deseo de matar y destruir. Tú no pudiste ver lo que hizo con la ciudad de San Francisco. Fue algo horroroso y volverá a repetirlo cuando tenga ocasión. Ahora está entre gente de su misma ralea e incluso resulta más peligroso en estos momentos que cuando

navegaba por el espacio con la nave cargada de poderosos explosivos. Hay que anularlo sea como sea. Como seres humanos tenemos la obligación de ello.

—Correremos muchos peligros, Bruce.

—Sí, los correremos y no podemos eludirlos. El avestruz es un animal muy estúpido. Cuando se ve ante algún peligro hunde su cabeza entre la arena y cree que así ya está a salvo. Supongo que en su reducido cerebro pensará que, desde el momento que él no ve el peligro éste ha dejado de existir. No, querida Suzanne, nosotros no podemos hacer lo mismo que el avestruz; no podemos ignorar que el peligro existe y por lo tanto es necesario que nos enfrentemos con él si queremos vencerlo. Ritchen, andando libremente por el espacio es un enorme peligro para la Tierra y ni tú, ni Peter, ni yo podemos hundir la cabeza entre la arena.

Peter había escuchado silenciosamente la larga explicación de Bruce y acercándose a Suzanne dijo, apoyando una mano sobre su hombro:

—Bruce tiene razón y los dos comprendemos que tengas algo de miedo, ¿quieres quedarte en el interior de la nave?

—No, ya ha pasado todo, perdonadme—respondió la muchacha —. Vamos hacia la ciudad.

Emprendieron el descenso y poco después se hallaban en los arrabales de aquella ciudad habitada solamente por fugitivos de la Ley.

La mayoría de los edificios estaban construidos con aquella piedra roja que tanto parecía abundar en el planeta. Algunos, los menos, eran de materiales extraídos de astronaves. Las calles estaban sucias, solitarias y daban la sensación de un gran abandono.

A medida que iban avanzando se fueron cruzando con algunos de los habitantes. Bruce temía que su presencia causase extrañeza pero no fue así y cuando vio que el primer morador de aquella sucia y descuidada aglomeración pasaba por su lado sin volver la cabeza, apartó el dedo del disparador de su arma.

Fueron cruzándose con más habitantes y ninguno les prestó la menor atención. Todos iban cubiertos con escafandras y vestían trajes de seguridad. Había muchos del mismo color y sería difícil que les pudiesen identificar por la ropa. Otra particularidad que observaron es que todos los habitantes del planeta rojo iban fuertemente armados con las más diferentes armas.

Llegaron a la orilla del lago y allí se detuvieron. Unas extrañas embarcaciones de forma circular se dedicaban a la pesca y pudieron ver que los métodos empleados eran completamente rudimentarios.

Pescaban con pesados arpones de cortos mangos.

A orillas del lago había una gran cantidad de desocupados que se entretenían mirando a los pescadores.

Allí pudieron contemplar tranquilamente a la diversidad de razas que poblaban aquella ciudad de maleantes. Hombres y mujeres de Venus, de Marte, de Saturno, de todos los planetas del Universo y de pequeños asteroides que vagaban por los confines de la Vía Láctea. Rostros patibularios aparecían bajo las escafandras, rostros de asesinos reflejando claramente la brutalidad, los bajos deseos y todo cuanto de maldad poseían aquellos seres arrojados de sus mundos naturales.

Bruce, con los ojos muy abiertos buscaba a Ritchen entre aquella multitud de hombres y mujeres que se movían por las orillas. Peter y Suzanne por su parte tampoco descuidaban la vigilancia.

Fue la muchacha la que señaló una construcción de ladrillo rojo que se levantaba a orillas del agua. De ella entraban y salían continuamente una mezcolanza de hombres y mujeres.

—Vamos a ver qué es aquello. Ahora somos unos más entre los habitantes de esta ciudad—dijo Bruce.

—Tengo la impresión de que estoy viviendo en los barrios marineros de Hong-Kong—dijo Peter.

—Desde luego—respondió la muchacha—. Esto tiene todas las características de un vertedero humano. Una ciudad dedicada al vicio. Supongo que aquí no habrá ninguna ley y que solamente imperará la de la brutalidad y la del más fuerte.

—Es de esperar que sea así—contestó Bruce encaminándose hacia el edificio que Suzanne les había señalado.

Seguido de sus dos amigos franqueó la pesada puerta de acero y se encontraron en una especie de cámara de descompresión.

Una luz verde se encendió sobre sus cabezas y hasta ellos llegó una voz en inglés, diciendo:

—Podéis quitaros las escafandras. Ahora abriremos la otra compuerta.

Los tres terrestres obedecieron y cuando se abrió la otra puerta, situada enfrente de la que primeramente habían franqueado, la cruzaron con paso seguro. Una vez en el interior, la puerta se cerró a sus espaldas... y se encontraron en el lugar más inverosímil que podían imaginarse.

Después de cruzar todo el espacio habían ido a parar en el interior de una taberna portuaria de la más baja estofa.

Una densa humareda, grandes gritos y risas de borrachos llenaban el ambiente.

Mesas de coral de un profundo color rojo estaban distribuidas por la amplia sala. Sillas y estantes eran del mismo material y color. Aquello parecía el infierno desatado sobre aquel ignorado planeta.

Las paredes de la taberna, completamente ahumadas aparecían cubiertas de peces disecados, de redes y de arpones.

Los tres terrestres se acercaron a una mesa sobre la cual dormía su borrachera un habitante de Júpiter.

Se miraron entre sí como queriendo decir, ¿dónde vamos a sentarnos?, cuando un camarero que por lo azulado de su cara debía ser natural de Venus solventó el problema rápidamente.

De un violento empujón lanzó el borracho contra el suelo y sin preocuparse más de él pasó un trapo por encima de la mesa diciendo:

—Vosotros diréis lo que queréis.

Bruce hizo sentar a Suzanne y sin inmutarse contestó:

—Trae algo de comer… y de beber. Estamos hambrientos.

—Está bien, terrestres.

Y sin preguntar la clase de comida y de bebida que deseaban se retiró.

—¿Has observado que aquí todo el mundo usa el inglés?—dijo Peter mientras se sentaba junto a Suzanne.

La muchacha, situada entre los dos hombres contestó:

—Sí, ya en la orilla del lago me di cuenta de ello. Varios hombres que estaban a nuestro lado hablaban en nuestra lengua. Alguna explicación habrá.

Llegó el camarero y con modales bruscos depositó sobre la mesa una extraña mezcla de algas color rojo, pescado de gran tamaño y un enorme pan que tenía toda la apariencia de haber sido amasado con harina de las mismas algas. Dejó también dos jarras de vino. Luego, sin decir palabra, se alejó.

Peter, al que la curiosidad tenía inquieto, acercó una de las jarras a sus labios y bebió un sorbo.

—¡Hum! No está mal, aunque juraría que está hecho con las cortezas de aquellos árboles que hemos visto. No me extraña que este paisano se haya caído sin enterarse —dijo señalando al borracho habitante de Júpiter.

—Mira—dijo Suzanne—, ya se mueve.

El caído había dado una vuelta sobre sí mismo y empezaba a querer sentarse. Bruce se inclinó sobre él y le ayudó.

—Gracias, amigo—dijo el borracho usando un complicado inglés —. Si alguna vez te caes, cuenta con mi ayuda.

—No te preocupes que iré a buscarte—contestó Bruce iniciando una sonrisa—; ahora me gustaría que te sentases a comer y a beber con nosotros.

—Lo haré sin que insistas mucho. Me encuentro sin dinero de ninguna clase y el patrón no fía.

Y sin más cumplidos arrastró una silla y se sentó junto a los tres terrestres. Asió una de las jarras y bebió largamente. Cuando terminó el largo trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—Vosotros sois nuevos aquí, ¿verdad?

—Casi—contestó Peter sin querer aventurarse mucho.

—Supongo que tendréis dinero, pues en caso contrario estáis arreglados. Iréis a parar de cabeza al lago... después de haber recibido una buena paliza.

—Según a la clase de dinero a., que te refieras—dijo Bruce.

—A dinero de Venus, de Saturno, de Marte, de la Tierra. Cualquier clase de dinero es bueno aquí.

—No te preocupes que no iremos al lago—rio Peter enseñando un grueso fajo de dinero terrestre.

Los ojillos del borracho brillaron de codicia y a Bruce no se le escapó este detalle.

—¿Andas mal de dinero, compañero?—preguntó.

—Mal es poco. Ando peor, no tengo ni una lata de ningún planeta—respondió el borracho de Júpiter bebiendo nuevamente.

—Escucha—continuó hablando Bruce—, mis amigos y yo tenemos abundancia de él. Hemos dado un "buen golpe en la Tierra y siempre estamos dispuestos a echar una mano a un compañero en apuros. Toma—dijo Bruce tendiendo un fajo de dinero a su nuevo amigo—, ya me lo devolverás cuando puedas.

El habitante de Júpiter cerró su mano sobre el dinero y rápidamente lo hizo desaparecer entre sus sucias ropas de superficie y exclamó:

—De acuerdo. Supongo que andaréis un poco desorientados ahora y voy a poneros al corriente de algunas cosas que ignoráis.

—Hombre, te lo agradeceremos—respondió Peter teniéndole nuevamente la jarra.

—A mí me ocurrió lo mismo. Lo primero que tenéis que saber es que todo el planeta está en manos de un grupo de compatriotas vuestros. Es una especie de comité que rige las pocas cosas que aquí se pueden regir. Como es natural han retenido vuestra nave como hacen con todas las que llegan aquí. Bien, esto no debe importaros mucho. No os la han quitado y...

—Desde luego—interrumpió Bruce—nos causó mucha extrañeza que la retuviesen sin darnos ninguna explicación.

—Es que seguramente a la hora que llegasteis no estaba el encargado de poneros al corriente. Podéis disponer de la astronave siempre que queráis... pero debéis entregar una pequeña cantidad del botín que logréis en cada viaje. Esta parte se dedica a la conservación de las pistas de despegue y al alumbrado de la ciudad. Habréis visto que la luz es amarillenta. Es luz artificial creada en una fábrica subterránea debajo del lago... éstos son los únicos impuestos que se pagan aquí. Luego, podéis hacer lo que os dé la gana. No hay ley, no hay policía, no hay sociedades de buenas costumbres, ni prensa ni gente que haga preguntas. Yo me llamo Zartin, claro que igualmente podría llamarme Jones, Smith o Dupont. Nadie pregunta, nadie indaga... y si alguien se pone pesado se le elimina y todos contentos.

—Bien, Zartin, nos gusta este mundo y me parece que lo vamos a tomar como centro de nuestras operaciones. ¿Verdad, muchachos?

Los muchachos afirmaron rotundamente con la cabeza.

—Parece que en la Tierra se dan bastante bien los negocios—dijo Zartin, al cual un par de tragos más habían vuelto bastante hablador—. No hace mucho, estando yo en las pistas de despegue por si alguien necesitaba un compañero más para hacer algún trabajo, vi que llegaba otra astronave terrestre y se ve que era algún pez gordo pues inmediatamente se trasladó a ver el comité regidor.

Los tres terrestres se miraron entre sí y el mismo pensamiento brotó en sus mentes.

—“Ritchen”.

—Ahora, seguramente estará alojado en una casa particular en donde no le faltarán comodidades. Hay algunos tíos que tienen una suerte enorme—dijo Zartin con envidia.

—Me gustaría hablar con este recién llegado. Seguramente lo conoceré y si es quien me figuro seguramente haremos más de un negocio juntos y entonces puedes tener la seguridad, Zartin, que nunca te faltaría dinero en el bolsillo.

Los ojillos del borracho brillaron nuevamente dominados por la codicia.

—Es fácil de localizar si os interesa, mañana mismo lo sabremos seguro y...

Una poderosa mano, parecida a una zarpa, se apoyó en el hombro del hablador hombre de Júpiter,

—¿No te parece que ya has hablado demasiado?—preguntó un enorme hombretón con todo el aspecto de ser un antiguo morador de

la Tierra.

—Déjame, Lewis, estoy informando a estos amigos de algunas cosas que no saben y…

—¡Cállate!—bramó Lewis, y dirigiéndose a los tres terrestres continuó:

—No más preguntas. En este planeta los preguntones tienen un mal fin y vosotros parecéis muy refinados para pertenecer a nuestro mundo Creo que será conveniente que os lleve a un lugar en donde podáis explicar quiénes sois y qué hacéis.

Bruce comprendió que el hombretón iba a ponerles en un apuro con sus sospechas y decidió cortar por lo sano. Levantándose dijo:

—No creas que vas a llevarnos a donde quieras con tus estúpidas sospechas. Estamos dispuestos a explicar nuestra presencia aquí, pero no a ti.

Lewis apartó la mano que aún mantenía apoyada sobre el hombro de Zartin y mirando fijamente a Bruce dejó escapar una ruidosa carcajada.

—Me parece que las explicaciones vas a dármelas personalmente… a mí—contestó dando un paso hacia Bruce.

Este vio como el sucio hombre se acercaba con la intención de golpear y lo esperó.

—Aquí—empezó diciendo el hombretón—no se hacen preguntas ni nos interesa nada de nadie. Solamente nuestra propia seguridad y por ello a veces tomamos nuestras medidas. No queremos que llegue algún polizonte a amargarnos la existencia… y vosotros no me gustáis ni un pelo. Ahora vais a seguirme.

—Inténtalo—respondió Bruce.

—Vaya, tenemos un gallito de pelea en el planeta. Habrá que arrancarte unas plumas para que seas más razonable.

Y al terminar de decir esto lanzó contra Bruce un potente puñetazo. Este ladeó la cabeza y el puño pasó inofensivo rozándole la mejilla.

Replicó al ataque aplicando dos potentes golpes en el pecho de su enemigo y cuando este abrió la boca para respirar angustiosamente se la cerró con un brutal puñetazo que le reventó los labios. El hombretón fue lanzado violentamente contra la mesa y la derribó.

Los concurrentes de la taberna formaron corro alrededor de los dos combatientes y los animaron con sus salvajes gritos.

Peter y Suzanne, empuñando sus pistolas-ametralladoras seguían la lucha dispuestos a intervenir si era necesario.

El enemigo de Bruce se levantó lentamente, apartó la derribada

mesa y se lanzó nuevamente al ataque. Inclinó la cabeza y tomando impulso intentó golpear el estómago de Bruce.

El terrestre le esperó sin moverse del sitio que ocupaba pero cuando Lewis convertido en un ariete llegó junto a él, se ladeó ligeramente y levantando su rodilla derecha la fue a estrellar contra la cara de su enemigo. El golpe fue brutal. El atacante pareció que se detenía en el aire durante unos segundos y después, dejando escapar un grito de dolor, cayó de espaldas contra el suelo. Su cara era un amasijo de carne y sangre.

Permaneció unos momentos medio inconsciente pero poseía una gran fortaleza física y se recobró del duro impacto. Un brillo asesino aparecía en su mirada cuando, tambaleante, quedó en pie en el centro del círculo que formaban los espectadores.

Dio unos pasos hacia, una de las paredes y su mano se cerró sobre el corto mango de uno de los arpones que servían de motivo decorativo. Dando un fuerte tirón lo desprendió y con, él en la mano se fue acercando lentamente a su enemigo.

Peter levantó el cañón de su pistola-ametralladora dispuesto a apretar el gatillo y a desintegrar al atacante, pero Bruce, que había observado el detalle dijo:

—No lo hagas, yo solventaré este problema con mis propios medios.

El hombretón se fue acercando y cuando estaba ya a la suficiente distancia enarboló el pesado arpón y lo arrojó violentamente contra Bruce.

Este apenas tuvo tiempo para apartarse dando un violento salto hacia un costado. La pesada arma cruzó el aire y rozándole fue a clavarse en el suelo. Aún estaba vibrando el mango cuando Bruce posó su mano sobre él y lo arrancó. Con el arma en la mano y dirigiendo la afilada punta hacia el cuerpo de su enemigo, dijo:

—Ahora las cosas han cambiado... pero yo no soy como tú. Anda y coge otro chisme como éste y vamos a ver si eres capaz de comportarte como un hombre.

Lewis arrancó otro de los arpones y sosteniéndolo entre las dos manos se lanzó al ataque.

Bruce, con un habitual movimiento apartó la acerada punta que amenazaba su pecho... y el de Lewis quedó al descubierto. Bruce se inclinó ligeramente hacia adelante y el pesado arpón de pesca salió despedido rectamente hacia su enemigo.

El arma atravesó el pecho de Lewis limpiamente y la acerada punta quedó incrustada en la pared que había a las espaldas de éste. El mango, asomando por el desgarrado pecho quedó vibrando unos

instantes. Lewis, clavado a la pared como una gigantesca mariposa, crispó sus manos sobre el arma que laceraba sus entrañas y después de intentar arrancarla inútilmente una bocanada de sangre puso fin a su vida. Dobló la cabeza sobre el pecho y allí, clavado a la roja pared, quedó muerto.

Peter temió la reacción de los espectadores y nuevamente levantó el cañón de su pistola-ametralladora, pero no fue necesario que entrase en acción. Todo el mundo aceptó tranquilamente el final de la lucha y una vez terminada se volvieron a los sitios que anteriormente ocupaban. El espectáculo había terminado para ellos y ya no les preocupaba lo más mínimo lo que pudiese ocurrir después.

Zartin se acercó a Bruce que se estaba limpiando el sudor que la lucha había hecho brotar por todos sus poros y le dijo:

—Vámonos de aquí. Lewis era un hombre que trabajaba para el comité regidor y aunque aquí no exista ninguna clase de ley puede ser que algunos de sus amigos intenten vengar su muerte y nos encontremos envueltos en otra nueva lucha y si ésta se presenta las armas empleadas no serán precisamente inofensivos arpones de pesca.

Los tres terrestres comprendieron que el morador de Júpiter tenía razón y después de abonar el gasto se dirigieron hacia la salida. Pasaron nuevamente por la cámara de descompresión y después de ajustarse las escafandras salieron al exterior.

Las extrañas barcas continuaban pescando en el lago y la misma luz amarillenta alumbraba la superficie del planeta.

Suzanne levantó los ojos hacia lo alto y pensó:

—“Otro hombre ha muerto y ya no verá nunca más la luz, ¿la veremos nosotros mañana?”

* * *

James Ritchen, el asesino escapado de Alcatraz se inclinó hacia adelante mientras decía:

—He logrado lo más difícil. Escapar de Alcatraz y de la misma celda de la muerte. He destruido San Francisco y ahora que estoy entre vosotros creo que debemos hacer algo para devolver el daño que nos han hecho en la Tierra.

Los cuatro hombres que le estaban escuchando eran los que componían el extraño comité regidor. Los cuatro eran antiguos habitantes de la Tierra y habían tenido que salir de ella para no terminar en el patíbulo. Primeramente habían huido a Venus en una astronave perteneciente al ejército y de la que se habían apoderado después de asesinar a toda la tripulación. Desde Venus y en compañía

de un técnico del espacio al cual la policía de Venus buscaba ansiosamente para hacerle pagar una larga serie de asesinatos, huyeron hacia la busca del extraño planeta de roja vegetación y coloración. El técnico del espacio lo conocía por haber estado en él durante una exploración que tuvo que hacer por cuenta de su país y como no fue registrado en las cartas planetarias era el mejor refugio para ellos. Después de apoderarse de una astronave de gran radio de acción se dirigieron hacia él… y allí estaban. El técnico del espacio había muerto a manos de uno mismo de los acompañantes y así, los cuatro, quedaron materialmente dueños del planeta. Poco a poco fueron acudiendo otros huidos y así nació la única ciudad que poseían. Establecieron una especie de impuesto sobre los botines que los asesinos del espacio lograban y aquello, además de refugio se convirtió en una base de la cual despegaban continuamente astronaves que partían para cometer nuevas fechorías en todos los planetas habitados. Un bonito negocio para los cuatro hombres que habían llegado los primeros.

Ahora, después de haber recibido y escuchado a Ritchen estaban dispuestos a secundar sus planes. Uno de ellos preguntó:

—¿Tú crees que es factible lo que nos has expuesto?

—Lo es y además rápidamente. Podemos dominar a la Tierra en una semana escasa. Yo, solamente con mi astronave llegué a aterrorizarlos completamente. Lo único que tenemos que hacer es hallar un poderoso explosivo termo-nuclear y lanzar unas cuantas cargas sobre distintas ciudades destruyéndolas completa-mente y después, bueno, después ellos mismos querrán parlamentar.

—Las cargas no deben preocuparte. Tenemos entre nosotros un pequeño grupo de científicos procedentes de Neptuno que son una verdadera maravilla creando armas destructoras de gran potencia—dijo uno de los hombres.

—Es necesario ponerlos a trabajar de firme—contestó Ritchen—. ¿De cuántas astronaves podemos disponer?

—En totalidad podemos contar con una flota de doscientas cincuenta.

—Entonces no hablemos más—dijo Ritchen poniéndose en pie—. Los científicos que empiecen a trabajar a marchas forzadas y una vez tengamos el explosivo nuclear emprenderemos el ataque. Primero le toca el turno a la Tierra y después a los demás planetas. Tenemos en nuestras manos un enorme poder y vamos a emplearlo.

—De acuerdo—respondió el que llevaba la voz cantante.

Después de despedirse de los cuatro hombres, Ritchen se encaminó hacia la residencia que le habían señalado y allí, en

completa soledad fue perfilando el maquiavélico plan que su loca mente había creado.

Sabía que sería bien recibido en aquel refugio de criminales y que su opinión sería tenida en cuenta. Entre la gente del hampa interplanetaria se sentía un profundo respeto hacia los hombres que lograban escaparse de las manos de la justicia y él, Ritchen, era el único hombre que había logrado escaparse de Alcatraz, apoderarse de una potente astronave, destruir la ciudad en que fue condenado y aterrorizar a la Tierra amenazándola con su destrucción total. La estúpida persecución a que había estado sometido había anulado sus planes anteriores, pero ahora, contando con el apoyo de todos los criminales del Universo, con una flota de doscientas cincuenta naves de todos los tipos y modelos y con la seguridad de poseer cargas mucho más peligrosas que las que le habían inutilizado sus perseguidores, se sentía más fuerte que antes. Los días de la Tierra estaban contados.

Ritchen se dispuso a descansar y cuando se durmió lo hizo pensando en aquel grupo de científicos de Neptuno que iban a crear para él el más poderoso explosivo que se había conocido. El sabía que en Neptuno la ciencia estaba mucho más adelantada que en la Tierra y que no resultaría difícil el trabajo encomendado a aquellos sabios, que seguramente por razones parecidas a las suyas habían tenido que abandonar su planeta natal.

Cuando despertó decidió irse a las pistas de despegue y repasar su astronave. Quería tenerla en condiciones para el próximo vuelo, además, quería observar las cargas que le había inutilizado Peter y ver si los científicos de Neptuno podían hacer algo para dejarlas en condiciones.

Cruzó la ciudad rápidamente sin detenerse a mirar ni a derecha ni izquierda. Iba obsesionado por la idea de su venganza y solamente esto ocupaba su mente.

Cuando llegó al campo de despegues se detuvo admirado. Una gran cantidad de astronaves estaban posadas sobre las brillantes pistas. Las había de grandes tamaños, de diferentes tipos y todas tenían en común una cosa: la gran potencia de fuego. Eran astronaves de combate y Ritchen se sintió satisfecho de ellas. Cuando llegase la hora de desencadenar el ataque sobre la Tierra, ninguno de sus moradores iba a quedar con vida. La más potente flota de guerra que había cruzado el espacio sideral iba a ser mandada por él, por James Ritchen.

Iba a penetrar en el interior de su nave cuando uno de los cuatro componentes del comité regidor se acercó para saludarle.

—¡Hola, Ritchen!, ¿qué te parecen nuestros aparatos?

—Son estupendos y con unas buenas tripulaciones vamos a hacer doblar la cabeza a nuestros compatriotas terrestres.

—Las tripulaciones son aún mejores que las astronaves. Son gente curtida en toda clase de luchas y sin escrúpulos. Todos tienen sus cuentas pendientes con las leyes.

—Poco a poco las saldaremos… anulando todas las leyes e imponiendo las nuestras.

—Los científicos han empezado a trabajar ya y dicen que no es difícil para ellos fabricar el explosivo. Seguramente dentro de una semana lo tendremos en nuestro poder. Me refiero a una semana terrestre pues aquí no existe ni el día ni la noche. Siempre tenemos esta luz amarillenta que, como es natural, fue también inventada por estos mismos sabios.

—Me lo figuraba—contestó Ritchen—. El hombre que me habló de este refugio en Alcatraz, aparte de darme su situación también me contó varias cosas. Es una pena, pero ya murió.

—¿Cómo?

—En la destrucción de San Francisco—respondió fríamente el asesino—. Ahora vamos a subir a mi nave, ya que quiero ver cómo están las cargas que me inutilizó uno de los hombres que me persiguieron.

Ambos hombres penetraron en el interior de la astronave y poco después descendían hablando animadamente.

—-Es fácil que nuestros científicos puedan hallar el modo de arreglarlas y sería interesante que lo hicieran, ya que por lo que me has contado tienen una gran fuerza destructiva—dijo el hombre perteneciente al comité regidor.

—Sí, sería conveniente—replicó Ritchen—, y también creo que sería conveniente que empezáramos a reclutar las tripulaciones para las astronaves. Una semana pasa pronto.

—Ahora mismo daremos las órdenes. Ya verás como reclutamos a mucha más gente de la que tú mismo crees. La aventura y el botín los atraerán como moscas. Es una pena que ayer matasen a Lewis en una riña de taberna; hubiese sido un buen ayudante para ti.

Ritchen no prestó atención al nombre de Lewis, quizá si hubiese sabido quién había sido su matador se hubiese sentido más interesado. Se sentía seguro en aquel planeta de roja coloración y creía que ya había logrado eludir la furiosa persecución que le había arrojado contra el suelo de Bog y le había arrebatado a la muchacha. Su única preocupación actual era organizar la expedición contra la Tierra y acabar con ella igual que había acabado con la ciudad de San Francisco.

La expedición fue tomando forma. Las doscientas cincuenta astronaves fueron completamente repasadas y todo el armamento limpiado y dejado en perfectas condiciones de entrar en fuego.

La diversidad de naves que formaban la flota servía de estímulo a Ritchen. Al ver las alargadas astronaves de Venus, las esféricas de Urano, las planas de Neptuno, y todas las de los demás planetas y asteroides, sentía que iba a lanzar contra la Tierra a todo el Universo y esto, para su mente alucinada por el deseo de venganza y exterminio, era motivo de alegría y satisfacción.

Los científicos de Neptuno, después de trabajar a marchas forzadas habían logrado un explosivo nuclear muy superior al que había empleado Ritchen.

En un vuelo de prueba había sido probado lanzando una pequeña cantidad sobre un satélite y los efectos habían sido destructores. El satélite había sido borrado del Universo con una rapidez asombrosa.

Ritchen, que en compañía de los cuatro terrestres que formaban el comité regidor había tripulado la astronave, regresó dispuesto a acelerar los preparativos de la expedición bélica contra la Tierra.

Se abrió una especie de oficina de reclutamiento y por ella pasaron gran diversidad de seres de distintos planetas y asteroides. Todos tenían en común el ser el desecho de sus patrias natales. Rostros patibularios, de rasgos brutales desfigurados por el vicio y los malos instintos. Así quedó formado el ejército de criminales que se iba a lanzar sobre el planeta Tierra.

Una vez ultimados todos los preparativos la fecha de salida quedó marcada para veinticuatro horas después.

Ritchen salió de la reunión con los demás terrestres sonriendo abiertamente. Una vez más volvía a tener todos los triunfos en sus manos. El destino de la Tierra estaba marcado y esta vez nadie lograría torcerlo. El, James Ritchen, se encargaría de ello y personalmente lanzaría las cargas que tenían que disgregarla en el espacio. En su celda de Alcatraz había soñado muchas veces con este placer… y ahora su sueño se iba a convertir en realidad.

Ritchen interrumpió el ciclo de sus pensamientos para abrir la puerta de su casa. Pasó a la cámara de descompresión y después de despojarse de la escafandra abrió la otra puerta que daba paso a las habitaciones interiores. Antes de encender la luz cerró la puerta a sus espaldas y durante unos segundos permaneció apoyado en ella.

En medio de la más completa oscuridad se quedó pensando en cuál sería la primera ciudad terrestre que destruiría, ¿Nueva York? ¿Boston? Sí, sería la puritana Boston y después, con pequeños intervalos serían destruidas todas, una a una, sin prisas, para que

pudiesen sentir todas las angustias que siente un condenado a muerte. Sí, la primera Boston y después…

…después ya no pudo pensar nada más. Al separarse de la puerta para abrir la luz, un furioso puñetazo fue a estrellarse contra su mentón y su cabeza, llena de pensamientos de venganza, fue a chocar contra la misma puerta que había cerrado.

Medio inconsciente cayó al suelo y entonces fue cuando se encendió la luz y entre las brumas que el golpe había producido en su mente pudo distinguir a tres personas que, en pie en la habitación le estaban contemplando con miradas nada amistosas.

La que había encendido la luz y que aún mantenía su mano apoyada en el interruptor era la muchacha rubia que él había golpeado en la astronave cuando se apoderó de ella en la Tierra. Junto a la muchacha estaba el hombre al cual había abatido de una certera ráfaga en el planeta Bog y finalmente, al que le había golpeado, era el mismo que le venía acorralando a través de todo el Universo.

Ritchen sacudió la cabeza para despejar sus pensamientos ya que de momento creía que estaba soñando, pero una voz le volvió a la realidad.

—Parece que nos volvemos a encontrar y que esta vez no te ha acompañado la suerte.

El asesino no contestó. Ahora sabía que no estaba soñando y que tenía delante a tres encarnizados enemigos que solamente deseaban capturarlo para volverlo a la Tierra y encerrarlo en una celda y desde allí emprender el camino por un largo corredor silencioso que terminaba en la silla eléctrica, la cámara de gas o la horca.

La mano de Ritchen se cerró sobre la empuñadura de su pistola y lentamente la fue desenfundando. Podía ser que sus enemigos le hubiesen cogido de sorpresa pero él no estaba dispuesto a que aquellos tres seres que tenía delante le estropeasen nuevamente sus planes.

Su propio cuerpo, caído en el suelo, ocultaba los movimientos de su mano. Si podía desenfundar la pistola todo iría bien, bien para él y tres cadáveres más quedarían para demostrar que con James Ritchen era mejor no combatir.

La pistola estaba ya en su mano, ahora dispararía primeramente contra el hombre que le había golpeado y después contra los otros dos. La última en morir sería la rubia muchacha.

Se movió ligeramente para apretar el gatillo y… una violenta patada le arrancó el arma de la mano.

—¡Oh, no! Ya nos vamos conociendo, Ritchen—dijo Bruce que era quien le había golpeado las dos veces—. No intentes jugar con

nosotros porque vas a llegar a la Tierra molido a golpes.

—No sean estúpidos que yo no regresaré jamás a la Tierra y vosotros tampoco. Aunque ahora me tengáis acorralado esto no quiere decir que la lucha haya terminado. Esto no es la Tierra… ni sitio para vosotros, al menos estando vivos. Me habéis seguido hasta aquí cuando yo creí que os habíais quedado en el suelo de aquel planeta de blancas piedras, pero nada habéis logrado.

—No te sientas tan seguro, Ritchen—contestó Bruce—. Tenemos nuestra astronave dispuesta para despegar y tú vendrás con nosotros. Vendrás quieras o no y para tu tranquilidad te diré que estamos al corriente de todos tus planes de destrucción y conocemos también la hora que pensabas despegar con tu flota de asesinos.

—¡Y despegaré!—gritó Ritchen poniéndose en pie y acercándose a Bruce.

Este, cuando lo tuvo lo suficiente cerca disparó sus dos puños que fueron a estrellarse contra la cara del asesino.

Bruce había golpeado con fuerza… y con verdaderas ganas. El cuerpo de Ritchen salió despedido y cayó, completamente inconsciente, tres pasos más allá.

—Despegaste, amigo—dijo Peter socarronamente mientras se acercaba al caído y se inclinaba sobre él.

—Comprueba si realmente está sin sentido. No me fío un pelo de este bicho.

—Querido socio, si crees que una mula puede resistir un par de coces como las que acaba de recibir esto es que no tienes ni la más ligera idea de la fuerza de tus puños—respondió Peter.

Suzanne, que durante toda la conversación anterior no se había movido del lado del interruptor de la luz, preguntó:

—¿Ahora qué vamos a hacer? Ya tenemos a Ritchen, pero estamos en una ciudad totalmente enemiga.

—No te preocupes, pequeña—respondió Peter—. Nuestro jefe tendrá alguna idea.

—Sí, la tengo—respondió a su vez Bruce—. Como comprenderéis no podemos estar más en casa de Zartin. Hemos permanecido en ella durante todos estos días y casi la hemos convertido en nuestro cuartel general. Hemos tenido a su dueño en un estado de completa y continua borrachera, pero cuando Peter localizó la residencia de Ritchen y nos informamos de los planes de éste y de sus compinches, me tracé un plan de operaciones. Por esto estamos ahora aquí.

—Me parece muy bien—respondió Peter—pero me gustaría que me lo explicases y supongo que a Suzanne tampoco le disgustaría,

¿verdad, muchacha?

—Tengo plena confianza en Bruce, pero ya sabéis que todas las mujeres somos curiosas por naturaleza—contestó Suzanne sonriendo.

—De acuerdo, voy a saciar vuestra curiosidad y así, si las cosas salen mal podréis iros al otro mundo con la satisfacción de haber sabido lo que tenía que ocurrir… y no ocurrió.

—Eres capaz de reanimar a un muerto—dijo Peter.

—Cuando vinimos a esta casa lo hicimos con la intención de capturar a Ritchen, ya que no podíamos hacerlo mientras estaba rodeado de todos sus amigos. Lo difícil era apoderarnos de él y ya lo hemos logrado. Ahora vamos a llevarlo hasta nuestra astronave. Allí lo amarraremos tal como se merece un personaje de su categoría… y emprenderemos el regreso a nuestra tierra. ¿Algo más?

—¡Oh, no!—respondió Peter—pero ¿crees sencillo llegar a nuestra nave arrastrando un *paquete* de tan reducido tamaño? Piensa que desde hace cierto tiempo las calles, con motivo de la futura expedición están muy concurridas y que nuestro amigo Ritchen se ha hecho muy popular.

—No, no lo creo sencillo, pero comprenderás que de ponerlo difícil ya se encargarán ellos y que nosotros no debemos preocupamos lo más mínimo por ello, ¿no te parece, socio?

—Tienes toda la razón, ¿cuándo salimos de aquí?, a lo mejor Ritchen tenía que recibir a una visita, además de la nuestra.

—Yo no sé—dijo Suzanne con cara enfadada—, cuándo pensáis hablar en serio y…

—¡Pero si hablamos en serio!—respondieron a dúo los dos hombres.

—Sois de lo más insoportable que he conocido en mi vida.

Bruce y Peter sonrieron al ver el enfado de la muchacha y el primero dijo:

—Mira si Ritchen está bien inconsciente y si ves que va a recuperar el sentido, se lo haces perder nuevamente Poneos las escafandras y vámonos.

Los tres terrestres ajustaron sus escafandras y después cubrieron la cabeza de Ritchen con la suya y recogiendo sus armas salieron al exterior.

El asesino era llevado entre Bruce y Peter que lo sujetaban por los brazos mientras sus pies iban arrastrando por el suelo. Unos pasos detrás iba la muchacha.

* * *

Las calles de la ciudad rebullían de gente que deambulaba por ellas alegremente. Todos iban cubiertos con sus escafandras y sus trajes de superficie. La única ciudad del rojo planeta estaba al aire libre y como éste era totalmente irrespirable no quedaba otra solución que ir continuamente con el traje del espacio. En el interior de las casas era distinto. Todas ellas estaban dotadas de una cámara de descompresión y en el interior el aire estaba acondicionado para poder respirar libremente.

Peter sosteniendo fuertemente el inconsciente cuerpo del criminal, dijo a Bruce:

—Toda esta animación que ves es que el comité regidor ha adelantado dinero a toda esta gente, a devolver cuando se reparta el botín que logren en la Tierra, ¿qué te parecen los angelitos?

—Que algo parecido hacían los filibusteros en la isla de las Tortugas. No te extrañe, los tiempos cambian, pero no las gentes y menos aún esta clase de seres.

Un par de hombres de Plutón se acercaron a los dos amigos y empleando el inglés, preguntaron:

—¿Qué le ha ocurrido a éste?

—Nada—respondió tranquilamente Bruce—solamente que ha bebido un poco. Si acercáis el filtro de vuestras escafandras a su cuerpo incluso podéis adivinar la clase de vino que ha bebido.

Los dos curiosos así lo hicieron y uno de ellos dijo:

—¡Caramba!, es de la mejor clase, pero dudo que se haya aclarado a la hora de emprender el vuelo.

Y sin hacer más preguntas continuaron su camino comentando alegremente la borrachera que tenía aquel terrestre que incluso tenía que ser arrastrado por sus amigos.

—¿Sabes, Peter, que tuviste una brillante idea al volcar sobre el traje de Ritchen aquella jarra de vino que había en su casa?

—No sé cuándo te acostumbrarás a saber que todas mis ideas siempre son brillantes.

Los dos hombres continuaban arrastrando el cuerpo de Ritchen a través de las concurridas calles, aguantando y respondiendo a las bromas que sobre el presunto borracho se hacían.

—¡Cuidado ahora!—dijo Peter soltando el seguro de su pistola-ametralladora con la mano que le quedaba libre.

—¿Qué ocurre?—preguntó Bruce imitando el movimiento de su amigo.

—Que estos dos individuos que se acercan directamente hacia nosotros son dos amigos íntimos de Ritchen y además miembros del

comité regidor. Me temo que vamos a tener lío... ¡y gordo!

Bruce aún tuvo tiempo de decir a Suzanne que se alejase un poco más y que no perdiese de vista lo que iba a ocurrir.

—¡Hola, muchachos!—saludó uno de los dos hombres—, ¿qué le ha ocurrido a Ritchen que está así?

—¡Oh, nada de particular! Solamente que estuvimos celebrando un poco la próxima partida y se le fue la mano con el vino.

—Es curioso—replicó el otro hombre—. Cuando llegó estuvo conmigo y me dijo que no bebía.

—Sí, no suele beber muy a menudo por esto está así.

—Es extraño todo esto—dijo el que primeramente había hablado —. Ritchen no me dijo que tuviese amigos en este planeta. Solamente nos conocía a nosotros y como estaba dedicado de lleno a preparar la expedición no tuvo tiempo de hacerlos. Además, ¿vosotros quiénes sois? No recuerdo haber recibido vuestra astronave y eso que tengo que verlas todas.

Peter miró a Bruce como queriendo decirle:

—"Ya te decía yo que íbamos a tener lío gordo."

—Es fácil que no te acuerdes de nosotros—dijo Bruce intentando retrasar la lucha que ya se hacía inevitable si es que querían salir de allí—. Aquí llega mucha gente y es fácil olvidar las caras.

—Pero no la de los terrestres. Siempre que llegan algunos me fijo particularmente en ellos, ya que como terrestre, siempre espero encontrar algún amigo.

—En este caso—dijo el otro miembro regidor—, si tienes dudas es mejor que se vengan con nosotros al campo de despegues, que identifiquen la astronave que los trajo hasta aquí y veremos quién tiene razón. Vamos, amigos.

Peter volvió a mirar a Bruce y éste hizo un movimiento de afirmación con la cabeza.

La pistola-ametralladora del muchacho empezó a disparar y el primero de los hombres que había hablado se convirtió en una ligera nube de azulado humo que flotaba en medio del irrespirable aire del planeta.

A pesar de que los disparos de Peter cogieron de improviso a sus enemigos, solamente pudo abatir a uno, el otro fue rápido en sus reacciones. Cuando vio qué el cañón del arma del muchacho se enderezaba para ponerse en línea de tiro, se lanzó violentamente contra el suelo gritando:

—¡A ellos, son policías terrestres! ¡Matad...!

La frase fue interrumpida por los nuevos disparos de Peter y el

segundo miembro regidor pasó a ser una nube de humo que se deshacía en el espacio, pero ya el daño estaba hecho. Los transistores amplificadores de su escafandra se habían encargado de alarmar a toda la muchedumbre que se movía por la calle y la voz de que entre ellos había policías terrestres hizo que todos fuesen en su busca para destrozarlos. El peor grito que se podía oír en aquel refugio interplanetario de criminales era el de ¡policía!, fuese del planeta que fuese.

Los que estaban más cercanos a los terrestres se lanzaron furiosamente contra ellos y éstos tuvieron que disparar rápidamente para detener la primera avalancha.

La calle, de rojos edificios, se llenó de nubecillas que señalaban los lugares en donde antes había existido un cuerpo humano.

La eficacia de los primeros disparos detuvo a los asaltantes pero rápidamente volvieron a la carga empuñando sus armas y pronto los proyectiles desintegrantes empezaron a estallar junto a los dos amigos.

A las espaldas de éstos empezó a tabletear la pistola-ametralladora manejada por Suzanne que limpiaba la calle de asaltantes.

Bruce, viendo que de allí no saldrían con vida si permanecían unos segundos más, ordenó a Peter:

—Suelta a Ritchen y júntate con Suzanne. Corred hacia la astronave y conecta rápidamente todos los turborreactores. Si nos entretenemos, esta gente no nos dejará despegar.

—¿Y tú?—preguntó el muchacho mientras lanzaba otra ráfaga contra sus enemigos.

—Yo me llevaré a Ritchen y llegaré a tiempo. No te preocupes.

Peter se había encontrado en muchos fregados gordos en compañía de Bruce y sabía que era muy capaz de salir adelante él solo pero esta vez ya no lo veía tan claro. Había demasiados enemigos y empleaban armas tan peligrosas y eficaces como las de ellos, pero nunca había discutido una orden de su amigo y aun en contra de su voluntad obedeció.

Peter recogió a la muchacha y tirando de ella se introdujo en un callejón cercano. Algunos disparos desintegrantes los siguieron, pero resultaron inofensivos.

Bruce buscó protección en la misma esquina por donde habían desaparecido sus dos amigos y con sus disparos cubrió su retirada. En momento de descanso, mientras sus enemigos reorganizaban sus filas arrastró el cuerpo de Ritchen hasta el mismo callejón e iba a cargárselo sobre la espalda para seguir el mismo camino de Peter y Suzanne cuando los enfurecidos habitantes de la ciudad se lanzaron

nuevamente contra él.

La esquina le ofrecía una pequeña protección pero no por mucho tiempo. Algunos proyectiles desintegrantes empezaban a estrellarse contra ella y el muro empezó a licuarse.

—“Menos mal que usan proyectiles de pequeño calibre pero en el momento que llegue un arma más pesada esta defensa mía va a desaparecer”—pensó.

Cinco individuos, más decididos que los demás abandonaron sus escondites y se lanzaron contra la boca del estrecho callejón.

Bruce los vio en el mismo momento que sus armas se enfilaban hacia él. Apretó el disparador de su pistola-ametralladora y cinco nubecillas taponaron la entrada. Cinco hombres se habían convertido en humo y Bruce observó con curiosidad que las cinco nubes habían quedado escalonadas en el airé, como si los hombres que las habían motivado hubiesen tenido distintas estaturas.

Esta última ráfaga salida del arma de Bruce pareció que calmaba algo los ánimos combativos de sus enemigos.

Hubo una pequeña pausa que aprovechó Bruce para lanzar una nueva andanada de proyectiles contra sus enemigos.

Inmediatamente cargó con el inmóvil cuerpo de Ritchen y se lanzó corriendo por el estrecho callejón.

Mientras corría sus ojos buscaban el humeante volcán que tenía que servirle de punto de referencia. Aún no lo distinguía, más que nada a causa de los edificios que limitaban su campo visual.

Siguió corriendo y antes de llegar al final del callejón los disparos empezaron a sonar de nuevo y pequeños proyectiles de cabeza desintegrante estallaron a su alrededor.

Forzó la velocidad de su carrera y salió del callejón y... allí enfrente, estaba el humeante volcán y a su lado las montañas de roja vegetación. Detrás de la segunda estaba su astronave y el camino de regreso, pero también allí, a su lado y empuñando ya las armas había dos extraños individuos de Urano que le habían salido al paso.

Embarazado con el cuerpo de Ritchen no podía disponer libremente de sus manos para empuñar su arma y ya los cañones enemigos se fijaban en su pecho y los dedos se crispaban sobre los disparadores para hacer fuego y convertirlo en azulada nube de humo, cuando optó por la única solución posible.

Con toda su fuerza lanzó contra sus enemigos el cuerpo de Ritchen. Este salió despedido como un ariete y fue a estrellarse contra los dos hombres de Urano que al recibir al pesado proyectil humano salieron despedidos contra el suelo.

Bruce sabía que su vida dependía de la rapidez de sus movimientos y que no podía empuñar su arma antes de que los dos individuos hiciesen fuego contra él.

De un violento salto cayó al lado del primero que empezaba a levantarse y asestándole una fuerte patada en el pecho lo tumbó nuevamente de espaldas y después, sin sentir ninguna duda, con el tacón de su pesada bota de vuelo hizo añicos la escafandra que cubría su cabeza.

El individuo se revolcó furiosamente por el suelo mientras se ahogaba, pero ya Bruce se había vuelto hacia el otro enemigo y por lo tanto no le vio morir.

Su otro enemigo se estaba recobrando del duro golpe recibido. Al caer, el arma que empuñaba se había desprendido de sus manos y ahora se hallaba desarmado.

Poniéndose de rodillas intentó recogerla, pero nunca lo logró. Un disparo de Bruce le voló la cabeza y al mismo tiempo la escafandra.

Ya era tiempo, por el callejón empezaban a aparecer los primeros perseguidores. Bruce enfundó nuevamente la pistola de balas explosivas que había usado para terminar con su segundo enemigo y emprendió nuevamente una veloz carrera en dirección a la segunda montaña. Mientras corría fue descolgando la pesada pistola-ametralladora que se había colgado del pecho para llevar más libremente el cuerpo de Ritchen.

Su carrera fue jalonada por los disparos que le hacían sus enemigos. El esperaba, que de un momento a otro uno le acertase en plena espalda y allí terminarían sus días.

Se detuvo un momento para trazar una cortina de proyectiles desintegrantes entre él y sus enemigos, pero al tercer disparo agotó la carga de su arma y se halló indefenso.

Continuó corriendo mientras sus dedos trataban de sacar de su cinto una de las cargas de repuesto y ya la tenía entre las manos cuando un desnivel del terreno le hizo dar un fuerte traspiés y la carga se escapó de sus dedos.

El tropezón le hizo perder bastante terreno... que ganaron sus enemigos. Los disparos se iban acercando peligrosamente a su cuerpo y sintió una especie de escalofrío cuando uno de ellos pasó zumbando por un lado de su escafandra y fue a estrellarse contra un gran árbol rojo que tenía delante.

Una potente llamarada, y del árbol solamente quedó un pálido resplandor.

—“Ya están utilizando proyectiles de mayor fuerza desintegrante”—pensó mientras daba la vuelta a su arma y la asía por

el cañón. Si no le acertaban antes no tendría más remedio que llegar al cuerpo a cuerpo y entonces usaría su arma como una potente maza.

Sus enemigos se iban acercando y seguramente se habrían dado cuenta de que su arma se hallaba descargada pues ya no disparaban contra él. Su intención estaba clara: capturarlo vivo.

Tres de sus enemigos le alcanzaron pero se deshizo de ellos con un molinete que trazó con su pistola-ametralladora y las tres escafandras saltaron rotas por la culata del arma.

Una nueva avalancha de perseguidores iba a caer sobre él y esta vez ya no tendría escapatoria. Sería capturado y seguiría el mismo camino que sus tres últimos enemigos. Rotura de escafandra y a renglón seguido moriría ahogado por falta de aire respirable.

Se detuvo en su carrera y su mano volvió a empuñar la pistola de balas explosivas. Como la lucha sería a corta distancia, el arma tendría eficacia, poca, pues pocos proyectiles quedaban, pero de algo serviría.

Iba a levantarla ya para hacer fuego, cuando un furioso tableteo empezó a sonar a su lado, hacia la derecha.

La nueva oleada de atacantes fue completamente fulminada. Ni uno solo de ellos quedó con vida y la ladera de la montaña se llenó con las fatídicas nubecillas azuladas que señalaban los puntos en que anteriormente había habido un hombre vivo.

—¡Aquí!

La voz de Suzanne brotó potente del sitio desde donde habían partido los disparos.

Bruce se lanzó de cabeza hacia el lugar que sonaba. Usó un método tan rápido pues los perseguidores, al ver que la presa que creían segura se les escapaba, habían vuelto a disparar furiosamente contra él y ya los proyectiles empezaban a zumbar junto a su escafandra cuando la voz de la muchacha le señaló el sitio en donde estaba.

Bruce aterrizó en el interior del agujero donde se ocultaba Suzanne. La muchacha se apartó un poco para que no chocase contra ella pero no por esto descuidó la vigilancia.

— ¡Uf!, qué mal rato he pasado, creía que ya no...

— ¡Cuidado, que vuelven!—anunció Suzanne—y parece ser que no tienen la menor idea de donde estamos.

—Bien, no les pierdas de vista mientras cargo mi Thompson—dijo Bruce mientras quitaba la tierra que había penetrado en el cañón de su arma a causa de la violenta entrada en el agujero.

—¡Ya están aquí!—volvió a decir Suzanne asomando ligeramente la cabeza.

—Bienvenidos sean—respondió Bruce introduciendo una carga en su pistola-ametralladora.

Efectivamente, otra oleada de perseguidores volvía al ataque. Los dos terrestres dejaron que se acercasen y cuando ya los separaban unas pocas yardas las dos pesadas armas empezaron a tronar furiosamente.

El bosque, de extraños árboles de color rojo se llenó de estampidos y después volvió a reinar el silencio. Gran cantidad de nubecillas azuladas resaltaban fuertemente sobre el fondo amarillento de la atmósfera. Luego, lentamente se fueron diluyendo.

El campo de batalla ofrecía ya el mismo aspecto que había tenido durante millones de años. Parecía que nada había pasado y que unas cuantas docenas de hombres de distintos planetas habían sido totalmente borrados del Universo. Esto tenían de bueno las guerras modernas—se decía Bruce mientras sus manos continuaban empuñando la mortífera arma—. Nunca era necesario enterrar cadáveres, ni había heridos. Otro paso más de la ciencia y seguramente, no sería necesario matar con armas, sería simplemente necesario la voluntad de ello para que el enemigo dejase de existir. Sería una guerra de mentes, de mentes enfermizas, pero destructivas.

—¿Cómo estás aquí?—preguntó en voz alta a la muchacha.

—Pensé que ibas a necesitar ayuda y ya ves que no me equivoqué —respondió sonriendo Suzanne.

Bruce la miró fijamente y olvidando completamente el lugar y la situación en que se encontraban, dijo:

—Siempre me alegro de verte y esta vez aún más. Creo que siempre iré en tu busca. Me he acostumbrado a tu presencia y me eres necesaria para vivir.

—¡Bruce!, ¿sabes que esto es una declaración de amor?—dijo la muchacha mientras sus bellos ojos brillaban de alegría tras de la escafandra.

Bruce, el duro hombre de acción que no temía a ninguna clase de peligro, sintió que su cuerpo empezaba a temblar de emoción.

—Sí, chiquilla, es una declaración de amor en toda regla. Cuando regresemos a la Tierra te pediré que te cases conmigo y...

—¿Por qué no ahora mismo?—interrumpió Suzanne.

—Por varias razones, la principal de ellas es que quiero que pienses tranquilamente tu respuesta. No quiero que te dejes influenciar por lo que estamos pasando.

—Todos los hombres sois algo bobos cuando se trata del amor. Yo estoy segura de mi respuesta y de mis sentimientos. No seas tonto y

pídeme que me case contigo… ahora.

Al terminar pasó sus brazos alrededor del cuello del hombre y entornó los párpados esperando la pregunta.

—¿Quieres casarte conmigo, Suzanne Baterson?

—Quiero… y siento que no estemos en la Tierra para que fuese en este mismo momento.

Bruce estrechó fuertemente a la muchacha entre sus brazos y fue en busca de sus labios… pero un sonido cristalino le volvió a la realidad. ¡No podía besarla mientras ambos llevasen la escafandra! Soltó una exclamación de disgusto y dijo:

—Siento que no estemos en el interior de nuestra astronave en estos mismos momentos.

—¿Por qué?—preguntó intrigada la muchacha.

—Para besarte tranquilamente, ahora no puedo hacerlo a causa de este armatoste parecido a una pecera que nos cubre las cabezas, pero allí…, allí todo sería distinto.

Suzanne dejó escapar una alegre risa mientras decía:

—Si tanta prisa te corre puedo decirte que ¡no me besarás allí!

Bruce iba a replicar cuando el árbol que tenían al lado fue desintegrado a causa de un disparo.

Esto le volvió a la realidad y dijo a la muchacha:

—Tenemos que salir de aquí. Seguramente Peter ya habrá llegado a la astronave y la tendrá dispuesta a despegar. Así es que tenemos que llegar hasta ella lo más rápidamente posible.

—¿Cómo piensas hacerlo?—preguntó Suzanne asomando la cabeza para localizar a los enemigos.

—Muy sencillo. Tú saldrás corriendo de este agujero y buscarás un nuevo escondite. Yo te cubriré con mi fuego. Cuando estés en una posición segura, me llamas y cuando yo salte de aquí, me cubres tú con tu fuego, ¿enterada? Y así, a saltos llegaremos hasta la astronave. Una vez Peter nos vea ya no será necesario nada. El fuego de las armas de a bordo no va a dejar títere con cabeza.

—Cuando quieras—fue la única respuesta que dio la muchacha.

Bruce asomó la cabeza y disparó rápidamente contra los emplazamientos de sus enemigos. Cuando éstos agacharon la cabeza para escapar del fuego, exclamó:

—¡Ahora!

Con gran rapidez Suzanne saltó del agujero y emprendió veloz carrera hacia otro escondite. Bruce, mantenía un rabioso fuego sobre el enemigo. Innumerables árboles rojos habían sido fulminados y una

pequeña mancha de fuego señalaba su antiguo emplazamiento.

—¡Bruce!

Este oyó claramente la llamada y cubriéndose con sus propios disparos fue retrocediendo hasta descubrir la situación de Suzanne y desviándose ligeramente permitió que la muchacha empezase a disparar. Cuando llegó a su lado los dos quedaron ocultos a sus enemigos y cuando éstos se dieron cuenta del cambio que habían sufrido las posiciones, se levantaron para continuar atacando.

Una poderosa ráfaga salida de las dos armas de los terrestres los obligó a buscar protección rápidamente, pero unas cuantas nubecillas más quedaron flotando entre las rojas ramas de los árboles del bosque.

Así, en saltos escalonados, pudieron llegar hasta la cima de la montaña y distinguir perfectamente su astronave posada en el claro y dispuesta a emprender el vuelo en el momento que ellos llegasen.

Peter la había sacado de debajo los árboles y ahora la proa, con toda su potencia de fuego apuntaba directamente hacia ellos. Los dos terrestres sonrieron de contento al contemplarla y Suzanne dijo:

—Al verla casi se siente uno en casa, ¿verdad?

—Sí, pero aún está la puerta cerrada y falta saber si la podremos abrir… o si nos dejarán.

—No te quejes, querido, hasta ahora llevamos las de ganar.

—Pero ya los tenemos aquí otra vez. Empieza a descender mientras yo los contengo y si llegas hasta donde está la astronave dile a Peter que haga fuego con todas las armas de proa y que no dude en emplear las más pesadas. Esta, gente no merece otro trato.

Mientras Bruce buscaba un nuevo parapeto para poder rechazar el ataque de los enfurecidos habitantes, asesinos interplanetarios, Suzanne emprendió un rápido descenso.

Una vez más la ametralladora de Bruce entró en acción y los ya medio desmoralizados atacantes fueron rechazados.

Algo más, completamente inesperado fue a sumarse al terror que ya sentían los enemigos de Bruce, e incluso este mismo sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

El cráter del volcán estaba arrojando grandes llamaradas y un fuerte estruendo llenaba el espacio. Todo tenía los signos característicos de una fuerte erupción.

Bruce, que al rechazar el último ataque creyó haber reconocido el rojo traje de superficie de Ritchen, lanzó una mirada entre sus dispersos enemigos para localizar al asesino, pero no pudo verlo. De momento pensó si es que estaba dominado por una obsesión, y veía a Ritchen por todos los lados, pero una nueva explosión que brotó del

volcán le sacó de sus pensamientos.

Lanzó contra sus ocultos enemigos otra ráfaga de proyectiles desintegradores y dando una rápida vuelta descendió por la ladera a la máxima velocidad de sus piernas.

No tardaron en seguirle algunos disparos que fulminaron algunos de los árboles que crecían a ambos lados del camino que seguía el terrestre.

Cuando llegó a la zona descubierta ya entraron en acción las armas de la astronave. Peter disparaba hacia la zona que quedaba a las espaldas de Bruce y la ladera se llenó de estampidos y de rojas llamaradas.

Bruce no se entretuvo en mirar hacia atrás. Sin verlo se lo imaginaba, corrió, corrió velozmente hacia la abierta portezuela de entrada a la astronave. Allí le estaba esperando Suzanne.

Cuando llegó a su lado penetró rápidamente y cerró la puerta a sus espaldas. Un suspiro de alivio se escapó de sus labios y exclamó:

—Menos mal que ya estamos en el interior de esta querida nave. ¿Tienes conectados todos los contactos de arranque, Peter?

—Sí, todo está a punto de despegue. Cuando tú digas emprendemos el regreso.

—No os quitéis las escafandras. No sabemos aun lo que nos espera antes de lograr salir de este planeta habitado por locos, asesinos y gente sin ley. Déjame el mando.

Peter se levantó y cedió su asiento a Bruce y se sentó al lado mientras dejaba correr su vista por la ladera de la montaña.

Algunos grupos de perseguidores estaban saliendo ya al llano y esta vez pudo distinguir perfectamente el rojo traje de Ritchen que se movía entre ellos dando órdenes, moviendo enérgicamente los brazos.

—Ritchen aún vive—dijo Bruce.

—¿Cómo logró escapar de tus manos?—preguntó Peter.

—No se escapó, lo tiré.

—¿Que lo tiraste? No te comprendo.

Bruce explicó a Peter y a la muchacha su aventura a la salida del callejón y el remedio que había hallado para lograr escapar a los disparos, que iban hacerle aquél par de individuos.

—Hiciste bien—respondió Peter cuando Bruce hubo terminado su relato—. Tu vida vale más que la de todos ellos.

—Gracias, muchacho, es lo mismo que pienso yo.

—Estos desgraciados vienen hacia aquí para atacamos. Se ve que Ritchen los ha convencido—dijo Suzanne que estaba pendiente de lo

que ocurría en el exterior.

—Vamos a despedirnos de ellos, Peter—dijo Bruce centrando los visores de las pesadas ametralladoras sobre el grupo central.

Los disparos salieron y el grupo fue desintegrado envuelto entre las explosiones.

Iba Bruce a pulsar nuevamente los disparadores electrónicos cuando en el exterior se produjo una formidable explosión y el volcán entró en erupción.

Grandes llamaradas de color rojo salían mezcladas entre una gran columna de humo que se levantaba amenazadora hacia el amarillento cielo. Ciertos extraños ruidos empezaban a oírse y el aire del planeta, ya de por sí irrespirable se fue espesando a causa de las emanaciones del volcán.

Todos los atacantes se retiraron y emprendieron una veloz carrera hacia la ciudad en busca de refugio ante la catástrofe que se avecinaba.

Solamente quedó Ritchen y dos de sus seguidores. El deseo de venganza era superior a su instinto de conservación.

La tierra empezó a sufrir fuertes temblores pero el asesino continuaba avanzando hacia la astronave de sus enemigos.

Bruce le veía acercarse y sus fuertes mandíbulas empezaron a moverse inquietas. Peter, que le conocía Borradamente sabía que su socio algo estaba tramando y le estaba haciendo los imposibles para contenerse.

Un temblor mucho más fuerte que todos los anteriores sacudió a la astronave violentamente. Inmediatamente una horrorosa explosión tuvo lugar y toda la parte superior del volcán salió despedida por los aires para ir a caer a grandes distancias incendiando todo cuanto tocaron las incandescentes piedras.

Otra sacudida arrancó a Bruce del puesto de mando y lo lanzó contra una de las paredes de la cabina. Peter y Suzanne rodaron por el interior de la nave como dos pajas movidas por una fuerte ola.

El suelo empezó a agrietarse y cuando Bruce se sentó nuevamente ante el cristal de proa vio cómo los dos acompañantes de Ritchen eran aprisionados por una de aquellas grietas y que un nuevo temblor de tierra la cerraba, aplastando los dos cuerpos que había en su interior.

Sobre el rojo suelo quedaba solamente Ritchen, que a cesar de los continuos estremecimientos que cubrían el suelo del planeta continuaba avanzando hacia la astronave.

Los detectores acústicos de la nave registraron una potente explosión e inmediatamente una enorme sacudida hizo estremecer a

todo el aparato desde la proa a la cola. Esta vez la astronave fue lanzada contra uno de sus costados y un instante después era sacudida como si una gigantesca mano la zarandease caprichosamente.

Bruce pulsó el botón de arranque para ver si habían sufrido alguna avería importante. Durante unos segundos nada ocurrió, finalmente, después de una angustiosa espera todos los turborreactores empezaron a funcionar y respondió a los mandos.

Bruce se levantó y cedió el mando a Peter, diciéndole:

—Peter, siéntate en los mandos y ten la nave a punto de despegar. No desconectes los turborreactores.

—¿A dónde vas tú?—preguntó el muchacho.

—A capturar a Ritchen—respondió lacónicamente.

Suzanne le retuvo suavemente por un brazo y mirándole fijamente a los ojos dijo:

—No vayas, será tu muerte. Ritchen pagará todas sus culpas en medio de esta catástrofe y así la justicia quedará satisfecha. La ley se habrá cumplido. No vayas, querido, piensa en mí y en la vida de felicidad que nos espera.

—Iré—respondió Bruce dejando reposar su mano sobre la de la muchacha—. He perseguido a este asesino a través de todo el universo, pero ahora es distinto. Ven, acércate al cristal de proa y verás algo que seguramente nunca podrás contemplar nuevamente.

Bruce llevó a la muchacha hasta la proa y le enseñó el fantástico cuadro que se ofrecía ante sus ojos.

El volcán estaba ya en plena erupción. Una de sus laderas, se había abierto totalmente y por ella salía un mar de lava incandescente que se extendía rápidamente por las laderas de las montañas, calcinando todo lo que se ofrecía a su paso. Los rojos árboles que parecían que nada podía destruirlos ardían como teas. Las piedras eran fundidas como si el calor las derritiese. Todo cuanto podían distinguir se había convertido en un mar de fuego que continuaba avanzando.

Solamente permanecía libre el pequeño claro en donde habían aterrizado y entre él, completamente acorralado por el fuego, se movía Ritchen, saltando entre las grietas, las rocas y huyendo de algunos árboles que ya empezaban a arder a causa del gran calor producido por la lava ardiente.

—Te decía que he perseguido a este hombre a través de millones de millas con el único objeto de capturarlo o destruirlo, pero ahora no puedo dejarlo aquí para que se achicharre como un perro. Como ser humano tengo la obligación de salvarle la vida. Es un desgraciado ser

que está a punto de morir y si después tengo que entregarlo a las autoridades de la Tierra para que lo ejecuten, esto ya no es cosa mía. Es cosa de la Ley. Sé que comprendes mi punto de vista, ¿verdad? Tengo tanta obligación de salvarlo como de capturarlo y entregarlo a la Tierra.

Suzanne no respondió, retiró la mano que aún Conservaba apoyada en el brazo de Bruce y con un gesto de resignación dejó el paso libre.

Bruce recogió su pistola-ametralladora, comprobó la carga y salió al exterior.

Gran cantidad de partículas incandescentes empezaban a caer en el claro, y más grietas habían aparecido en el suelo que no cesaba de estremecerse violentamente. La boca del volcán y su abierta ladera continuaban arrojando grandes cantidades de lava ardiente.

Bruce vio a su enemigo que se acercaba y con paso decidido salió en su busca. Cuando lo tuvo a suficiente distancia empezó a hablarle:

—Entrégate, Ritchen, esta vez no tienes escapatoria de ninguna clase. La única posibilidad de salvar tu vida es entregándote.

—Lo mismo dijo el alcaide de Alcatraz y aún estoy vivo… y él muerto—respondió el asesino soltando su loca carcajada.

Bruce se dio cuenta de que tenía que entablar una nueva lucha con aquel hombre dominado por el deseo de matar, pero él quería llevarlo vivo a la Tierra.

Ritchen se detuvo en su carrera y empezó a disparar contra Bruce. Disparaba con balas cónicas pero cubría todo el terreno que ocupaba su enemigo. Sus disparos eran certeros y Bruce, muy a su pesar, tuvo que lanzarse violentamente al suelo.

Una lluvia de cenizas se abatía sobre los dos combatientes dificultando su visión.

Ritchen continuaba disparando y Bruce no tuvo más remedio que responder a su fuego. Las explosiones de su pistola-ametralladora se unieron a las que ya atronaban el ambiente y sus proyectiles fueron jalonando el terreno que ocupaba el asesino.

Este dio unos rápidos saltos para cambiar de posición y Bruce también se levantó para seguirlo, en aquel momento una sacudida sísmica, mucho más intensa que las anteriores lanzó a los dos hombres rodando por el suelo y los arrastró por el claro.

La lava fundida empezaba a cubrir ya el suelo del espacio llano. Lentamente había descendido por las laderas del volcán y ahora, como una enorme mancha de aceite se extendía por toda la superficie del planeta.

El primero en levantarse fue el asesino y al descubrir a su enemigo disparó contra él.

Bruce sintió que pequeñas esquirlas de roca arrancadas por los proyectiles de Ritchen se estrellaban contra él cristal de su escafandra.

Un nuevo temblor de tierra hizo malograr la puntería de Bruce. Resultaba casi imposible mantener la lucha en aquellas condiciones y nuevamente intentó convencer al asesino para que se rindiese.

—No seas estúpido, Ritchen. Así no lograrás nada. Entrégate de una vez.

—No, tú morirás conmigo. Te quedarás aquí. Muerto, pero te quedarás.

Iba a disparar nuevamente contra Bruce cuando una enorme llamarada le cegó momentáneamente. Con un movimiento instintivo levantó su brazo hasta la altura de los ojos para defenderse del fuerte resplandor que llenaba la noche.

Bruce quiso aprovechar el momento para apoderarse de él pero una horrorosa explosión lo lanzó a través del aire para ir a caer violentamente varias yardas más allá.

El enorme volcán se había abierto por otro de sus costados y de la grieta que había brotado desde la boca hasta cerca de la base, salía un mar de materias incandescentes que avanzaba rápidamente hacia el lugar que él ocupaba.

Se levantó a pesar de tener todo el cuerpo magullado y se dispuso a emprender el veloz regreso a su astronave antes de que aquella extensión de rugiente fuego blanco le alcanzase y lo destruyese.

No había dado aún cuatro pasos cuando tropezó con Ritchen. La misma explosión que le había sacudido a él también había afectado al asesino.

Este se estaba reponiendo del duro golpe recibido cuando descubrió a su enemigo y la siniestra sonrisa volvió a aparecer en sus labios.

Lentamente, como si saborease el momento en que iba a terminar con el hombre que había destrozado todos sus planes, fue levantando el cañón de su ametralladora e iba ya a hacer fuego cuando el arma de Bruce entró en acción.

Dos proyectiles de punta disgregadora se estrellaron contra el arma del asesino y en décimas de segundo ésta desapareció. Tan certeros habían sido los impactos, que el asesino no sufrió ningún daño, solamente y a causa de la fuerza de ellos, cayó de rodillas mientras sus manos no respondían a sus esfuerzos para moverlas.

Así, arrodillado, vio como su enemigo se acercaba a él. Aún

intentó desenfundar el largo cuchillo de asalto que llevaba en una de sus botas pero su movimiento fue cortado por un violento culatazo en pleno pecho que lo tumbó de espaldas casi sin respiración.

Bruce se inclinó sobre su caído enemigo y al verlo inconsciente lo cargó sobre su espalda y continuó su regreso hacia la astronave.

Un segundo más y ambos hombres habrían sido arrollados por el mar de fuego que avanzaba rápidamente siguiendo los pasos de Bruce.

Cuando llegó al pie de la nave, ya Suzanne tenía abierta la portezuela de entrada y en cuestión de segundos los dos hombres se encontraban en el interior.

Bruce lanzó el cuerpo de Ritchen contra un rincón y jadeando ordenó:

—Despega a toda velocidad, si nos entretenemos un poco más la lava fundida nos aprisionará.

Peter estaba esperando esta orden y la cumplió con gran celeridad. La astronave despegó sin ninguna dificultad y cuando ya se encontraban en el aire, de los pechos de los tres se escapó un gran suspiro de alivio.

—Voy a sobrevolar el planeta a pequeña altura—dijo Peter—, desearía ver el final de esta formidable erupción.

—De acuerdo—respondió Bruce mientras procedía a atar fuertemente con finos alambres el cuerpo sin sentido del asesino.

—Así es posible que se hayan terminado tus crímenes —comentó cuando lo dejó completamente inmovilizado.

El volcán había sufrido otra nueva explosión y otra de sus vertientes, la tercera que se abría, lanzó un nuevo mar de lava hirviente sobre las laderas opuestas al claro que habían ocupado los terrestres. Ahora el mar de fuego se acercaba a la ciudad en donde la mayoría de los edificios ya habían sido destruidos por los continuos temblores de tierra.

El lago interior en donde habían visto aquellas raras embarcaciones redondas pescando, era agitado violentamente y sus aguas rojizas, en las orillas, empezaban a hervir a causa del fuerte calor reinante.

La astronave fue sobrevolando aquella parte del planeta a poca altura y así pudieron contemplar la total destrucción de la ciudad refugio de criminales interplanetarios y fracasada base del ataque planeado por Ritchen para acabar con la Tierra.

—¡Cuidado, Peter!—avisó Bruce— veo que algunas astronaves de esta gente han logrado despegar y aunque son pocas no dejan de ser peligrosas, particularmente no pierdas de vista las de forma esférica.

Son las más potentes y poseen una gran cantidad de armamento.

Peter observó lo que le decía Bruce. Efectivamente, algunas naves habían logrado despegar del agrietado campo de despegues. Ni Peter ni Bruce podían comprender cómo lo habían logrado ya que todo el campo era una gran grieta que se extendía a lo largo y a lo ancho. Quizá se habían elevado antes de producirse las grietas. Lo real es que, alrededor de media docena, sobrevolaban el planeta e igual que ellos contemplaban el fantástico espectáculo.

—Conecta rápidamente los rayos zeta, esto nos evitará ataques por sorpresa. Si ellos no nos atacan nosotros no les diremos nada, pero si disparan contra nuestra astronave ya sabes de qué forma hay que darles la réplica. No tengas escrúpulos, todo lo que navega en ellas es carne de horca e incluso creo que muchas horcas no la quisieran.

—A veces me desconciertas, Bruce—dijo Suzanne mirando a su prometido—. No sé si eres un sentimental o un hombre de acción.

—Las dos cosas, cariño—respondió sonriendo—, todos los hombres de acción somos sentimentales, precisamente por ser sentimentales somos de acción. Velamos por lo bello… como yo velo por ti.

Un nuevo temblor, mucho más violento que todos los anteriores, rasgó la corteza sobre la cual se levantaba la ciudad de rojos edificios y como si una fuerza sobrehumana la hubiese levantado en vilo, fue lanzada contra las aguas del agitado lago. Este pareció salir a su encuentro, y agua y edificios se abrazaron violentamente produciendo un formidable estruendo que los detectores de a bordo registraron perfectamente.

La ciudad había desaparecido y con ella la casi totalidad de sus habitantes. Solamente se habían salvado los que pudieron penetrar en las astronaves que ahora sobrevolaban aquella parte del Universo. Volaban ya sobre un planeta sin ninguna vida humana. Un enorme cementerio que continuaría dando vueltas eternamente en el espacio vacío de vida… y era lo mejor que había podido ocurrir. El refugio de todos los asesinos del espacio había sido destruido por la propia Naturaleza.

Suzanne, que contemplaba el gran espectáculo materialmente pegada al cristal de proa no pudo por menos que decir:

—La vida, la naturaleza y la muerte son tres cosas extrañamente unidas. Me ha tocado pasar muy malos ratos pero creo que he aprendido algo en este viaje de pesadilla. Que todo ocurre siempre con un motivo justificado. Toda esta destrucción que tenemos a nuestros pies significa nuestra salvación y la de la Tierra. Aunque hubiésemos logrado despegar nunca hubiésemos podido eludir la persecución de

las doscientas cincuenta astronaves que estaban prontas a lanzarse contra la Tierra.

Bruce iba a replicarle algo cuando el volcán estalló totalmente y las aguas del gran lago fueron lanzadas contra la parte opuesta a la que había ocupado la ciudad arrastrando todo cuanto encontraban a su paso. Las violentas olas cubrieron una gran extensión de tierra y al recobrar su nivel normal fueron apagando gran cantidad de lava.

Una gran humareda se extendió sobre la superficie visible del planeta de roja vegetación y la astronave terrestre, una vez consumada la catástrofe ganó altura para emprender el regreso a la Tierra.

Mientras se alejaban Bruce hizo el comentario final:

—Ahora, lo que fue planeta refugio de asesinos, criminales y huidos de todos los mundos habitados del Universo, se ha convertido en una masa de líquido, lava y terreno totalmente deshabitado que girará eternamente sobre sí misma, completamente purificada de la gente que durante muchos años la invadieron convirtiéndola en una masa de podredumbre que nos habría contaminado a todos. Los antiguos decían que el fuego era el gran purificador y creo que tenían toda la razón del mundo.

—No te pongas filosófico, amigo y socio, que aún creo que nos queda alguna ración más de fuego. Fuego dirigido, creado y especialmente dedicado a nosotros, simpáticos terrestres en apuros—bromeó Peter mientras su enguantado dedo señalaba dos brillantes esferas de grandes dimensiones que se movían entre las eternas oscuridades que limitaban nuestra galaxia.

—¡Naves esféricas de Urano!... y seguramente tripuladas por lo peor que tiene el peor planeta del sistema solar. No creo que nos dejen pasar sin molestarnos.

—No, no nos dejarán pasar—añadió Peter al ver la maniobra de las dos naves enemigas—. Nos están cerrando el paso.

—¡Cuidado, Peter!—advirtió Bruce—, estas astronaves son peligrosísimas por la gran cantidad de armamento que llevan y por su gran movilidad. Como carecen de planos sustentadores se mueven con una rapidez endemoniada y lo que es peor ¡en todas direcciones! Despegan y aterrizan en vuelo completamente vertical y toda su periferia es una torreta artillada con un gran potencial de fuego Espero que nuestros rayos zeta sean capaces de contrarrestar sus disparos, si no es así, bueno, si no es así no vale la pena que nos preocupemos de pagar al casero... ya lo harán nuestros herederos.

—Pues aún no sabes lo peor, amigo. En el interior de estas astronaves van unos equipos que ellos llamaban suicidas. Son

pequeños grupos de hombres que, equipados con un moderno aparato propulsor pueden moverse tranquilamente por el vacío más absoluto y también por las distintas zonas de atmósfera, ionosfera y estratosfera de cualquier planeta, por densas que éstas sean.

—¿Qué tenemos que hacer pues?—preguntó Suzanne a la cual la conversación de los dos amigos había puesto sobre ascuas.

—Querida ratita de laboratorio—respondió Peter mientras seguía la trayectoria de las dos brillantes esferas que ya se iban acercando peligrosamente—, solamente podemos hacer una cosa, la misma que hemos hecho desde que despegamos de la Tierra detrás de este loco salvaje que tenemos atado: luchar desesperadamente con las manos, las uñas y los dientes y esperar que seamos los mejores.

—¿Es cierto esto que dices de los equipos suicidas? —preguntó Bruce.

—Tan cierto como nuestra deuda con el casero. Durante mis andanzas por aquella ciudad mientras buscaba a Ritchen tuve ocasión de oír muchas cosas sobre los métodos de trabajo de estos simpáticos amigos que ahora la perra suerte nos ha puesto enfrente.

—¿Sabes su forma de actuar?—preguntó nuevamente Bruce mientras se acercaba a Peter y apoyaba su mano en el hombro de su amigo.

—Creo que sí. Verás, cuando las esferas nos tengan a tiro empezarán a disparar contra nosotros. Seguramente solo una de ella nos atacará de frente. La otra se situará sobre nosotros y por una escotilla de emergencia dejará salir a un par o tres de los equipos suicidas compuestos por tres hombres cada uno.

Nosotros, simples terrestres, estaremos muy ocupados tratando de rechazar el ataque frontal y claro, no tendremos presente que nos pueden atacar en el interior de nuestra propia astronave... y esto será lo que nos ocurrirá.

Los suicidas habrán caído sobre la cubierta de nuestro aparato y con sus armas perforantes y desintegrantes abrirán un boquete en el techo, en un costado o en el vientre de la astronave. Si tenemos las escafandras puestas y ahora las tenemos, acabarán con nosotros a disparos por la espalda, ya que estaremos atendiendo el ataque que sufrimos por el frente, y si no las tenemos... ¡pum!, ya sabes lo que ocurre con los grandes cambios de presión, ¿verdad? Este es el método de trabajo que usan estas deliciosas criaturas de Urano. ¿Simpáticos, no?

—¿No existe ninguna forma de anular este cobarde ataque por la espalda?—preguntó interesada Suzanne.

—Seguramente para los viajantes corrientes del espacio, no lo

habrá y ahora me explico la desaparición de algunas de nuestras astronaves—replicó Bruce que continuaba con la vista fija en las esferas volantes de Urano—. Nuestro radio de acción interplanetaria no nos permitía salir del sistema solar, ahora es distinto, este aparato, igual que del que se apoderó Ritchen, tienen un campo de vuelo ilimitado, pero antes de crearse estas dos astronaves nunca habíamos logrado salir de nuestro sistema planetario, lo que no ha sido óbice para que algunas astronaves hayan desaparecido sin dejar el más mínimo rastro. Estas esferas, con base en el planeta rojo, hacían expediciones periódicas en busca de botín. Han sido los primeros piratas del espacio y el método es nuevo aunque los antiguos piratas chinos ya lo habían usado, no de la misma forma pero parecida.

—Aún no has contestado a mi pregunta, Bruce—insistió la muchacha—, ¿podremos rechazar el ataque de esta gente?

—Si nuestros rayos zeta son eficaces contra las armas que empleen, sí, y los grupos suicidas es cosa nuestra, de Peter y mía; si los rayos no nos defienden de sus disparos, entonces... bueno, entonces le daremos la culpa a tu padre que fue quien los patentó y además me los garantizó—respondió Bruce mientras Peter dejaba escapar una sonrisa al oír lo del padre de Suzanne.

— ¡Es que ni ahora pensáis hablar en serio!—estalló ella un poco cansada de la frescura de sus amigos ante el peligro.

—Si hablásemos en serio precisamente ahora, te enterarías de la gran cantidad de miedo que tenemos los dos —le contestó Peter levantándose y cediendo el mando a Bruce—. ¿Verdad, socio?

—Verdad. Escucha, Suzanne, no es que nosotros dos no nos tomemos las cosas en serio, nos las tomamos, lo que ocurre es que nunca dejamos que las preocupaciones nos amarguen el carácter. Es malo para el hígado y para la feliz digestión. Me lo dijo un médico.

—¡Cuidado, Bruce!—advirtió Peter—, estamos ya a tiro de las esferas y observa que una ya se está elevando por encima de nosotros.

—Bien, atiende a las armas de babor y de estribor. Yo cubriré la parte frontal y los cañones de popa. Primeramente tenemos que poner a prueba nuestros rayos zeta y si dan el resultado que espero entraremos en acción rápidamente.

Peter se acercó a los cuadros electrónicos de disparos laterales y apoyó su dedo sobre el contacto que los pondría en acción.

Bruce llamó a Suzanne y cuando la tuvo a su lado le preguntó:

—¿En caso de necesidad te atreverías a pilotar la astronave?

—Ya te dije que mi educación había sido completa. Sé manejar una astronave interplanetaria. No una como ésta, si no las corrientes que tenemos en la Tierra, pero creo que ésta no ofrecerá grandes

dificultades.

-—No, no las ofrece y menos si sigues un rumbo totalmente recto. Pero aunque tengas que hacer acrobacias en el aire podrás hacerlas. Con las astronaves pasa lo mismo que con los coches en nuestro planeta; cuanto más modernos, más fáciles de manejar aunque el tablero posea mayor número de registros. Ahora, muchachos, comprobad el ajustaje de vuestras escafandras. Si las cosas salen tal y como deben salir, Peter y yo saldremos a damos una vuelta por el exterior para recibir a nuestros visitantes y claro, tú, Suzanne, tendrás que tomar el mando de la astronave, y como la portezuela de salida tendrá que ser abierta tendrás que respirar a través de la escafandra, ¿están perfectamente?

Tanto Peter como la muchacha comprobaron los ajustajes y respondieron a dúo.

—Están perfectamente.

—De acuerdo; ahora, amigo Peter, prepara dos Thompson con proyectiles explosivos, ya sabes que en el vacío absoluto son más eficaces y tenlas a mano; mejor dicho, prepara tres, dejaremos una al lado de Suzanne por si alguno de nuestros invitados es tan mal educado que prefiere entrar sin pedir permiso.

—Creo que he adivinado tu plan—respondió Peter mientras iba cargando las tres pesadas armas.

—No me extraña, siempre he dicho que eras un chico muy listo... por esto te busqué para socio.

—Pues yo, o soy muy tonta o estoy fuera de juego —dijo Suzanne.

—Eres mujer—sentenció Peter.

—Se acabó la conversación—dijo Bruce—, ya tenemos las esferas encima y con ello el ataque.

Las brillantes esferas se habían acercado lo suficiente a la astronave terrestre. Una de ellas se mantenía a la misma altura que ellos pero la otra había ido ganando altura lentamente, seguramente para no llamar la atención del enemigo y que éste creyese que sería atacado de frente y por un flanco.

La esfera que estaba enfrente empezó a disparar. Los proyectiles salían raudos de todos los cañones que estaban distribuidos por toda su periferia, ya que la nave de Urano giraba sobre sí misma cuando disparaba. Tenía un movimiento de rotación como cualquier planeta.

Ninguno de los disparos llegó jamás a su destino. La cortina formada por los rayos zeta los apartó como si realmente los barriese con una poderosa escoba.

—¡Ya son nuestros!—exclamó Peter al ver qué ninguno de los

proyectiles enemigos llegaba a estrellarse contra la astronave que tripulaban.

—Desde luego, nuestros son—respondió Bruce levantándose y poniendo los mandos en las manos de Suzanne, continuó—: Ahora eres tú el comandante de la astronave. Vamos, Peter, a quitar de en medio a esta bola de queso metálico que tenemos delante.

Los dos amigos centraron todo el fuego de sus armas pesadas sobre la brillante esfera. Esta fue acertada de lleno y se abrió por el centro, lanzando al vacío toda la tripulación, instrumentos y cuantos objetos estaban en su interior.

Algunos de los cuerpos lanzados al exterior ya estaban muertos cuando cayeron, pero algunos empezaron a moverse por el espacio impulsados por una fuerza propia.

—Los grupos suicidas de la esfera han sobrevivido y ahora seguramente vendrán a reforzar a los que nos atacarán desde arriba—dijo Peter al ver moverse aquellos hombres entre los restos de su partida astronave.

—¡Enciende los focos, Suzanne!—ordenó Bruce al ver que el resplandor producido por la fusión nuclear del aparato enemigo se apagaba.

La muchacha obedeció rápidamente y un gran trozo de la noche sideral quedó claramente alumbrada por los grandes reflectores con pilas atómicas.

Nueve hombres, cubiertos con trajes del espacio y escafandras se movían en el vacío dejando una pequeña estela detrás de ellos.

—Caza de pulpos en su tinta en época de veda—dijo Peter girando rápidamente una ametralladora y haciendo fuego mientras apretaba los dientes.

Nueve flotantes nubecillas, esta vez de un profundo color marrón se quedaron inmóviles en el vacío.

—¡Atiza!—exclamó el muchacho al ver el resultado obtenido—. Ahora resulta que han cambiado de color. Bruce, esto no son hombres de Urano, son ¡camaleones!

—Es a causa del vacío y a la falta total de aire. Por esto no tienen el color azulado que tenían en el refugio interplanetario. Ahora vamos a por los pajaritos de arriba —dijo conectando la pantalla de radar.

A gran altura, por encima de su astronave, se movía la otra esfera que en la pantalla quedaba señalada por un punto movible. Doce puntitos, apenas perceptibles se movían en un movimiento de descenso.

—Ahí tienes a tus visitas—anunció Bruce a Peter cogiendo dos de

las pistolas-ametralladoras Thompson y entregando una al muchacho.

—No lo comprendo, no; no lo comprendo. ¿Cómo puede detectarlos el radar siendo tan pequeños y además estando tan cerca?

—Es más sencillo de lo que parece a simple vista. Tú te has acostumbrado al radar en la Tierra, donde siempre hay aire enrarecido y mil interferencias atmosféricas, pero aquí no, aquí reina la mayor tranquilidad en la atmósfera, mejor dicho, en el vacío y el radar trabaja con toda su potencia y claridad y… vámonos al tejado que ahora no es cuestión de sentar cátedra de hombre empollón.

Abrieron la portezuela de salida y andando por uno de los costados de la astronave, como gigantescas moscas subiendo por una pared, llegaron hasta la cubierta superior.

Allí, mirando hacia arriba, vieron cómo iban descendiendo los doce hombres que componían los grupos suicidas.

—¡Pobrecillos!—dijo Peter levantando el cañón de su arma—no tienen ni la menor idea de lo que les está esperando. ¿Darás tú la orden de hacer fuego o puedo disparar cuando quiera?

—Sería conveniente que los abatiésemos antes de entrar en el campo de los rayos zeta. Si no lo hacemos así nos exponemos a que nos alcancen con uno de sus proyectiles y entonces podríamos decir que fallecemos por idiotas. Yo te daré la orden. Los rayos tienen un gran radio de acción, pero no alrededor de la nave. Creo que existe un campo de unas cinco a seis yardas que queda sin protección a causa de que el ángulo de proyección no puede cubrirlo. Así, que cuando los tengamos a siete u ocho yardas yo te daré la orden de hacer fuego.

—Pues me parece que ya la puedes dar—contestó fríamente Peter.

—Sí, ya podemos disparar. Para ti los seis de la derecha y para mí los restantes. ¡Fuego, Peter!

Las dos pesadas Thompson entraron en acción simultáneamente. El vacío sideral se llenó de fogonazos y los proyectiles explosivos fueron en busca de los blancos elegidos.

Los doce hombres de Urano, huidos de su planeta, escapados de la ejecución de las leyes y sobrevivientes del planeta de roja coloración fueron cazados con sus propias armas. Iban dispuestos a dar una sorpresa… y ellos fueron quienes la recibieron, aunque no llegaron a enterarse nunca.

Los potentes proyectiles explosivos rasgaron sus vestiduras de seguridad, reventaron sus depósitos de aire, hicieron añicos sus escafandras y destrozaron sus carnes.

Una única ráfaga fue suficiente. El ataque suicida quedó anulado en el vacío y la noche eterna acogió sus cuerpos destrozados.

Tres de los atacantes fueron alcanzados cuando ya habían entrado en el reducido campo de atracción del aparato y sus cuerpos, al ser fulminados por los disparos de las armas de los dos terrestres, se estrellaron violentamente contra la cubierta de la astronave.

— ¡Caramba!—exclamó Peter dando un salto de costado para evitar el impacto de uno de los destrozados cadáveres—. Una vez, cazando codornices me cayó una encima, pero si este pulpo me acierta, aquí termina mi historia.

—Al interior—ordenó Bruce sonriendo ante las ocurrencias de su joven amigo.

—¡Mira!—exclamó éste señalando hacia arriba con el cañón de su arma—, ¡la esfera huye!

—Mejor—replicó Bruce mientras con el pie iba arrojando al espacio los tres cadáveres que habían caído sobre la cubierta—. Ahora tenemos el camino de regreso completamente despejado. Vamos al interior que Suzanne estará intranquila hasta que nos vea regresar.

Una vez en el interior y sentado ya Bruce en el puesto de mando, dijo:

—Fuera escafandras. Dadme una taza de café y un cigarrillo. La pesadilla ha terminado. Rumbo a casita.

* * *

—Bruce Raymond llama a Arthur Baterson.

Esta llamada había sido repetida infinidad de veces sin haber encontrado respuesta, finalmente, después de varios días de vuelo y cercanos ya al sistema solar, fue contestada:

—Baterson a la escacha. Hable, Bruce.

—Estamos de regreso. Todo salió perfectamente. Su hija está entre nosotros y también tenemos a Ritchen fuertemente atado. Objetivo cubierto.

—Perfectamente, Bruce. Le estoy hablando desde la emisora de mi periódico. Cuando ustedes lleguen a la Tierra ya les estarán esperando para recibirles como se merecen.

—¡No!, queremos algo de tranquilidad. Que nos espere el jefe de policía y una furgoneta para llevarse a Ritchen, todo lo otro estará de más.

—Como quieran. Ahora corto.

Bruce soltó un suspiro cuando vio que al final podría tener un poco de paz.

—Hemos entrada ya en el sistema solar—anunció Peter que

estaba en los mandos. Veo ya a Plutón.

Efectivamente, así era. Estaban llegando al término de su viaje.

Plutón, Neptuno, Urano, Saturno, Júpiter, Marte… y ¡La Tierra!

Rápidamente se dirigieron hacia la costa atlántica de los Estados Unidos y después de unas horas de vuelo distinguieron perfectamente la desembocadura del río Hudson y la estatua de la Libertad.

—¡Ya estamos en casita!—dijo Peter alegremente—y que conste que nuestro trabajo nos ha costado.

—Bruce Raymond—dijo seriamente Suzanne—, espero que no te volverás atrás en tu petición de matrimonio. En la Tierra las mujeres abundan y en cambio en la nave, yo era la única.

—…y siempre serás la única para mí—respondió cariñosamente Bruce.

—¡Madre mía, qué cursi!—dijo Peter soltando la carcajada. Cásate si es que esto te apetece, pero no amargues la existencia a tus amigos con tus frases de novela rosa… ¡siempre serás la única para mí!—imitó Peter poniendo los ojos en blanco.

Suzanne dejó escapar la risa mientras Bruce buscaba algún objeto contundente para acariciar a su amigo y socio.

Ritchen, hecho un perfecto fardo, estaba apoyado en un rincón esperando el cumplimiento del destino del cual había logrado escapar tantas veces. La siniestra sonrisa continuaba apareciendo entre sus labios a pesar de la derrota sufrida.

—Reconoceréis que por haber sido un hombre condenado a muerte y camino de su ejecución he logrado dar bastante guerra.

Los tres viajeros le miraron sintiendo cierta compasión hacia aquel hombre que, de haber sabido dominar sus instintos habría sido una lumbrera en su oficio.

Eran las diez de la mañana, la misma hora en que Ritchen tenía que destruir la Tierra cuando la astronave tomaba contacto con la pista del gran aeródromo de La Guardia en la ciudad de Nueva York.

Había gran cantidad de público pero quedaba acordonado por grandes destacamentos de policía. Varios coches esperaban a los viajeros del espacio y entre ellos destacaba uno de color gris, completamente cerrado y junto al cual se veían a media docena de uniformados agentes de la ley fuertemente armados; era el coche que esperaba a Ritchen para llevarlo a la prisión de Las Tumbas y desde allí… a la eternidad.

Cuando la astronave se detuvo, la primera en descender fue Suzanne. La multitud la recibió calurosamente y a pesar de la distancia que los separaba, sus gritos de felicitación y de bienvenida

atronaban el ámbito.

Arthur Baterson recibió a su hija con un apretado abrazo que duró varios minutos. Cuando se separaron había lágrimas de alegría en sus ojos.

Después descendió Peter e inmediatamente detrás de él lo hizo Bruce. Ambos descendieron lentamente por la escalerilla adosada a la portezuela y cuando se hallaron sobre el suelo de su patria, Peter dijo;

—Hay que reconocer qué somos unos tíos estupendos. No lo hemos hecho tan mal.

—No, no lo hemos hecho mal.

El jefe de policía se acercó a los dos hombres y después de saludarlos efusivamente preguntó:

—¿Y Ritchen?

—En el interior de la nave lo hallará. No he querido sacarlo yo mismo, pues desconozco el estado de ánimo de la multitud.

—Es bueno—replicó el jefe—. Tan bueno... que quieren lincharlo en el acto.

—Espero que no lo logren. El final de este asesino es la silla eléctrica.

—No sé preocupe, que no lo lograrán.

El jefe de policía, seguido de varios agentes, penetró en el interior de la nave y no tardó en aparecer empujando ante sí al maniatado asesino.

Un rugido de odio brotó de la multitud que esperaba, pero rápidamente fue reprimido.

Ritchen, con fuerte escolta, fue introducido en el coche celular y seguido de varios coches más emprendió el camino hacia la cárcel. La aventura de Ritchen estaba tocando a su fin.

—Bien, Bruce—dijo Baterson tendiendo la mano a Raymond—. Usted cumplió con lo que prometió. Está de vuelta, mi hija sana y el asesino capturado. Supongo que no fue fácil.

—No, no lo fue—contestó Bruce estrechando la mano del padre de la mujer que amaba.

—Dijo usted que de sus honorarios hablaríamos a su vuelta; bien, ya está de regreso. Usted dirá.

—Esto—replicó sonriente Bruce—ya lo hemos discutido su hija y yo. Vamos a casarnos y no puedo pasarle la factura al suegro.

Peter tocó a su amigo por la espalda y murmuró algo a su oído.

Bruce sonrió y dijo:

—No te preocupes, todo se arreglará.

Suzanne, que había contemplado la escena, dijo:

—Lo que te preocupa es pagar al casero, ¿verdad Peter?

—Pues sí, y no encuentro lógico que Bruce, por querer casarse contigo, me tenga que condenar a mí a morirme de hambre. Yo no me caso; al menos, que me paguen los sustos que me ha tocado pasar, ¿no te parece?

—Tiene usted razón—dijo sonriendo Baterson—. Viva tranquilo, que tendrá más dinero del que podrá gastar.

—Esto me tranquiliza—dijo el muchacho con la mayor frescura.

En rápidos automóviles emprendieron la marcha hacia la residencia del magnate de la prensa y allí pudieron volver a vestir los trajes corrientes en la Tierra. La gran cantidad de comodidades fue algo a lo que no pudieron acostumbrarse rápidamente, pero finalmente lo lograron.

Ocho días después James Ritchen fue ejecutado en la silla eléctrica.

Murió con la misma siniestra sonrisa que había iluminado su rostro cada vez que cometía un asesinato.

Sus últimas palabras fueron cínicas. Ni ante la misma muerte podía olvidar su gran odio hacia todos sus semejantes.

—“Mi mayor satisfacción es haber borrado de la faz de la Tierra a la ciudad de San Francisco y…”

La primera descarga eléctrica interrumpió el discurso. El cuerpo del asesino sufrió una fuerte sacudida y ya no habló más.

James Ritchen, asesino interplanetario, murió como había vivido. Con el odio en su corazón.

La Tierra continuaba dando vueltas sobre sí misma y siempre alrededor del Sol. La vida continuaba y nada ni nadie podía interrumpirla, ni la furia homicida de un loco.

No, la vida siempre seguía su curso a pesar de todo.

F I N

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE
son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce

Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION

SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta dase de aventuras

con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee

pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE
CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

NUNCA EL EXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el
logrado por las

AVENTURAS DE
Y U K I
EL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor
y por el de su tribu.

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.

Los títulos publicados:

YUKI EL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DEL LATIGO
INVASION INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
EL PUENTE TRAGICO
APARECE “TORO BRAVO”
LA CELADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN EL GRAN EXITO
CONSEGUIDO POR ESTAS
INTERESANTES AVENTURAS GRAFICAS

J AI M IT O

la publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES

DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PAGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes.
aventuras
y pasatiempos, seleccionados para diversión
y recreo
de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!
Léala y será de los nuestros

COLECCIÓN LUCHADORES DEL ESPA

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

1. **—Intruso sideral,** ***Profesor Hasley.***
2. **—Llegó de lejos,** ***George H. White.***
3. **—Cuando el monstruo ríe,** ***Alf. Regaldie.***
4. **—Heredó un mundo.** ***George H. White.***
5. **—Desterrados en Venus,** ***George H. White.***
6. **—La legión del Espacio.** ***George H. White.***
7. **—Bolas Blancas de Yereblu,** ***C. Aubrey Rice*****.**
8. **—La Ciudad Submarina,** ***Red Arthur.***
9. **—Pánico en los espacios Siderales,** ***Karel Sterling.***
10. —**El mundo sumergido,** ***Profesor Hasley.***
11. **—Base Sakchent núm. 1,** ***Profesor Hasley.***
12. **—Sosias infernales,** ***Karel Sterling.***
13. **—Gan-X, C. Aubrey Rice.**
14. **—«Ellos» están aquí,** ***George H. White*****.**
15. **—El enigma de C.O.E.,** ***Profesor Hasley.***
16. **—La gran amenaza,** ***Profesor Hasley.***
17. **—Los mares vivientes de Venus,** ***Karel Sterling.***
18. **—¡Piedad para la Tierra!,** ***George H. White.***
19. **—Despertar en la tierra,** ***Larry Winters.***
20. **—El mundo perdido,** ***Larry Winters.***
21. **—La sinfonía cósmica,** ***Profesor Hasley.***
22. **—El hombre de ayer,** ***Profesor Hasley.***
23. **—Lance King: Pionero del tiempo,** ***Karel Sterling.***
24. **—La muerte flota en el vacío, C.** ***Aubrey Rice.***
25. **—Cuarta dimensión,** ***Profesor Hasley.***
26. **—¡¡Luz sólida!!,** ***George H. White.***
27. **—Hombres de Titanio,** ***George H. White.***
28. **—¡Ha muerto el sol!,** ***George H. White.***
29. **—Exilados de la Tierra,** ***George H. White.***
30. **—El imperio milenario,** ***George H. White.***
31. **—Topo-K, Profesor Hasley.**
32. **—El fin de la «Base Titán»,** ***Profesor Hasley.***
33. **—Pasaron de la Luna, C.** ***Aubrey Rice.***
34. **—La amenaza tenebrosa,** ***J. Negri O'hara.***
35. **—El gran fin, J. Negri O'hara.**
36. **—Intriga en el año 2.000,** ***Profesor Hasley.***
37. **—El extraño Profesor Addington,** ***Profesor Hasley***
38. **—Sin noticias de Urano,** ***C. Aubrey Rice.***
39. **—Acción inaudita,** ***C. Aubrey Rice,***
40. **—El horror invisible,** ***Karel Sterling.***
41. **—Más allá de Plutón,** ***Profesor Hasley*****,**
42. **—La revancha de Zamok.** ***Profesor Hasley.***
43. **—Situación desesperada,** ***C. Aubrey Rice.***
44. **—El experimento del** Dr. **Kellman,** ***J. Negri O'hara.***
45. **—Los habitantes del astro sintético,** ***Eduardo Texeira.***

1. **—Los muertos atacan,** ***Profesor Hasley*****.**
2. **—La última batalla,** ***Profesor Hasley***
3. **—1958: Objetivo Luna,** ***Karel Sterling.***
4. **—La amenaza de Andrómeda,** ***Robin Carol.***
5. **—El silencio de Helión,** ***Robín Carol*****.**
6. **—Ventana al Infinito.** ***J. Negri O’Hara.***
7. **—El Planeta errante.** ***Karel Sterling*****.**
8. **—Regreso a la patria.** ***George H. White*****.**
9. **—Lucha a muerte,** ***George H. H. White*****.**
10. **—Cautivos del Espacio,** ***Joe Bennett*****.**
11. **—Vacío siniestro.** ***Joe Bennett*****.**
12. **—Detrás del Universo.** ***Karel Sterling*****.**
13. **—¡Karima!, Profesor Hasley.**
14. **—Él bosque petrificado.** ***Profesor Hasley*****.**
15. **—Energía Z.** ***Profesor Hasley*****.**
16. **—Fantasmas siderales,** ***Karel Sterling*****.**
17. **—El túnel transatlántico,** ***Profesor Hasley*****.**
18. **—El mundo subterráneo.** ***Profesor Hasley.***
19. **—Entre Marte y Júpiter,** ***Joe Bennett*****.**
20. **—Separación Asteroidal.** ***Joe Bennett*****.**
21. **—Náufragos del Universo,** ***Joe Bennett.***
22. **—La Isla de otro mundo,** ***Eduardo Texeira.***
23. **—El tiempo desintegrado.** ***Karel Sterling*****.**
24. **—El conquistador del mundo,** ***Prof. Hasley.***
25. **—El ejército sin alma.** ***Prof. Hasley*****.**
26. **—Mensajes de muerte,** ***Karel Sterling*****.**
27. **—Motín robótico.** ***Joe Bennett*****.**
28. **—Cita en la Luna,** ***Van S. Smith.***
29. **—Misterio en la Antártida,** ***Larry Winters.***
30. **—Cosmoville,** ***Joe Bennett*****.**
31. **—Ataúdes blancos de Oberón,** ***Karel Sterling.***
32. **—Nosotros los marcianos,** ***Karel Sterling*****.**
33. **—El doble fatal.** ***Joe Bennett*****.**
34. **—La ruta perdida,** ***Karel Sterling*****.**
35. **—Embajador en Venus,** ***Van S. Smith*****.**
36. **—El astro prohibido,** ***Joe Bennett.***
37. **—Niebla alucinante. C.** ***Aubrey Rice.***
38. **—La hierba del cielo,** ***Joe Bennett*****.**
39. **—¡Nos han robado la Luna!,** ***Joe Bennett.***
40. **—Rutas Ignoradas, J.** ***Negri O'Hara.***
41. **—Un cadáver en el aerolito,** ***Henry Keystone.***
42. **—La Diosa de Venus,** ***Joe Bennett*****.**
43. **—Condenados a morir,** ***Joe Bennett*****.**
44. **—La barrera de las sombras,** ***A. S. Jacob.***
45. **—Las huellas conducen... al Infierno,** ***Van S. Smith.***
46. **—El Planeta de nadie,** ***Henry Keystone.***
47. **—Regresaron dos muertos,** ***Joe Bennett***
48. **—El mundo de los seres condenados,** ***J. Negri O’Hara.***
49. **—E1 Planeta maldito,** ***P. Danger.***
50. **—Asesino Interplanetario,** ***Henry Keystone***

La tierra no se había enfrentado jamás con un pánico semejante al que cundió cuando el gran telescopio de Monte Palomar descubrió aquel cuerpo extraño que giraba en torno del planeta.

La fantastica nave del espacio estaba allí, flotando como una isla en medio del Atlántico, justamente en la ruta que el submarino «Seafisht» seguía en su viaje a Europa.

Los hombres que tripulaban aquel submarino serían los primeros en trabar contacto con los misteriosos seres venidos de «otro mundo».

El comandante Dudley sería por designios del azar el protagonista de la más increíble aventura jamás vivida por un hombre... aquí en la Tierra.

EXTRAÑOS EN LA TIERRA

de VAN S. SMITH

es una fantástica historia que, subyugandole desde la primera página, le conducirá a un final lógico y feliz

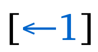
No deje de adquirir esta maravillosa novela que próximamente pondrá a su alcance la

COLECCION

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas.

Notes



Bog, en inglés pantano.